

Relatos para esos ratos



taller  narrativa

Colectivo
ganas de escribir


FUNDACIÓN
CENTRO DE POESÍA
JOSÉ HEREDIA

Relatos para esos ratos



CENTRO DE POESÍA
JOSÉ HIERRO

taller  narrativa

Colectivo
*ganas de
escribir*



Relatos para esos ratos

Primera edición: abril, 2020

Autores (por orden de aparición):

Juan José Moreno Prieto (Portada)
Cristina Sánchez-Andrade (Prólogo)
Ana María García Moreno
Ángeles Martín Ramírez
Antonio Morillas Jiménez
Daniel Martín Merlo
Guillermo García-Almonacid Fernández
Isabel Fernández Lindo
Francisco Javier Sarabia Martínez
Leocadio Moreno Rebate
Ludmila Komsomolska
Marce Fernández Domínguez
Rafael Montes de la Corte
M^a Victoria Martín Carrera

Diseño e ilustración de portada y de Leo:

Juan José Moreno Prieto

Diseño de interior y maquetación:

Moisés Perea Rodrigo

Impresión y encuadernación:

info@PereaEdiciones.com

Índice

Prólogo	9
Ana	11
Una tarde en el jardín	12
Sensación ducharse	14
La lana	14
Siesta interruptus	15
El despertar	17
Contrastar dos épocas de mi vida	19
Ángeles	23
Anna	24
Carta de agradecimiento al dolor	26
El Lusitania Exprés	27
El plantador de patatas	30
La bola de lana	31
La carrera	32
La vejez... ¡es que... es tan fea!	36
Mitad rabia... Mitad sombra...	39
Ratones chivatos	41
¡Vamos a hacer un retrato!	43
Antonio	47
Caín y Abel	48
Adiós	49
Conversación en un bar	50

Fotografía en dos momentos	51
La lana	53
Nada	53
Números	54
¿Qué hay en el frigorífico del ministro?	56
Calcetín rojo	57
Sombras	58
Transeúntes: Por el dolor a la alegría	60
Daniel	63
Calcetín rojo	64
Carta al dolor	65
Diálogo	66
Foto	68
Lana	71
Monólogo	71
Spiderman	72
Guillermo	77
Adaptación de una persona a un animal	78
El calcetín rojo	79
El frigorífico	80
El inventor fantástico	81
Habitación de invitados	86
Hoy	87
Monólogo interior	90
Querido dolor	92
Isabel	95
El calcetín rojo	96
La horca	97
La pocilga	99
Javier	103
Carta de agradecimiento	104
Carta	105

Diálogo.....	106
Lana.....	108
Nevera.....	109
Calcetín rojo.....	110
Leo	113
El calcetín rojo.....	114
El cuadro.....	116
Él y Ella.....	120
Por el dolor llegué a la alegría.....	122
¡Ay, san Pancracio bendito!.....	123
Un camello, una aguja y un mal pensamiento.....	126
Ludmila	133
Ella.....	134
El calcetín rojo.....	137
Marce	141
De ayer y de hoy.....	142
El doblao.....	145
En el jardín.....	148
La abuela.....	148
La lana.....	151
La tía Margarita.....	153
Porque ahora te toca a ti.....	161
Rafa	163
Adivinanza ¿De qué estoy hablando?.....	165
Carta a una niña que acaba de nacer.....	165
Don Jaime el médico.....	168
Eutanasia entre triángulos.....	169
La nevera y el corazón del ministro Bruno.....	171
Mis famosas amigas.....	172
Moscardas.....	174
Se llama Lola.....	176
Sincronizaciones.....	178

Starsky y yo.....	179
Mi primer día de cole.....	182
Mi primer recuerdo.....	183
Padilla, el ladrón.....	185
Victoria	191
Al compañero implacable.....	193
Carta.....	194
La vuelta.....	195
Los calcetines rojos.....	197
La nevera de Christa-Maria.....	200
Por si acaso.....	201
La primera comunión.....	206
Un paseo por el Jardín Botánico.....	208
Agradecimientos	211

Prólogo

Combatir el silencio

Todo el mundo tiene talento. Lo raro es tener el valor de seguirlo al lugar oscuro al que te lleva.

Erica Jong

Escribir es combatir el silencio. El silencio que durante años se ha acumulado en nuestro interior. El silencio empieza a gestarse en la infancia. A los tres o cuatro años de edad, un día, contestamos groseramente a nuestra madre porque llueve e insiste en que nos pongamos el chubasquero. Descubrimos atónitos que esa mala contestación no solo le molesta a ella sino también a nuestro padre. Entonces, para seguir siendo merecedores de su amor, callamos. Jamás volveremos a decir algo así a nuestra madre. Además de llover hay tormenta y nos dan miedo los relámpagos. Lloramos y nuestro padre nos dice que los niños valientes no lloran. Así que, para seguir siendo valientes ante sus ojos, escondemos nuestra cobardía. Luego, cuando comenzamos a ir al colegio, ocurren cosas parecidas. Hay un niño cuya presencia nos resulta incómoda. Huele mal y tiene mocos secos alrededor de la nariz. “Los niños buenos no pelean, juegan con todos y comparten”, nos dice la maestra, y en lugar de cambiarte de sitio, de hacerle una zancadilla o de gritar que no te quieres sentar con ese asqueroso, te callas. Poco a poco, nos vamos llenando de silencio. Y de preguntas. Queremos saber por qué el perro monta a la perra, por qué las niñas no entran en los vestuarios de los niños, qué se cuece

en el fondo de esa atmósfera visceral que has visto en la casa de un amigo. Empezar es querer dar respuesta a todo eso que jamás tendrá respuesta. Es buscar la respuesta en uno mismo.

Empezar a escribir da miedo. Miedo cerval que se concentra en las tripas. El rinoceronte que llevamos dentro sabe que es bueno huir, olvidar lo que nos ha provocado algún daño en el pasado. También sabe que si te metes de lleno, la escritura intentará llevarte a un lugar oscuro. Por eso, cuando ya estabas listo, las manos sobre el teclado del ordenador, te levantas y escapas. Te pones a hacer la comida, a preparar una clase, a regar las plantas o a llamar por teléfono. Nadie se dará cuenta de que has huido hasta que una voz interior (la misma que más adelante criticará despiadadamente lo que has escrito) te ordena que vuelvas a sentarte.

Admiro la valentía de los alumnos de mi taller de Narrativa de la Fundación Centro de Poesía José Hierro (FCPJH). Durante este curso 2017-2018 han conseguido salir de sí mismos para combatir el silencio. Ana, Ángeles, Antonio, Dani, Guillermo, Isabel, Javier, Leo, Ludmila, Marce, Rafa, Victoria y otros que no están aquí, han luchado contra el miedo, han seguido su talento y han llegado a ese lugar oscuro del alma.

Este magnífico *Relatos para esos ratos* es el resultado.

Cristina Sánchez-Andrade, 2018

Ana

Presentación

La experiencia de este año en las clases de Cristina me ha aportado una gran satisfacción y despertaba mucho interés en mí. Cada clase la disfrutaba con gran expectación por la creatividad de Cristina, por llevarme a la indagación y a buscar en mi interior. Eso me hacía pensar y trabajar mi mente y pararme para encontrar la riqueza o respuestas que yacían dormidas.

La aportación de los compañeros, cada uno con su genuina personalidad añadía notas de color a las clases y yo aprendí mucho sobre ellos y sobre mí.

Las críticas a los escritos hechas con amabilidad y sinceridad, eran aceptadas con agrado y aprovechábamos para mejorar nuestra escritura, haciendo que algunos hayan despuntado como escritor. Agradezco la oportunidad que se me ha brindado en poder asistir a estas clases tan especiales, haberos conocido y tener a Cristina pilotando este proyecto que como persona y profesora aporta creatividad, profundidad, reflexión, indagación, interés, humanidad, respeto y seguro que más cosas que ahora no recuerdo. Y solo me queda por decir: gracias.

Ana María García Moreno

Una tarde en el jardín

Aunque al fondo el bullicioso y constante ruido del tráfico quiere tragarse la armonía y el sosiego de esta isla de frondosidad, no logra apartarme de la belleza de este jardín y consigo abstraerme para poder contemplar lo que aquí se muestra con todo su esplendor.

Empezando mi recorrido por la zona tropical y desértica, viene a mi mente tierras del lejano Oeste sin vegetación, y el toque de vida lo dan los cactus, plantas que absorben cualquier imperceptible resquicio de humedad a semejanza de una esponja, almacenándola en su interior para cuando la necesiten.

Puedo oír las retumbantes gotas de lluvia golpeando sobre el tejado del invernadero. Música rumorosa sin tregua que acompaña la zona tropical, percibo un olor tenue a pimiento rojo asado impregnando el espacio. En otra parte huele a velas encendidas, su olor me lleva a recordar esas noches claras y calurosas de verano en el campo. Plantas de diferentes tamaños y formas engalanan el lugar. En un rincón emerge una flor roja abrazada por un sinfín de hojas con forma de estrellas de mar que le dan la bienvenida y a la vez la protegen del resto.

Mirando hacia el techo se descuelga una planta de color fucsia y oliváceo que me recuerda a una lámpara decorando una amplia sala.

Desde lejos parece una especie de moho que cubre con delicadeza algunas hojas, similar a un queso envuelto con un manto suave de hongos. De cerca era impresionante comprobar que sus hojas acogían ese contraste de tonos verdes y blancos con total avenencia.

La similitud de una planta a una espina dorsal con sus costillas a ambos lados, no pasa desapercibida a mi curiosidad. Se destaca su silueta sobre el fondo del cristal del invernadero, con pequeñas flores en sus extremos preparadas para recibir un hermoso colibrí y ser polinizadas.

Las flores blancas con su etéreo y aromático olor me transportan a mi infancia cuando compartía juegos y charlas con amigos y vecinos, en esas noches de verano.

Los mirlos escondidos entre la vegetación solo muestran su melodioso canto, llenando el lugar como si fuera una sinfonía, coreando mi paseo entre los árboles atiborrados de hojas verdes y frescas que parecen llorar con las gotas de lluvia deslizándose por ellas. El olor a tierra húmeda se posa como suave y tibio velo sobre mi piel.

El agua de lluvia suena en las copas de los árboles de forma susurrante e insistente, cayendo sobre el suelo y formando minúsculos arroyos, que al mezclarse con la tierra forma una especie de pegajoso y resbaladizo barro, donde las diferentes huellas de los viandantes quedan marcadas. Un devenir sin rumbo allá donde llevan los caminos.

En el rincón elegido para estas reflexiones, hay un árbol con las raíces superficiales muy extendidas como si quisiera cubrirlo todo, dejando que brote la hierba entre los espacios de sus entrelazadas redes. Al tocar su tronco siento una perfecta mezcla de aterciopelado y áspero tacto. Sus ramas caen hacia el suelo y me rodean dándome cobijo.

Si dirijo mi mirada hacia fuera a través de las rejas que circundan el jardín oigo todo el movimiento del tráfico y la gente y contrasta con la quietud y silencio que trasmite el ambiente interior, el cual me invita a parar y respirar.

Sensación ducharse

Sentir el agua caliente recorriendo mi cuerpo cuando en el exterior hace un frío que pela, es tan relajante que me conecta con mi paz interior. Es como un fluir, es agradecimiento, calma, alegría, soltar las exigencias, abandonarse sin pensar, solo sentir.

Un placer indescriptible en la espalda, como un masaje de relajación que afloja los músculos y me permite respirar lentamente, cerrando los ojos y sintiendo el recorrido del agua por mi cuerpo, dejando en “stand by” los problemas.

Esa ducha antes de dormir eleva mi ánimo, alivia las contracturas y me hace flotar. El agua caliente recorriendo mi cuerpo elimina tensiones, disgustos, limpia la contaminación y siento una sensación de frescor, limpieza y me hace sentir tan ligera como si fuera en una nube de algodón.

La lana

Me sabe a polvo del camino levantado por el viento en un torbellino sin fin. A un sabor áspero e insípido que ahoga, unido a un deseo creciente de dejar de morderla. A días plomizos y secos de verano con temperaturas inaguantables que causan aburrimiento y hastío. A un color triste y sin brillo que me desalienta y me sumerge en un sinsentido. A un leve gemido de un anciano en una noche solitaria y fría.

Siesta interruptus

Cuando llega el verano con esas noches plomizas que son irrespirables, esos calores que llegan a ser insostenibles, ocasionan en mi cuerpo mucha incomodidad y hastío. Las largas y calurosas noches me hacen sentir extenuada y abatida. Y sobre todo sudor, mucho sudor. Todo este cóctel me impide dormir, dando vueltas y vueltas, buscando algún trozo fresco en las sábanas sin éxito, hasta que el cansancio llega y caigo en un sueño que de alguna forma alivia mi tormento. Esta lucha nocturna me arrebató el amanecer, me pierdo el alba, la belleza y frescura de las primeras horas matutinas.

Afortunadamente soy española, vivo en España y para bien o para mal, con sus buenas y malas costumbres, yo no voy a negarme a gozar de una de ellas... la sagrada siesta. La siesta es la salvación a la que me aferro para atenuar mis sufrimientos estivales. Es para mí como un rito, un acto religioso al que me ofrezco como el mayor de los placeres.

Mi siesta, ¡ay mi siesta! Recuerdo cierto día que después de una de esas noches de sufrimiento, por la mañana me movía como un zombi de un lado para otro, cumpliendo con mis obligaciones laborales de una forma automática. Llegué a mi casa, comí frugalmente y casi con desespero fui a mi habitación, cerré puerta y ventana, bajé la persiana y quedándome en la oscuridad, me desparramé en la cama y me entregué a mi siesta.

Como de costumbre, el hermetismo para impedir que algún rayo de luz se colara por alguna rendija era difícil de lograr y aquel día no iba a ser una excepción. La per-

siana de mi habitación —¡maldita sea ella!— no encajaba y pequeñas ráfagas de luz penetraban en el dormitorio. A pesar de los inconvenientes el sueño me venció y caí en los brazos de un plácido y dulce descanso. Una maravillosa venganza a mis anteriores horas de velatorio, sin muerto que velar. En ese momento en que el cuerpo se abandonó a los brazos de Morfeo y olvidó las penurias. En ese momento una MOSCA. Una puñetera y maldita MOSCA. ¡Una mosca cojonera!

Comenzó con un leve zumbido arrancándome del viaje placentero. Maldije el zumbido. Se iba haciendo más sonoro y audible, llegando a ser insoportable, y la mosca zumbaba y zumbaba. Si solo fuera hasta ahí. Si la maldita mosca respetara al menos mi territorio, yo hasta llegaría a aceptar el zumbido como una monótona melodía y me volvería a dormir. No le pedía más que 20cm alrededor de mi cuerpo, no más. Pero no, la mosca decidió posarse en uno de mis pies, y pataleé para espantarla, entonces ella decidió otro lugar de mi anatomía para su aterrizaje, eligiendo uno de mis brazos. Maldito cosquilleo, qué picor tan inoportuno e insoportable que me obligaba a moverme de forma espontánea y ella volvía a despegar quedando el recuerdo de sus patitas en mi piel y el zumbido de sus alas que iba tomando más intensidad. Pensaba, —¿dónde será su próximo aterrizaje?— Esta vez con gran pericia y esa habilidad, de la cual, las moscas están dotadas, se posó en mi nariz.

¡Dios eso era insoportable! La mosca me estaba robando mi siesta, era una ladrona, maldita mosca. La espantaba con la mano, pero se volvió a posar, en ese momento en la mejilla, no me dejaba dormir. Me revolví en la cama pero ella me perseguía, me acosaba, era como un campo

de batalla y estaba perdiendo la guerra. Me cubrí con la sábana pero el intenso calor me obligaba a destaparme de nuevo. La mosca empezaba otra vez su ataque. La odiaba. Al final decidí rendirme a ella, me venció, me robó lo más valioso. Me incorporé en la cama, subí la persiana, entró la luz. Adiós siesta.

Echando un vistazo a la habitación, allí en un rincón pegado al techo, una pequeña mota negra, inmóvil, pude ver la mosca que me miraba victoriosa. Maldita seas, maldita mosca cojonera.

La victoria era suya de momento, me rendí a su poder. Lo que ella no sabía era que mi venganza sería terrible. Escudriñé cada rincón de la habitación buscando algo para acabar con ella. No encontré un matamoscas, el bote del insecticida al lado del mueble, lo cogí y sonaba casi vacío, madre mía, como podía haber tanta inconveniencia. Cruzando mis dedos deseaba que hubiera suficiente para llevar a cabo mi estrategia. Pulsé el botón del spray y la roció con el asfixiante líquido, y cual helicóptero sin combustible, se estrelló contra el suelo, cayendo en las fauces del tradicional “fli”. Seguía allí en el suelo zumbando y rezumbando y en sus últimos estertores de vida, yo le dije: — ¿A que jode?

El despertar

Querido despertar a ti te dedico esta carta. Hoy al fin me siento liberada después de tomar distancia emocional y no pedir que mi hija me llene mis vacíos, aunque tengo que reconocer que también

buscaba su cariño y cercanía.

Hubo un tiempo en el cual mis emociones iban desde la culpabilidad a la rabia, de una forma enfermiza y dolorosa. Me sentía mala madre y por lo tanto mi comportamiento hacia mi hija era de pedir perdón, pedir comprensión, pedir aceptación, todo enfocado a aliviar mi culpabilidad por no haber cumplido sus expectativas y no haber hecho o compartido cosas en su niñez y adolescencia como a ella le hubiera gustado. Cuando me acercaba a ella con este comportamiento humilde y sumiso, solo despertaba su desprecio hacia mí y potenciaba aún más su rabia. Esto comportaba que me retirara con mucho dolor y frustración y por supuesto, sintiendo rabia. Pasado un tiempo corto, volvía a repetir la misma jugada y así durante años.

Llegó un momento que de tanto dolor y no conseguir mi objetivo de que ella llenara mi interior y aliviara mi sufrimiento, comprendí que por ese camino no lograba los frutos que yo deseaba. Un buen día y harta de este callejón sin salida y mirando en mi interior, de repente, me llegó la luz, casi parecía un milagro, me inundaba la paz y el agradecimiento. Ya por fin tenía mi aprendizaje, solo era cuestión de aplicarlo.

El despertar me decía que tenía que cambiar el enfoque. Era mirar hacia dentro de mí, y buscar esa niña herida, darle mucho amor, aceptarla y comprender que había estado abandonada en el rincón oscuro durante mucho tiempo.

Me puse manos a la obra, no niego que fue difícil al principio, pero poco a poco fui sintiendo libertad y fortaleza. A esa niña que carecía de atenciones la fui arropando y cuidando y cada vez se iba sintiendo más segura y feliz.

En estos momentos me siento más libre y en paz, ya que

gracias a ella estoy aprendiendo que los vacíos deben llenarse de una misma y así cuando el exterior no esté o no me apoye, yo al menos estaré conmigo misma.

Contrastar dos épocas de mi vida

Año 1965, en Ronda (Málaga)

Yo tengo casi cinco años y mi hermana tres. ¡Qué bien, qué chulo mi vestido de gitana verde con lunares blancos! Mamá quiero ponérmelo ya, mi madre dice que no, que me espere hasta la tarde que vayamos a la feria. ¡Jo qué rollo! Si está ahí en el armario, mi abuelita lo ha terminado y lo ha planchado ya, ¿por qué no puedo? Le digo a mi hermana: —Ven conmigo y se lo pedimos las dos a mamá —. La agarro con fuerza de la mano y tiro de ella. Mi hermana dice: —No, no suéltame que mamá se enfada —. Y ella empieza a llorar. ¡Shhh! ¡Cállate, tonta!

Por fin llega la tarde y mi madre empieza a vestirnos a mí y a mi hermana, yo no puedo estar quieta, me toco el peinado, el collar, la peineta, los pendientes... mi madre me da un tortazo en la mano, no te muevas. ¡Ay! Pero no lloro, vaya que se enfada y no me lleve a la feria. Me pone una flor blanca que huele muy bien, con muchas horquillas y se me clavan, ¡ay! ¡Mamá, me duele! Te aguantas, ya queda poco. Cuando estoy ya vestida, doy una y otra vuelta para que se levante los volantes, ¡Uy, que mareo, jajajá! ¡Cómo me gusta, que divertido!

Mi madre dice:

—Ahora vamos a casa del tío Pepe para hacernos una

foto antes de ir a la feria. A mí no me gusta ir allí, siempre me pica la garganta con los líquidos que usa mi tío, ¡qué asco! Además no me deja entrar en el cuarto oscuro, pues no lo entiendo, que encienda la luz y ya se ve. Tampoco me deja sentarme en el sillón, dice que es para la gente mayor, ¡Qué rollo!

Por fin mi tío nos coloca cerca de la pared, esconde la cabeza dentro de un trapo negro y nos dice: —Quietecitas, mirad a la cámara y contad hasta tres. Ya está hecha la foto. Yo quiero ver la foto, pero mi tío dice: —No, tenéis que esperar. Jo, vale. Mamá vámonos ya a la feria. Mi madre me dice: Cállate pesada, no paras de molestar, mira, tu hermana no dice nada y se porta mejor que tú. Al ratito vuelvo a pedirle lo mismo, y mi madre me vuelve a decir lo mismo. ¡Jo! ¡No me hace caso!, yo quiero irme ya, que pare de hablar con mi tío, estoy aburrida.

Año 2018

Cuando observo la foto de esa época, y después de una reflexión, me doy cuenta de que han cambiado sentimientos y no coinciden con los de esos momentos de mi vida. En cuanto a la alegría de disfrutar con el traje de flamenca y poder ir a la feria, sigue siendo igual, me hacía mucha ilusión y era un acontecimiento maravilloso.

Ahora puedo ver que así siempre estaba llamando la atención de mi madre, no soportaba que me comparara con mi hermana, eso me daba mucha rabia. Yo quería ser la preferida, la única y especial para mi madre, que me amara como era, por eso siempre me estaba quejando para

captar su atención, aunque solo fuera un ratito. Yo intentaba proteger a mi hermana, yo era la mayor. Ella siempre estaba llorando y era muy tímida, así que la defendía en el colegio, en la calle, contra los otros niños. Como a mí me regañaban mucho, sentía que ella era la buena y yo la mala, ahora puedo ver que todos hemos cometido errores. A mi hermana le molestaba la etiqueta de “buena” y se sentía atrapada porque tenía que seguir haciendo lo que los demás querían, eso la ha marcado en su vida, de tal forma que sigue complaciendo a todos para parecer buena.

Para finalizar puedo decir que cada una aporta algo positivo a la relación y compartimos buenos momentos cuando estamos juntas, dando lo mejor de nosotras mismas.

Ángeles

Presentación

Los relatos que les presento fueron corregidos por mi profesora de Narrativa. En esa confianza espero que mis lectores disfruten con ellos. Siempre hay algo que escribir y siempre hay que ceder una sonrisa. Es mi intención. El bolígrafo es agradecido y las historias, sean reales o fantásticas, no quieren ser echadas en saco roto. Así lo veo yo. A través de ellas, las emociones fluyen.

Ángeles Martín Ramírez

Monólogo

Se carcajea sucia y despeinada.

Esta noche me he despertado un par de veces. Son los muelles de su cama los que chirrían. Me he despertado al tiempo que el cuco del reloj salía de su escondite. Sobre todo cuando él se mueve. Eso dice ella. No sé. Me despierta este sueño mío que dice que no puedo tener. Me he despertado dos veces, una de ellas soñando que tenía unas zapatillas de bailarina. Unas zapatillas de bailarina. Unas zapatillas de bailarina. Le digo. Sí. De bailarina. De bailarina rusa. Mis oídos escuchan una carcajada y veo caer en la taza el café con leche. Frío. Me mira con el pelo despeinado. Y yo me despierto con el mismo chirrido un par de veces en la noche.

Somos pobres, dice. Sí, digo bajito. Algún día. Pues no pides tú nada, me dice. Somos pobres. Si no fuera por él. Carcajea otra vez. Sí. Otra vez. Carcajea. Pues no pides tú nada. Como si fueras de la nobleza. Me dice. Y yo me despierto un par de veces. Y una de ellas soñando que los aplausos se escuchan. Sí. En los palcos del teatro. Mi teatro. Carcajea otra vez. Sí. Sucia y arrugada. Y yo me despierto un par de veces con el mismo chirrido. Él se levanta. La deja sola. Pero él, esta mañana... es otro. Si no fuera por él. Dice con los pelos despeinados y esas bolsas azules debajo de sus ojos.

Nunca me escucha, y me despierto dos veces. Quiero ser bailarina. Sí. Le digo. Un día lo conseguiré. Lloro todo lo que quieras. Dice. Pues tú qué te has creído. Niña. No

escucha. Huele a licor. Y el cuco sale de su escondite una y otra vez. No pasa nada nuevo. Frío. Así un día. Otro. Mientras... la escuela y mis katuskas. Mis katuskas y la escuela. Me despierto dos veces cada noche al son del chirriiiiiiiiiiiiiiiii. Nuevas zapatillas blancas de bailarina. De raso. Mientras, el cuco sale de su escondite. Se sujetan bien a mi tobillo y vuelo por el escenario. De punta a punta.

Esta mañana tiene el ceño fruncido. Ser bailarina. Lamenta. Ser bailarina de puticlub. Ahí ganarás más dinero. Exclama. Y repite. Y tú no podrás. Por qué. Al menos déjame intentarlo. Mientras... la escuela y mis katuskas. El chirrido. Él se va. Él, hoy es otro. Uno más. Me mira con bolsas azules y el café frío. Y el cuco entra y sale y me despierto dos veces por la noche. Algún día seré bailarina. Llora todo lo quieras. Y grita mi nombre. Anna. Y es que ella dice que bailar en un puticlub da dinero. Mamá. Mamá no ve la luz. Tiene bolsas azules debajo de sus ojos. Quiero volar de punta a punta. Mientras me despierto dos veces por la noche. Sí.

Cuando se acabará el chirrido. Sí. Un llanto que me parte en dos. Mamá. Mi sueño de bailarina. Sonrío. Mejor ser bailarina de puticlub. Escucho una y otra vez. Es mi sueño mamá. Porque no el tuyo, digo. Él te deja sola. Grito. Quiero ser bailarina rusa, grito. Bailarina. Bailarina. Para ti. Para mamá. Todas las noches me despertaba un par de veces. Sí.

Paseo por las calles, cerca del teatro. Voy a entrar. Un día salí de mi escondite y colgué las katuskas. Te grité mamá. Te dejé allí. Lejos. Tras el quicio de la puerta. Te escondiste como el cuco. Abro mi camerino. Todo está preparado. Ya estoy vestida mamá. Acaricio mis zapatillas blancas.

Ya no oigo el chirrido de los muelles. El cuco del reloj se

ha parado. Ya no me despierto. Mis zapatillas de bailarina rusa cruzan el escenario. Mi teatro. Mi sueño. Lo oyes mamá. Están aplaudiendo.

Hoy no tienes bolsas azules debajo de los ojos. No las veo.

..... Carta de agradecimiento al dolor

Paso a paso me acercaba hasta ti, sabía que no era de su agrado, sin embargo yo necesitaba abrazar a sus hijos y decirles cuanto les echaba de menos. Me ignoraba volviendo el rostro hacia la valla rasposa y fría que circundaba la plaza de hormigón de su barrio; y allí, en conversación con otras madres amamantaba al niño. Yo avanzaba con cautela, paso a paso sin volver la vista atrás. En el trayecto, un hormigueo de pies a cabeza me acompañaba hasta convertirse en un quejido punzante y llorón. Ese eras tú. Llegabas de forma despiadada a mi estómago, después te alojabas en mi cabeza, reventándola, con aquellos latidos llenos de desprecio. El niño gemía cuando mi mano acariciaba su mejilla, la niña extrañaba mi presencia, pedía permiso y recordaba algún juego de la última tarde que estuvimos juntas.

Sobre el hormigón liso, con sus pinturas especiales de suelo me pedía que le dibujase una muñeca con un globo y un hermano pequeño. Iba pasándomelas una a una eligiendo ella misma el color de cada trazo del dibujo. Me contagiaba su magia de cuatro años, y yo en cuclillas y con mis dedos ligeros me movía y me movía con alegría sobre la figura. Durante un buen rato hablábamos con su muñeca del globo y del hermano, hasta que se cansaba de

ella y volvía a pedirme que hiciera otro dibujo. Tú ibas desapareciendo.

— ¡Ahora... dibújame un sol amarillo! —decía la niña.

Y aquel día estaba nublado. Pero el sol amarillo quizá quiso ayudarme y apareció por una esquina de la plaza.

— ¡Ahora... dibújame una casa con una nube de muchos colores! —pronunciaba de nuevo.

Y... menos mal que vi un arcoíris en sus ojos y copié de él.

— ¡O... dibújame un barco en el mar! —dijo otra vez.

En ese instante escuché el nombre de mi nieta y el barco se quedó a medias de hacer, había que subir a casa, era la hora de la comida. Esta vez agarrada a mi cuello me dio un beso y yo se lo devolví con entusiasmo.

El Lusitania Exprés

El viento no deja nada quieto. Silba en medio de la calle y calla escondiéndose detrás de las esquinas, se parece a nosotros jugando al escondite. Aquí en el cuartito de casa la persiana no deja de golpear los fijos de madera que la sujetan, y es que suena igual que el Lusitania Exprés, cuando va llegando a la estación. Mi madre no quiere que salga hoy domingo a la calle porque dice que voy a salir en volandas. “Si supiera que voy al descampado cerca de las vías me daría un bofetón de los de rebote, y se me escucharía chillar más allá de Leganés”. Me asomo desde la marquesina y todavía no veo a mis amigos. Nos gusta jugar al aro cuando sopla bien, ya veremos quién de nosotros tres corre más deprisa detrás de él.

Para despistar a mi madre me pongo papelero y me abrazo a su cuello, atronándola el oído con un fuerte beso. Aprovecho el chasqueteo de los platos de loza que ella está colocando, el ruido de las vueltas que da la pesa de la Magefesa, como ella la nombra, y es entonces cuando doy un portazo. Ya estoy en la calle con Manolito y Ángel. Y desde abajo veo medio cuerpo de mi madre fuera de la marquesina, y la oigo vocear unas pocas veces mi nombre completo, advirtiéndome que no es buen día de juegos y menos con ese cacharro, y es que ella lo llama cacharro pero es mi mejor juguete. Mis amigos ya la conocen, de todas las madres del barrio es la única que tiene buen timbre de voz y cuando pronuncia mi nombre asusta a todos los pájaros del Paseo. El Paseo es la única calle empedrada del barrio, tengo suerte de vivir aquí porque además pasan dos autobuses que van a Madrid, haciendo “fu” como los gatos. Un “fu” largo. Muy largo.

—¡Vamos chavales! —dice Manolito— ¡os voy a dar una buena zurra con el aro!

—¡No os va a dar tiempo a esperar al Lusitania Exprés! —grita y golpea una y otra vez nuestros tímpanos con la misma cantinela.

El viento nos empuja el cogote y corremos dando saltos de alegría. Ya no vemos el Paseo y cruzamos las calles de tierra, que se levanta y nos da de lleno en los ojos. Nada más llegar a la estación comenzamos a correr. Una carrera. Dos carreras. Tres. Cuantas más mejor.

¡Corre flacucho, corre! —sigue gritando— que vas a ir a parar a los raíles de un soplido y tu madre te buscará a golpes de chirreo.

¡Hay que ver la fama que tiene mi madre! Yo les dejo

que digan lo que quieran, porque estoy seguro que con esos zapatones de domingo no darán una patada a un bote y menos me ganarán empujando el aro de hierro fino.

Rueda con pequeños toques que le vamos dando a la horquilla que se cuela en el círculo. Nuestras pisadas forman en la tierra “eses” al compás de un tintineo intrépido. Voy rápido. Muy rápido. Mis manos dominan la horquilla del aro a pesar de la ventisca, se tambalea una y otra vez, pero vuelve a coger el ritmo.

¡Les he dejado atrás! — me río.

— ¡Correr, correr que ya viene! —les voceo— como mi madre hace conmigo.

Ángel llega ahogándose, masticando tierra, y los dos fijamos la vista a lo lejos. Ahora los aros no se mueven y aplastan las puntas de nuestros zapatos. Las ruedas golpean los carriles, y nosotros miramos con asombro a la máquina negra que despide chispas de fuego. De repente un gran frenazo hace parar al Lusitania Exprés.

— ¡Qué raro, siempre va de seguido, sin parar, en dirección a Portugal! —decimos los dos al mismo tiempo.

De repente, oímos llorar a lo lejos a Manolito y nos señala a las vías, se ve que en uno de los tambaleos no ha controlado el aro y se ha metido debajo de la máquina negra. ¡Vaya susto que nos hemos llevado!

— ¡Ha sido este aire de locos! ¡Lo ha hecho un amasijo de metal! —solloza y habla desesperado. Gimoteando

Vemos que quiere cruzar por delante del tren y el maquinista le echa el alto.

— ¿Dónde vas mequetrefe? —exclama con voz machacona el señor de la gorra— ¡Casi te tira el viento contra la máquina y tú sigues! ¡Anda, corre y vete de aquí, que no

te quiero ver, que has estado en un tris de meterte debajo de las ruedas!

Los tres con la cabeza gacha y un aro menos, cogemos por el hombro a Manolito.

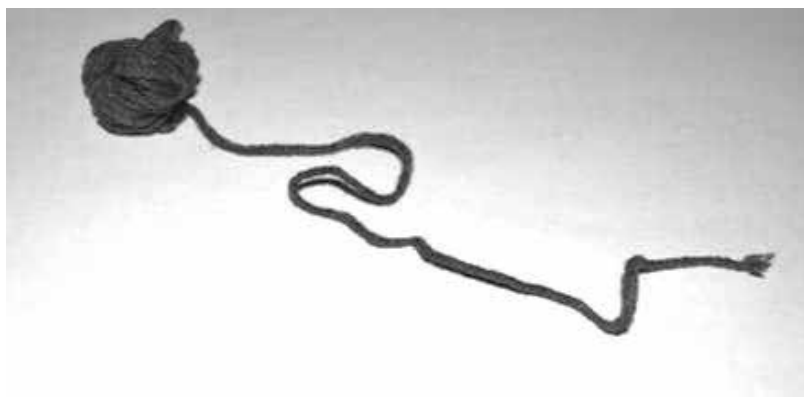
El viento nos empuja de regreso a casa. Yo me río por lo bajini, pensando en la zurra que nos iba a dar en las carreras. Lo peor va a ser que cuando su madre le chive a la mía la faena, no me libro del bofetón de rebote.

El plantador de patatas

Él dice que para que quiero plantar tanto y es que la tierra roja me tira y me tira porque lo he mamado pero él insiste si no te vas a comer todas las patatas y vuelve a insistir de nuevo no te dará tiempo a comértelas y te vas a dejar los riñones viejo Patagallo y no entiendo por qué me llama por el mote y otra vez oigo para que tantas patatas y añade para que tantos pimientos y si ellos tus muchachos ya no están yo le digo que es mi tierra mi tierra llana y fértil y hago lo que me da la gana en ella aunque no estén y es que mi vecino es un porculero y dice que cuántos años cumplo y yo le digo qué sé yo como si tuviera la partida de nacimiento delante y le digo serán sesenta o setenta y qué más da sí soy viejo y siembro todos los días cuido de mi cosecha riego quito las malas hierbas y le digo y tú qué haces aquí mirando como lo hago y me dice que soy más viejo de la cuenta será posible qué tonto pues claro que soy viejo y me vuelve a repetir pero el año que viene tu quizá ni las pruebas y yo le digo que es un cansino que cuándo se va a callar y no calla y no calla y no calla y me cansa a ver si crees que vas a durar mucho

no seas así viejo pero difícil va a ser llegar a cosechar algo de lo que estás sembrando pero que me dice hombre y le llevo hasta el sembrado y le digo sácate las manos de los bolsillos y deja de desearme el mal sácate las manos de los bolsillos a-gá-cha-te un poquito y es que no sabe que yo he comido patatas de las que sembró otro y a ese otro ni se le pasó por la cabeza que yo pudiera comerlas y digo qué sabrás tú a-gá-cha-te y sácate las manos de los bolsillos y bien que lo agradecí y digo aquel desconocido merece que termine la siembra y sácate las manos le digo otra vez y se ha sacado las manos con unos cuantos billetes y me dice viniéndose a bien te pago por adelantado la lección eres un Patagallo sabio y yo extendiendo la mano y le digo saca, saca que como sigas enterrándome antes de la cosecha te arruino y vaya con el vecino.

La bola de lana



La manoseo antes de llevarla al paladar al masticarla la noto rasposa y mi garganta por más que quiere no la traga sabe a enredo a tardes de cotilleo a trajes

mal cortados a ingratitud... la escupo de nuevo, vuelvo a tenerla en mis manos se cae al suelo y rueda y rueda... y es que la conversación con mi prima Angustias es insopor-
table.

La carrera

Esta vez tuve el presentimiento de que la última carrera tendría algo de particular. Durante el trayecto hasta la Avda. Pio XII, la pareja fue desvelando sus más íntimos secretos. Era una noche lluviosa y su conversación un tanto atrevida; tanto que llegué a pensar que calarse no les hubiera venido nada mal. La mujer, pelirroja con unos ojos verdes que quitaban el hipo me pareció un tanto alocada. A pesar de su madurez se adivinaba en ella un aroma poco elegante, ácido, quizá... de buena marca. Él tenía los ojos completamente vidriosos y su voz parecía un poco torpe.

— ¡Buenas noches, por favor! ¿A Pio XII?

Hasta que el caballero dijo el nombre de la calle pasaron dos minutos, yo respondí al saludo y mientras tanto le pregunté si tenían algún equipaje. Haciendo caso omiso a mis palabras se dirigió a la señora diciendo:

— ¡Este hombre no se ha enterado de nada! ¡Oiga le he dicho a la calle Pio XII!

Enseguida reaccioné, al fin y al cabo ellos eran mis clientes:

— ¡Tomo nota! — dije complaciéndole.

— ¡Veo que tienen ustedes una maleta pequeña! ¿Me permiten?

Amablemente, abrí las puertas traseras y les ofrecí asiento mientras colocaba la lujosa Samsonite en el maletero. Desde la discoteca Neón, donde ellos me dieron el alto, salimos al Paseo de la Castellana con suerte de que a esas horas de la noche el tráfico era más fluido, por lo que calculé diez minutos hasta la dirección señalada. Decidí como siempre con cautela, fijar mi atención en la conducción pero él me interrumpió llamándome la atención:

— ¡Conductor aquí hace un calor de narices! ¡Ponga el aire acondicionado!... ¡si no le importa, claro!

Sonreí inconscientemente y le di al mando del AC.

— ¿Es que le hace gracia? — Insistió de forma rotunda — ¡He dicho que hace calor en este puto taxi, quizá debiera ventilarlo! ¿No le parece que huele mal?

Sin darme por aludido seguí al pie de la letra las normas que yo mismo me impongo con este tipo de clientes y sin titubear abrí la ventanilla de mi lado, más o menos una cuarta. La lluvia salpicaba mi brazo izquierdo, no me importó, comprendí que era deseo expreso de mi cliente; si hubiera abierto la ventanilla del copiloto las salpicaduras habrían rebotado en la señora del pelo rojo y ella, al fin y al cabo, no había solicitado la abertura de la misma. Transcurrieron unos cinco minutos. Fue entonces cuando ella comenzó su delicada conversación:

— ¡Me parece genial Jaime! Es el lugar idóneo. En Pio XII podemos seguir la fiesta, ¿Verdad amor?

— ¡Calla mujer, tú ya no estás para seguir ninguna fiesta!

Y rascándose los ojos añadió:

— ¡Mañana hay que volver a la compañía, salimos en el primer vuelo... a las doce del mediodía, o es que tan mal estás que no te acuerdas de tus obligaciones!

— ¡Ja! no seas capullo, señor piloto. ¡Queda mucha noche por delante!

Y siguió hablando sin cansarse:

— ¡Hacía que no nos veíamos! ¿Cuánto tiempo, Jaime?

Retirándose la melena rojiza de la barba, él exclamó con cierto tono irónico:

— ¡Unos cuantos, por lo menos, por lo menos ocho años!

Poco después al cambiar de dirección, el espejo retrovisor me sirvió de confidente. La tapaba la boca con rabia. Pero ahí no acabó la cosa...

— ¿Se puede saber que está usted mirando?

Volvió a dirigirse a mí con muy mal talante. Decidí ignorar su pregunta centrado en mis normas, y al poco rato fue ella la que insistentemente comenzó a quejarse, decía que tenía frío y me pidió que cerrara la ventanilla.

— ¡Haga lo que dice la señora, conductor! ¡Hágalo ya! Es usted un poco lento ¿No?

Sin pérdida de tiempo accedí a su petición. Mi garganta empezaba a secarse demasiado. Sin embargo ni el aire de la ventanilla abierta, ni el calor del interior del vehículo, ahora que estaba cerrada, hizo callar a la pelirroja que insistentemente volvió a la provocación:

— Después de lo nuestro yo estuve enrollada con Sergio, era instructor de vuelo ¿Te acuerdas...?

— Por aquel entonces yo estaba casado con Nuria y esperábamos a nuestro primer hijo! — respondió tajante.

— ¡Ah sí! Hay que ver como ha pasado el tiempo, Jaime. La voz de la pelirroja era dañina.

— Tu exmujer, nunca supo lo nuestro. ¿No es cierto? No negarás que mientras criaba a ese pequeño retoño, tú y yo

estábamos en nuestro mejor momento. Después de varios años no quisiste dejarla y fue entonces cuando apareció Sergio... tu flamante amigo... ese... el de toda la vida. Era más aburrido que tú, mucho más... ¡Bueno, estoy un poco pedo! ¿No crees Jaime?

El sudor le caía a chorros por la frente.

— ¿Dices que estás un poco pedo? ¿Solamente un poco? Yo diría que estás como una cuba. Me gustaría que cerraras tu preciosa boquita.

Él exclamaba que por favor no removiera la mierda y lo hacía ya con cierta desesperación.

— ¡Quieres dejarlo ya!

Por fin habíamos llegado a la Avda. Pio XII. Yo no recordaba el número, más bien no me lo habían comunicado, así que no me quedó más remedio que interrumpir:

— ¿A qué número de la calle van ustedes?

— ¡Ya se lo he dicho! Al 34.

Respiré hondo...

— ¿Ya hemos llegado a casa, amor? — pronunció ella con voz casi anestesiada.

— ¡Déjenos aquí! y... dígame: ¿Cuánto le debemos?

Sacó un fajo de billetes que acarició en su mano izquierda alargándome uno en el preciso momento en el que yo apagaba el taxímetro:

— Son doce euros.

Le di la vuelta del billete de cincuenta euros y guardó el fajo de billetes en su americana de color azul. Completé dándole las gracias y advirtiéndoles que no se olvidara la señora de su maleta.

— ¡Es que mi marido tiene una cabeza! ¿Verdad amor?

Abrí el maletero, saque la Samsonite y les vi alejarse dando bandazos de un extremo a otro de la acera.

—¡Buf! ¡Buf! ¡Ahora sí que me voy a casa! —pensé— al tiempo de colocar el billete en mi monedero.

Pero no estaba la noche por acabar. De repente sentí un escalofrío desde los pies a la cabeza. ¡Ya no había tiempo, les había perdido de vista! ¿Cómo es posible que me haya ocurrido esto?, ¡No me lo puedo creer! Bajé del taxi y corrí hasta el 34. Me ahogaba, mis normas me habían fallado.

—¡Esperen, esperen!

Él me miró de arriba abajo con aquellos ojos pesados.

—¡Perdone...! Creo que se ha confundido, le he dado la vuelta de cincuenta euros, señor y usted me ha dado un...

—¡Billete de quinientos euros! Sí, sí, no se equivoca, conductor.

Dándoles la espalda y quizá por el cansancio acumulado hablé en voz alta mientras regresaba al taxi.

—¡Desde luego, esto es increíble! ¿Qué se habrá creído? ¡Como si la paciencia tuviese precio!

..... La vejez... ¡es que... es tan fea!

Mi madre, que por octubre cumplió ochenta y siete años, me pidió hace unos días que la acompañara al Hogar del Pensionista del pueblo donde ellos viven.

Hoy, cuando llegué a las diez de la mañana y la vi bajar por las escalerillas, sentí una gran curiosidad: ¿por qué querría mi madre que yo la acompañase? A esos sitios de

mayores siempre han ido ellos dos solos. Esta mañana parecía mucho más joven. Vestía falda de quillas y chaqueta de cheviot a juego, en tonos anaranjados, y una blusa blanca. No llevaba en la cara ni una pizca de pintura, no se pone maquillaje ni tampoco colorete (eso sí: cuando se le acaba la crema para las arrugas me llama rápidamente para que compre otra igual). Sin embargo, los labios se los pinta de color rosa, un rosa que combina de maravilla con el color plata de su pelo.

—¡No te diré nada, así que no me preguntes, que lo quieres saber todo! —dijo— colocándose hábilmente el pañuelo en el cuello.

El caso es que adivinó mi curiosidad.

Últimamente está más feliz —pensé—. *Semana tras semana lo voy notando. Hubiera querido que mi madre aprendiera a leer y a escribir. Pero hasta ahora no lo he logrado. Hace unos meses se quejaba demasiado pero no solamente por su estado físico sino por las cosas que quería conseguir: zapatos, vestidos, bonitos jerséis y su perfume preferido. Cuando me repetía muchas veces lo mismo le decía: «¡Estás mejor que yo, tengo tantos dolores que agradecería un buen masaje! Disfruta, madre, no te quejes tanto.*

Cuando la besé, su cara fresquita me recordó esas mañanas en las que se despedía de mí al dejarme en la escuela.

¡Cómo ha cambiado mi madre! A mejor. También yo he cambiado y he cumplido años, eso es lo bueno.

Por el camino su brazo izquierdo, enlazado al mío, tiraba más de la cuenta de mí. Caminaba dando pequeños traspies que hacían oscilar su cuerpo bien vestido.

— ¿Qué pasa, madre? ¿Ya vas cansada? —dije bromeando.

—No, hija, no, ¿Cómo voy a ir cansada? Ya sabes... Es la cadera, esta cadera derecha que cojea cuando quiere.

—¿No te parece que te has puesto unos zapatos con tacón demasiado altos?

— ¡Para la ocasión, hija, para la ocasión!

De nuevo aseguró bien el paso agarrada a mi brazo:

—¿Te acuerdas, hija? Qué grande nos pareció esta avenida cuando llegamos al barrio hace ya cuarenta años.

— ¡Sí, ya recuerdo, madre! Era un barrio muy bonito y se respiraba bien.

—Pero...vamos a aligerar el paso. ¿Te han dado hora en el Hogar? —pregunté.

Ni me escuchó.

Seguimos avanzando... Cuando de repente, a la altura de la iglesia del barrio, donde hay varias tiendas de moda, mi madre se paró en seco. Desde el cristal del escaparate señalaba con su dedo índice las faldas y blusas, añadiendo que eran de la nueva temporada.

—¡Tú vas siempre tan guapa, hija! Hoy traes un vestido ¡Qué bonito!

Y siguió hablando y hablando.

—¡Mira aquella falda, la beige, con esa blusa gris marenngo queda de miedo! ¿Quieres que pasemos y te pruebas? ¿Qué te parece?

—Luego, madre, luego. La paciencia se me iba agotando, pero ya estábamos cerca.

—Ya sabes, hija mía, no queda la ropa igual en tu cuerpo que en el mío. La vejez... es que... ¡es tan fea!

Por fin llegamos al cruce desde donde se divisaba el Hogar. Por un momento respiré pensando en que ya ha-

bíamos llegado a nuestro destino, pero mi madre dejó de agarrar mi brazo y de nuevo hicimos otra parada en la esquina:

— ¡Hija, es que voy a retocarme los labios!

Toda peripuesta, esta vez me pidió que fuese yo quien la agarrase del brazo. Todavía me extrañó más:

— ¡No vaya a ser que te caigas, agárrate bien, hija!

— Ahora sí hemos llegado. — Respiré.

— ¡Ese es el hombre del bastón!

Pasamos al lado de la gran figura de bronce que representa la vejez y, tras la alfombra roja, nos adentramos en aquel centro como verdaderas actrices.

— ¡Bueno, hija, espero que te guste! Yo tengo taller a las once y tú a las once y cuarto.

¡No me lo podía creer! Mi madre abrió la puerta donde un cartel plastificado decía: «Alfabetización». Y unos minutos más tarde, la recepcionista me indicó que yo podía pasar a la sala de Fisioterapia.

— Su madre preparó todo para que usted fuese atendida ¡Ah! y, al salir de la consulta, no se olvide su carnet de Pensionista.

Mitad rabia... Mitad sombra...

-Recoge tu bolso, mamá, que nos vamos a casa. Espera, no salgas todavía de la oficina, saldremos por “Rayos”. Con la melopea que llevas no tendrás mucho frío, pero prefiero que te pongas la trenca y te tapes la cabeza con la capucha, así ninguna de tus compa-

ñeras te preguntará qué es lo que te pasa. Aunque demasiado bien lo saben. Esta es la tercera vez en un mes que me llama tu encargada por el mismo motivo. Detente aquí apoyada, tengo que abrir el coche. Detente mamá. Que te detengas he dicho. Pasa...te pongo yo el cinturón de seguridad. Vamos a casa allí te encontrarás mejor.

— ¡Qué vergüenza mamá, cómo estás! ¿Tú sabes que visión das ante el público? ¡Si estás atendiéndoles y desde la ventanilla de citas se escucha tu balbuceo!

Las miradas de los pacientes se detienen en ellas, los pacientes que esperan en las taquillas vuelven la cara y cuchichean sin disimulo.

— ¿Has olvidado tu edad, acaso? ¿Has olvidado que tienes una hija y que esta hija te cogería de los pelos y te tiraría a la vía del tren? ¡Estoy harta de verte perdida... con esos ojos vidriosos y ese aliento apestoso! ¡Qué vergüenza mamá! Ayer en el jardín de al lado de casa, estabas tirada en el banco de madera, con ella al lado. Habías abandonado tu puesto de trabajo en el ambulatorio, nadie sabía nada de ti. ¿Es que no te acuerdas? Y hoy... ¿Hoy otra vez?

El freno de mano pone fin al trayecto y en el ascensor rompe a llorar. Con la mano derecha abre la puerta y con la izquierda la mete a trompicones, sujetándola por un brazo. Ni siquiera habla.

— ¡Mamá... Sorbe un poco más! ¡Sorbe! el café con sal es muy bueno y te limpiará. ¡Qué mal sabor! ¿Verdad mamá? A mí no me sabe tampoco bien. A este paso me echarán de la peluquería pero la verdad es que tengo un grave problema.

— ¡Mírame! Con esos ojos vidriosos, son los que tienes madre... Hueles fatal, madre, pero ahora es tu olor. Él no

merece que tú pases por todo esto.

— ¡Cabron! ¡Qué vergüenza, madre! Me quedo en casa, mamá, duerme que mañana nos espera un largo día y pasado y al otro.

Ratones chivatos

Todavía recuerdo los días previos al acontecimiento y cómo los cánticos en el “Mes de las flores a María”, calmaban mi inquietud. De pie, delante de nuestros pupitres hacíamos las ofrendas a coro sin olvidar la postura de nuestras manos, unidas debajo de la barbilla, y mirábamos a la imagen fijamente. Al mes siguiente se acababa el curso escolar y en mi estómago había un ir y venir de ratones. Ratones que crecieron conmigo y que desde los seis años hasta los trece fueron unos chivatos. Todas las mañanas que no fueran sábado o domingo me obligaban a acompañarles, con mi uniforme blanco y las siglas del colegio G.S.C.

Las manos de mi madre olían a jabón que restregaba en mi cara para espabilarme. Con la diadema elástica me recogía el pelo oscuro para que no se viniera a los ojos.

— ¡Así verás mejor las letras! — decía —, acercándome la cartera y el pequeño bocadillo de Nocilla envuelto en papel de estraza. Salía desde mi casa situada en la calle Eugenio Serrano, 38, con mi babi de tela de sábana impecable.

Cuando llegaba el tercer trimestre, alguien importante de la dirección del Sagrado Corazón sacaba mi nota media y la señorita de aquel año firmaba, dando su visto bueno en la Cartilla de Escolaridad. Yo brincaba de alegría, siem-

pre con la misma inquietud: “Padre fírmame las notas” y él cuidaba su firma, mirándome con agrado pero diciéndome: “Tú como tu hermana, en cuanto acabes la escuela a buscar trabajo”. Y mi madre me guiñaba un ojo mientras que preparaba el barreño de cinc con agua caliente:

—No tengas prisa, todo llega hija —añadía después—, al secarme el pelo que crecía muy deprisa.

Muchos años pasaron y muchos cursos se quedaron atrás. Los intrépidos ratones se calentaban al lado de la estufa de butano y, al calor de la llama, se calmaban conmigo sentada en la silla con el libro de texto apoyado en las rodillas.

Un mes de junio del año 1973 noté que aquellos andarienes de estómago se habían relajado del todo. Supuse que había llegado a la meta y los números con tinta azul de los tres trimestres daban la nota media exigida. Mis ojos fijos en la calificación se quedaron mudos. Aquel día, sin diadema, con el pelo suelto y una sonrisa amplia noté que de vuelta a casa, por la calle Leganés, alguien me zarandeaba la falda escocesa y de las borlas de los calcetines colgaban aquellos ratones que a rastras traían el babi blanco.



Vamos a hacer un retrato!

Año 1962

- ¡**V**amos hijas! hay que vestirse de majo para hacerse el retrato pero antes hay que lavarse en el barreño.

Mi madre le dice a mi hermana que se esté quieta y que no corree y es que después del enjabonamiento está muy guapa con su vestido de cuadros y su rebeca de punto después ha llegado mi tía y mi primo Pablito que tiene meses — casi un año.

Mi madre mira a mi hermana con ojos dulces y sin dar voces la regaña una y otra vez porque con la ropa de domingo ya no se juega y además ya tiene siete años y ya es muy grande para hacer tanto ruido, pero ella sigue dando

vueltas alrededor del brocal del pozo que está en el patio al lado de la puerta de la cocina y pregunta por el olor tan rico que sale entre la cortina. La abuela está machacando los cominos y la tomatilla para el cocido. Dice mi madre y mi hermana de tantas vueltas como da tiene los calcetines en los tobillos. Se los sube hasta las rodillas y parece que se le va acabando la cuerda. Eso he oído decir a mi tía y la mira con los ojos azules iguales a los de mi primo Pablito y, con mis manos de tres años, chapoteo y chapoteo en el agua del barreño y cuando menos lo espero oigo un ruido de agua clara que baña mi cuerpo desde la cabeza a los pies y me embozo y salgo llorando y mi madre me seca con la toalla que huele a jabón de olor. Me viste con mi falda bordada y mi chaqueta minúscula que está suave, mis zapatos son iguales a los de mi hermana pero son de tres años y los miro y los miro y los miro y ella se estira la rebeca y hace caso a mi madre que le dice que se abroche el botón. Nos quedamos serías muy serias mirando al hombre que nos va a hacer el retrato porque ahora sí que no hay que moverse al lado de la pared. El hombre coloca unos cajones de madera, mi madre dice que tiene dos alturas y mi hermana solo tiene que apoyar el codo al lado de la piernecita de mi primo, mi tía lo coloca en el cajón más alto y le pone un cojín para que no se tuerza y no se caiga y yo soy la que he salido ganando subida en el cajón de madera más bajo ¡qué alta que estoy! desde arriba veo la cabeza de mi hermana Grego, mi madre dice que está enojá.

Febrero de 2018

Acababa de cumplir tres años y mis recuerdos son escasos (igual que aquella chaqueta que apretaba mi cuerpo). Dos años más tarde mi madre preparaba las maletas con nuestra ropa y la de ellos, nuestros vestidos de domingo se nos habían quedado cortos y las jaretas del bajo se marcaban en el tejido cosido de nuevo, afeándolos un poco. Ella había cumplido nueve años y olía a mayor, él tenía dos años y medio y yo con cinco años lo apretaba mucho hasta que lloraba. Mi tía de ojos azules también preparaba las maletas y el patio de friso gris y pared de rallas se nos iba olvidando. Getafe nos esperaba en una casa de vecinos. Este patio, el de Getafe, albergaba varias cocinas pero de ninguna de ellas salía un olor parecido al de la sopa con cominos y tomatilla de mi abuela materna. Eso decía mi hermana.

Después de tanto tiempo, hace unos días cuando miraba este retrato me daba cuenta que ella no ha dejado de ser una pequeña raíz para mí, arraigada siempre a la tierra, dando vueltas alrededor del brocal de la vida. Mi primo Pablo huele a nobleza y de aquel niño frágil y rubio al que yo acompañaba al colegio sorteando calles bastas llenas de tierra y barro queda un hombre sensato. Miraba el retrato, me miraba a mí una y otra vez y me daba cuenta de que en el fondo todavía necesito crecer pero ya no en estatura.

Antonio

Presentación

Yo leía bastante, escribía relatos que gustaban a quien los leía, y entonces decidí inscribirme en un taller de narrativa. Poco a poco me di cuenta de que no tenía ni idea; hacia crónicas, explicaba hasta el infinito lo que quería contar. La primera lección me enseñó que había que mostrar y no explicar. Y nada de lo que había escrito pasaría la prueba de la mínima calidad literaria. Entonces dediqué mi tiempo a podar mis escritos y a tratar de escribir con arreglo a las enseñanzas de los maestros, de la maestra, en este caso: Cristina. Desde aquí mi agradecimiento.

Antonio Morillas Jiménez

Caín y Abel

—**Q**ué bien, al final Bustamante ha visto recompensado su trabajo... —le interrumpe abruptamente Caín:

—¿Su trabajo? Sus malas artes son las que ha visto recompensadas.

—Lo que tú llamas malas artes son esfuerzo, dedicación, privación, confianza en sí mismo —replicó Abel.

—¡Ya!, y pasarse por los despachos a todas horas dorando la píldora al superior.

La pura aplicación de El Principio de Peter: aprende el himno de Eton —donde estudió el jefe— y cuando pases a su lado, síbalo; él lo reconocerá y te reconocerá como un igual, a partir de ese momento, el camino estará allanado.

—¿Por qué no piensas que cuando tú te ibas de cañas o de paseo, él se metía cuatro horas todos los días, después del trabajo, en una academia, a seguir formándose, con la sana intención de progresar?

—Quizás, pero en el trabajo se dedicaba a pisotear al compañero delante de los jefes para obtener beneficio.

—¿Qué te hizo a ti?

—A mí nada, de cara, pero tanta confianza con los jefes le lleva a ser su chivato.

—Y hasta ahora, ¿qué beneficio habría obtenido? ¿No tenéis los dos el mismo sueldo?

—Sí, pero ahora el ascenso se lo dan a él.

—Porque se lo merece...

—Porque es un pelota asqueroso.

Adiós

Querida:

He sabido de ti después de tanto tiempo y un ejército de hormigas ha desfilado otra vez por las paredes de mi estómago. Y lo primero que he recordado ha sido cuando nos mirábamos a los ojos buscando respuestas a nuestras preguntas, mientras sonaba *Oh, sister*, de Bob Dylan: *Oh, hermana, / ¿No soy yo un hermano para ti, / y alguien que merece afecto...?*

Yo, lo sabías bien, quería ser tu hermano, caminar junto a ti, pero tú, cuando te susurraba aquella canción al oído, bajabas la vista y no respondías. Simplemente te dejabas llevar y tus pasos te llevaban lejos. Estabas allí, pero no estabas.

Aún con tu desidia a cada paso, cuánta felicidad en aquella época, porque caminaba sobre certezas: era alguien importante cuando estaba a tu lado, permanecer junto a ti era la razón de mi existencia y abrazar el futuro juntos, mi misión sobre la tierra, y solo me hacía abandonar mi mar de la tranquilidad el hecho de imaginar que yo era alguien que nunca merecería tu amor. Para mí, solo existíamos tú y yo y, alrededor, el vacío.

Llegó aquella carta a mi buzón, ¿recuerdas? Solo dos líneas para decirme que no te escribiese más. Pero yo te escribí: "Adiós, solo tengo esa palabra para ti", decía. Cuán orgullosa es la juventud, ¿verdad? Ahora lo sabemos. Por el camino rompí la carta porque era una gran mentira: entre el torrente de palabras que fluían por mi cabeza, no existía la palabra adiós y menos aún dirigida a ti.

Aquella tarde me perdí entre la gente.

Ha pasado el tiempo. Se alejaron de mi cabeza aquellas nubes de tormenta: dieron paso al sol que alumbró mis pasos y a la lluvia fértil que no volvió a empañar los cristales. Pero de vez en cuando volvían aquellos días para recordarme que seguía sobre el camino.

Amiga mía, ahora vuelas otros cielos, cada día más turbulentos, y en mis oídos vuelve a repicar la vieja canción. Con ella vuelvo a imaginar tus ojos y vuelvo a preguntarte: *¿Y no es el mismo / nuestro fin sobre la tierra: / amar y seguir su dirección?*

..... Conversación en un bar

- **T**oma, guárdate esto.

—Poco es, ¿no?

—Más de lo que mereces.

—No me jodas, eh... El pacto era *fiftyfifty*.

—Si no hubieras metido la pata, sí... Ahora te apañas con esto.

—Un fallo lo tiene cualquiera, otras veces has fallado tú.

—¿Yo?, ¿Cuándo he fallado yo, listorro?

—¿Listorro? Y tú gilipollas... Pero vale, vamos a dejarlo.

—No, ahora soy yo quien no quiere dejarlo...

—Te aprovechas porque sabes que he tirado mi arma al río.

—No te preocupes, solo te voy a partir la cabeza con mis manos, mierda.

—Venga, retiro lo dicho, joder!... Encima que me he echado un muerto encima...

—¡Dilo más alto, gilipollas, que te oiga todo el mundo!

Fotografía en dos momentos

Julio de 1968



Al lado del retratista mamá tiene en brazos a la pequeña que acaba de cumplir su primer mes y aún no se puede sentar con nosotros en el tranco del corral. Nos dice que tenemos que reír para que nuestro padre vea que estamos contentos. Carlos cuchichea que van a venir las gallinas, que andan picoteando granos de maíz o cebada en el cuarto oscuro, donde se cuelan en bandada cuando ven la puerta abierta, y nos van a picar en el culo. Los más pequeños ríen; yo no tengo ganas de reír pero no quiero que mamá se disguste y fuerzo la risa. Papá se ha marchado otra vez a la emigración y vuelvo a ser el hombre de la casa —eso me dicen los vecinos—, pero yo no quiero que mi padre se vaya y mucho menos que nos

vayamos nosotros tras él. Me gusta mi pueblo, mi casa, por cuyas estancias, como con cada nacimiento, ahora se expande el olor a chocolate, a caldo de gallina, a colonia; me gusta mi corral, el olor a vaca y hasta me gusta limpiar la cuadra aunque, cuando levanto el estiércol con la pala, el olor hace que se me salten las lágrimas, igual que cuando entro en la cochinería... Si nos vamos, ¿quién va a cuidar de mis gallinas y sus polluelos? ¿Y de mis conejos? ¿Y de la gata que acaba de parir? Yo espero que mi padre vuelva y no nos lleve con él.

Me llega el olor a alfalfa que segué esta mañana con la fresca y me recuerda que es la hora de echar de comer a los animales. Cruza por mi mente la idea de dejar de ver a la vaca rumiando la hierba soltando espumarajos por la boca y se me hace un nudo en el estómago...

Después de hacernos la foto, la pequeña empieza a llorar y mamá se mete en casa a darle de mamar y me dice que mire a ver si han puesto las gallinas para hacer una sopa de huevo con aceite y vinagre y sopas de pan que tanto nos gusta.

Febrero de 2018

Han pasado casi cincuenta años. Los cuatro niños de la foto, la niña que reclamaba la teta y mi madre aún seguimos en el camino. Mi padre, el destinatario de la carta, ya no está. Decía a quien quisiera escuchar que cuando muriese le gustaría que le enterrasen en el pueblo “porque allí, cualquiera que pase alrededor del cementerio te reza un Padrenuestro”. Allí, entre cerros, descansa para la eternidad. La familia, después de la huida, aumentó con tres miembros más porque entonces había que tener los hijos que Dios quisiera. Ahora, mi madre,

cuando recuerda aquella época, dice que se marcharon del pueblo porque no quería ver cómo sus hijos, cuando crecieran, huían dejándolos a ellos dos viejos y solos.

Hoy miro la foto desde otro lugar, vencida la nostalgia por aquella tierra que expulsaba a sus hijos, aunque ahora sé que la tierra es inocente.

La lana

Es nieve y arcilla bordeando los charcos de mi calle; es chocolate caliente dando vida a los rincones de la casa. Y es una paloma dibujando figuras en el cielo del invierno con el humo de las chimeneas.

Nada

No puedo soportarlo. ¿Qué hice para tanto castigo? ¿No es suficiente toda la vida amarrado a esta silla de ruedas? Lo acepté... No quedaba otra... Y agradezco que me premiara con Adela, que la pusiera en mi camino... Ella ha sido mis pies y mi alma sobre la tierra. Solo una mujer de su carácter, de su valentía, se habría atrevido a romper con las convenciones y lanzarse a esta aventura conmigo. La vida... La vida siempre un camino tortuoso... Con alguien como yo, más, que fui un cobarde y en el último momento me eché para atrás. Cobarde. Tantos veces intenté convencerla de que buscara otro camino más fácil... He sido afortunado con ella, con nuestros hijos... Menos mal que ya caminan solos, aunque ahora... Cuántas veces, mientras crecían, echamos de menos nues-

tros días de juventud, nuestros paseos por el parque, ella siempre detrás, empujando mi silla... ¡Dios...! yo delante, mirando al futuro... gracias a ella... Nuestras películas, nuestras músicas, nuestros libros... Nuestros amigos de braceté y ella, siempre, día tras día, empujando mi puta silla de ruedas. ¡Qué dura fue aquella época! Todo incomprensión... Sobre todo la familia... Ciegos, estaban todos ciegos. Nadie entendió su derroche de humanidad. Y ahora le paga la vida con esta maldita enfermedad que la va a arrancar de mi lado. ¡Maldita suerte! ¿Por qué nos castiga de esta manera? La vida, ¡la puta vida...! Y todavía me dicen que tenga fe, que Dios... que... A veces me pregunto por qué a mí, por qué a nosotros. ¿Y por qué no?, me respondo. Somos uno más en el engranaje de este tiovivo macabro. Entonces me sereno... Pero ella... Ella que ha vivido sacrificada por mí... No es justo. Ahora no quiere sufrir en este último trance. Yo haré que no sufra... Pero ¿seré capaz?, ¿no temblaré en el último momento? Lo tengo decidido: cuando se apague su luz, me iré con ella. Esta vez no dudaré. Sin ella, mi vida no vale nada. Absolutamente nada.

Números

Aquella noche de insomnio, 05/09/2017, decidí tirarme de la cama y abrir el cajón de la mesita donde esperaban el fuego facturas, contratos vencidos, justificantes de pago con tarjeta, que formaban el dislocado diario contable de la economía familiar. En una bolsa deposité los trozos de aquel puzle imposible. Casi al final apareció un montón con letras de cambio, parte del pago

de mi primer piso, que compré a la inmobiliaria en la que trabajaba, ordenadas por fechas: desde el 05/09/1982 hasta el 05/08/1994. 144 letras, 70 de 13.621 pesetas y 74 de 30.621 pesetas cada una. Recorrí con la vista la firma de mi mano temblorosa y los trazos firmes y redondos de la de mi jefe con las iniciales de su nombre y apellidos: SGJ.

Han pasado treinta y cinco años. Las letras de cambio son reliquias (ahora firman hipotecas con avalistas para asegurar el pago), como las nóminas de antaño y el sobre marrón que contenía el sueldo en efectivo. En el cajón dormía, entre otras, la primera: 31/01/1973: días a pagar: 16. Total a percibir: 2.734 pesetas. Decidí no destruirlas.

Pasé en aquella empresa diecisiete años de mi vida y hace treinta años que me fui, y nunca quise saber nada de los jefes, entre ellos SGJ, que, con el despido, me sumieron en un pozo oscuro aunque pronto salí a flote.

Con cientos de números girando en la cabeza como bolas en el bombo de la lotería, llegó el sueño...

A las diez de la mañana mi hijo y yo fuimos a una Notaría para firmar —yo como avalista— la escritura de la compra de su primer piso. Nos hicieron pasar al despacho del notario. «No creo que la otra parte se retrase, suelen ser puntuales», dijo. A las diez en punto tocaron a la puerta y abrieron. Giré la cabeza y en el umbral vi la figura, treinta y cinco años después, de aquel hombre cuya firma, SGJ, vivía en mis letras de cambio ya vencidas. Fui hacia él, nos miramos a los ojos y nos dimos un abrazo sin poder pronunciar palabra. Respiré hondo y después le presenté a mi hijo. Cuando se deshizo el nudo en su garganta, acertó a decir:

—No me puedo creer que vaya a firmar también la venta

del primer piso de tu hijo mil años después. ¿Recuerdas?

No sabía él lo fresco que conservaba aquel acto en mi memoria.

SGJ sacó su pluma del bolso de cuero negro que siempre le acompañaba, desenroscó la capucha y, cuando se disponía a estampar su firma al final de la escritura de la hipoteca, sonó el despertador.

.....¿Qué hay en el frigorífico del ministro?.....

Nada más iniciada la reunión, el Ministro se dio cuenta de que la tarde anterior había olvidado los informes en su apartamento de la KrummeStrasse. Se disculpó y salió a la antesala del despacho. Su chófer departía con Fraulein Hertha, la secretaria. Al aparecer por la puerta el Ministro, el camarada subordinado se puso de pie, firme.

—Toma las llaves de mi apartamento —le dijo, llevándole del brazo hacia la salida de la sala y hablándole en voz baja—. En la mesa del salón he dejado un sobre marrón con mi nombre. Tráemelo...

—¿No está su esposa en casa? —preguntó el camarada chófer.

—KrummeStrasse —dijo el Ministro— y Herb entendió. No era la primera vez que visitaba esa casa.

Subió de dos en dos los escalones, abrió la puerta y se dirigió al salón. En la mesa estaba el sobre que iba buscando, junto a las dos copas de champán y a la botella que no había retirado después de la última visita. Herb comió una porción de una tableta de chocolate a medio consumir

y miró alrededor. La puerta del dormitorio abierta dejaba ver la cama desecha y, al otro lado de la barra que separaba la cocina del salón, vio el frigorífico entreabierto. Se agachó y lo abrió de par en par. Ante sus ojos aparecieron víveres para la ocasión: chocolate, leche condensada, unas latas de caviar beluga, salchichas de Dresde, un tarro de mostaza de Viena, dos botellas de champán francés y tres de champán soviético, de orillas del Mar Negro. Pensó que al camarada no le importaría si se llevaba una lata de caviar. No quiso esperar a estar en casa para probarlo; lo abrió fácilmente y su interior no estaba poblado por huevas de esturión sino por un polvo blanco similar al talco. Temblando cerró el tarro, lo dejó en el mismo hueco que había dejado, cerró el frigorífico, cogió el sobre marrón a nombre del camarada Ministro y bajó los escalones de tres en tres para dirigirse al coche.

Calcetín rojo

Se pasó una hora buscando el calcetín rojo. Tenía que estar allí. Era de tal grosor que no lo podía haber engullido la lavadora. Decidió ponerse el pantalón rojo de paño porque hacía frío y un viento que volaba las cabezas. Iba a desistir cuando buscó entre las sábanas. Allí estaba. Pero... No recordaba nada. Las pastillas para la migraña anoche la dejaron en estado de shock. Miró el reloj. Tenía diez minutos para salir de casa.

Llegó a la oficina –mesa 13– sudorosa, jadeante. Fichó. Pasaba un minuto de las 8:30: había perdido la prima de puntualidad. “¡El puto calcetín!”, exclamó. Levantamos la vista levemente, sin sorprendernos.

Durante el desayuno fue a una tienda y compró diez pares de calcetines rojos.

A la vuelta leyó hasta que la pantalla dirigió a la mesa 13 a un hombre que, tras unos minutos, escuchaba impertérrito su filípica. El hombre se levantó y, con gesto grave, se dirigió hacia mi mesa. Le atendí. Me planteó un problema que no pude solucionar y le derivé hacia quien sí podía hacerlo. Antes de marchar me tendió su mano.

Cuando el hombre alcanzó la calle, se presentó ante mi mesa la señora de rojo, los brazos en jarras, la cara a juego con su ropa, los labios temblorosos y con lágrimas de ira brotándole a borbotones: “¡Aquí cada uno hace lo que le sale de los cojones, ese tipo es un maleducado y tú le solucionas el problema... Se tenía que haber ido a su puta casa...”. “Yo sólo...”, intenté replicar. “¡Una mierda! —me interrumpió—. Esto es una puta mierda...!”

Quedé petrificado, sin poder articular palabra, al mismo tiempo que una tormenta de rabia y tristeza se desataba en mi interior.

¿Por qué algunos, al otro lado de la mesa, solo ven números?, me pregunté en silencio.

Sombras

¿Qué pinta este trasto viejo aquí...?

—Eso no es un trasto viejo. Es un recuerdo de mi abuela; que no se te ocurra tirarlo.

—Bah... Hasta está podrida la madera.

—Ya la arreglaré. ¿Me meto yo con el reloj de bolsillo cochambroso de tu bisabuelo?

—¿Cochambroso? Ciento cincuenta años tiene, es una joya.

—Sí, una joya de exposición que no va para adelante ni para atrás... Pero, claro, como esta cajita es de madera de pino y de gente pobre, hay que tirarla. Que sepas que para mí tiene el mismo valor que tu reloj.

—¿Y para qué servía la caja, para criar gusanos de seda?

—Me tengo que reír... Gusanos de seda... Se la regaló mi abuelo a mi abuela recién casados. Me contó que se la cambió a un charlatán que venía por el pueblo a cambio de medio celemín de habichuelas y dos cuartillos de aceite. Mírala bien, es preciosa, con sus dibujos a mano. Parece que hablaran.

—Dibujos... Dirás manchas de pintura...

—Todavía se distinguen las dos mujeres sentadas frente a un ventanal cosiendo.

—Sí, un cuadro abstracto. Te quieres imaginar a dos mujeres...

—Es muy bonito... Me encanta el color sepia que ha ido tomando la caja... Y dentro los compartimentos para los hilos, para las agujas, para los dedales... Toma, huele... Conserva el olor a yerbabuena y romero de la casa de mi abuelo.

—Sí, y a puchero en la lumbre... Mucha imaginación tienes tú. ¿Y ese trapo negro que hay dentro?

—Toca, anda, esto no es un trapo. Es un pañuelo de seda, el último que tuvo mi abuela. Siempre la conocí con un pañuelo negro recogiendo su mata de pelo que también parecía de seda.

—Eres una coleccionista de sombras.

—¿Yo coleccionista...? ¿Saco todo lo que tienes tú por ahí?

—No hace falta, en el fondo me gustan todos estos cachivaches...

—Pues entonces no me chinches... ¿No dices tú que mientras recordamos a las personas siguen vivas...?

.....**Transeúntes: Por el dolor a la alegría**.....

Con estruendo anunciaste tu llegada
para convertir en hielo
el último aliento del otoño.

Cuando tomaste posesión
de aquella estancia de mi casa
pregunté: ¿Por qué a mí?
Respondieron a coro las voces del universo:
¿Por qué no?

La respuesta derribó el orgullo
y abrió puertas y ventanas
para que el aire,
—que caminaba a mi lado
sin que notara su presencia—
incendiase las sombras.

Te agradezco que sembraras
pausa en mis días,

humildad en mi alma,
sosiego en mis pasos...

Y hoy,
cuando aún no se extinguieron
los ecos de metal,

te pido
que no regreses a mi lado
pues creo tener la lección aprendida:
me enseñaste a nadar
en las aguas bravas de montaña,
en las más calmas de los lagos,
y si intentas volver
para pintar ante mis ojos
un océano con restos de naufragios

declaro
que aprendí a mirar alrededor
y beber, sorbo a sorbo,
en las páginas de los días
para saciar la sed con la lección
que a cada paso me brindan
los transeúntes.

Daniel

Presentación

¿En qué estás pensando?
Nunca he sabido cómo contestar a esa pregunta.

Se supone que uno piensa en «sus cosas», en temas de familia o de trabajo, en los niños o en tu pareja si se tienen, qué hacer el fin de semana o en vacaciones, en los exámenes si se está estudiando, si se empieza una dieta o se deja de fumar...

Pero no es mi caso, cuando tengo la mirada perdida o estoy ensimismado no pienso en nada, la verdad es que siempre tengo música en la cabeza.

Tarareo una y otra vez melodías sin letra que mi cerebro crea y yo repito como si fueran un mantra.

Así que cuando alguien me pregunta, ¿en qué estás pensando? dudo qué contestar, me da vergüenza y suelo mentir, me escudo en mi hijo afirmando que pienso en cosas del niño, que no me convence la nueva tutora, que hay que aclarar el suspenso en matemáticas...

Este año he pedido ayuda, se me ha presentado la oportunidad y he acudido a este taller de escritura para que Cristina y mis compañeros me enseñen a escribir y a contar cosas como ésta y en el camino han llegado estos pequeños relatos esperando que os gusten.

Daniel Martín Merlo

Calcetín rojo

Se pasó una hora buscando el calcetín rojo. Papá Noel no conseguía encontrarlo en aquella casa. Lo normal hubiera sido verlo en el recibidor o en el árbol, entre espumillones y guirnaldas pero no daba con él.

Descartando de antemano la chimenea, inexistente en estos pisos de ciudad, había examinado minuciosamente el salón sin encontrar nada parecido a un calcetín rojo con bordados navideños y doble ribete blanco.

Harto de llevar el regalo en la mano, salió al pasillo y le llamó la atención algo en el suelo de la cocina. Parecía un calcetín tirado en medio de un charco oscuro. Dio la luz, algo impropio en él, pero le guiaba una inusual curiosidad. Encontró varias baldosas agrietadas junto a los restos de una botella rota de vino.

Comprobó que efectivamente la prenda tirada era un calcetín y además rojo pero el color se debía a la enorme mancha de vino o de sangre, no estaba seguro, que impregnaba el tejido

Se preguntó si habría alguien más en la casa. Había dado por hecho la invisible compañía del niño dormido y la de sus padres, pero empezó a dudar; como de la escena presenciada en la cocina, fruto quizá de un accidente doméstico o de una pelea enrabiada.

Se dirigió hacia la primera habitación que encontró al final del pasillo. La puerta estaba cerrada y al girar el picaporte vio una cama donde yacía una mujer con los ojos abiertos. Tenía el rostro desencajado y los labios, rojos e hinchados, contraídos en un rictus de sonrisa forzada, como si hubieran estado escupiendo insultos o alaridos.

Papá Noel bajó su mirada al suelo y vio pisadas, huellas rojas de unos pies desnudos, probablemente del dueño de los calcetines tirados en la cocina.

A las huellas le acompañaba un reguero también rojo y lo siguió hasta que se encontró frente a un niño que le miraba incrédulo pues en el colegio le habían asegurado sus compañeros que Papá Noel no existía, que eran los padres los que dejaban los regalos, a veces disfrazados.

Papá Noel se dio cuenta que además de descalzo llevaba mal el disfraz. No había nada en su sitio, ni la barba postiza que colgaba del mentón, ni el gorro sucio y torcido que se le caía de la cabeza, ni la botella rota que llevaba como regalo en la mano ensangrentada.

Carta al dolor

Supe que ya estabas allí, detrás de la puerta de Urgencias, cuando salió mi mujer con la cara desencajada y fue incapaz de hablar.

Supe que ya estabas allí aunque aún no dolía, apenas te sentía como una incertidumbre, como un miedo.

Esperaste a que alguien me lo contara para acercarte y pellizcarme con tanta fuerza que algo reventó.

Y ya no hubo tregua, no me abandonaste en todas esas horas de hospital, sólo tuve ojos para ti, todo lo que ocurría a mi alrededor lo sentía ajeno, como si fuera un espectador de mirada perdida y cabeza gacha.

En cuanto raparon la cabeza a mi hijo de ocho meses para introducirle la aguja se acabaron las medias tintas, te mostraste en todo tu esplendor haciendo incluso que me

doliera el silencio que me rodeaba.

Cuando todo pasó, cuando la puerta del Averno se cerró con un hasta pronto aún no te toca, aún no pasas, tu hijo está respondiendo bien al antibiótico, empecé a respirar, a sonreír y a llorar, te di las gracias y te las vuelvo a dar ahora.

Me abriste los ojos, me llevaste de la mano lejos de una ceguera que ya duraba demasiado provocada por rutinas y falsas urgencias y aunque fuera por cobardía y por miedo y deseé no volver a verte nunca, aprendí a apreciar y a valorar lo que siempre se ha merecido que se aprecie y se valore.

Muchas gracias.

Diálogo

— ¿Qué más quieres?, se ha ido acercando a trompicones, casi empujando, y ahora está aquí, a tu lado y te ha sonreído.

— No ha sonreído.

— Además la conoces, te has cruzado con ella en los pasillos y en los tornos de la oficina y siempre se gira, te busca, pone su atención en tu persona, aunque sea de soslayo y al menos te premia con media sonrisa, dile algo.

— Te equivocas, no la he visto en mi vida.

— Si sigues así, como un bobo, como un pasmarote, en silencio, como un cobarde que se ahoga en sus dudas, se va a marchar.

— No tengo dudas y no quiero molestar, es una desco-

nocida.

—La cara, el rostro, no, la mirada, ¿es que estás ciego?, observa sus pestañas, sus ojos, sus labios ligeramente entreabiertos que te invitan a que te acerques, a que inicies un contacto, una conversación, te está diciendo que es ella, la que te espera, la que te corresponde.

—No me engañes.

—¿Pero qué puedes perder? ¡Habla ya!

—Siempre se pierde algo, la autoestima, la confianza, los nervios, una buena primera impresión... además se ha dado la vuelta, se va, se marcha, ha cogido el abrigo, no es nadie, creo que ni siquiera me ha mirado, dirigía su atención detrás, a mi espalda, a algún amigo o conocido, o quizá a otro extraño que como yo se le ha quedado mirando como un bobo.

Foto



¡E l timbre, llaman a la puerta!
Salva se ríe mucho cuando abro y echo a correr tras él, su abuelo viene detrás, que nos estemos quietos, siempre quieren que nos estemos quietos, todos nos dicen lo mismo, mamá y papá y todos los mayores.

El abuelo de Salva es fotógrafo y mamá quiere que nos haga fotos a Laura, a Albertito y a mí.

¿Y ahora me tengo que subir al sofá? ¿Puedo encender la tele?, mamá nunca me deja ver la tele por las mañanas y no lo entiendo, ¿por qué no puedo? ¿Se me van a hinchar los ojos, me voy a poner malo? Ahora llega Laura, ¿dónde estabas?, señala a su habitación, mamá la trae en brazos pidiendo ooooootra vez que nos estemos quietos mientras va a la cuna a por Albertito.

Salva se sube conmigo y su abuelo saca una cámara de fotos negra que me gusta mucho ¿Puedo, puedo cogerla?

El abuelo de Salva es muy bueno, siempre me deja sus cosas. Me enseña cómo se abre una puertecita que está detrás y me dice que es ahí donde se pone el carrete. Giro y giro y giro una rueda hasta que se para, doy a un botón y apunto a Salva, ¡sonríe bobo!, mamá ahora chilla, ¡suelta la cámara! el abuelo de Salva no chilla porque dice que no hay ningún carrete puesto, te dejo jugar pero no hacer fotos, eres muy pequeño dispararías a los pies o a la pared vete tú a saber, mamá se une a él, el revelado es caro muy caro, y ¡cómo no! ¡Que nos estemos quieeetooos! y que se baje Salva del sofá.

El sofá es rojo y parece de plástico y me da frío y se pega en las piernas; me pongo al borde, casi me caigo y mamá me mira enfadada; ahora me quiero bajar y asomarme por la terraza hay un ruido raro en la calle, pero me paro porque me ponen encima de las rodillas a Albertito, agarra fuerte a tu hermano que no se te caiga y yo me pongo serio.

Me gusta el pijama de Albertito es amarillo y me hace cosquillas el pez gordo que tiene en la tripa.

Que no se te caiga, ¿por qué los mayores lo repiten todo dos veces? ¿O tres veces?

Me gusta ser el hermano mayor es muy importante todo lo que hago, no como Laura que nunca hace nada, nunca la regañan, mamá se acerca, cariño mira para acá, deja de empujar a tu hermana y sonríe, tú también hija y por favor estaos quietos.

Febrero 2018

Tiene que ser mi madre la que con la foto en la mano me recuerde la fecha y el lugar. Tenía dudas de si se hizo en Alcorcón o en Zarzaquemada donde nos

mudamos cuando tenía cinco años; mis recuerdos bailan entre ambas ubicaciones.

Mi hermano apenas tendría seis o siete meses coincidiendo en edad con la del año 1975.

He olvidado al fotógrafo pero en cambio sí que recuerdo a su nieto Salva, mi amigo.

El vivía en el segundo y yo en el tercero del número veintidós de la calle Jabonería. Los pisos eran pequeños, de dos habitaciones y con un cuarto de baño y seguramente nos haríamos amigos al instante, en cuanto hubiéramos coincidido en la calle o en el parque o en el ascensor, daba igual, así te haces amigo cuando eres un niño, eliges sin apenas condiciones, una risa un empujón, un balón entre las manos, con eso bastaba.

En cambio ahora que miro la foto, pienso que a mis hermanos no los elegí.

Tampoco elegí a mis padres, ni siquiera a mi hijo.

Las personas más importantes, las que nunca salen de tu vida no las eliges.

Puedes elegir con quien formas una familia o de quien intentas enamorarte, no siempre se consigue, muy distinto al amor entre hermanos.

Eliges a quien rechazas e ignoras y olvidas, actos imposibles con los hermanos que aunque por avatares o enfados rechaces, nunca se olvidan.

Eliges con quien haces amistad y compartes ocio tanto de niño como de adulto aunque a los adultos nos cueste un poco más. Con un hermano la amistad ya viene incluida desde el principio, una amistad casi obligada e impuesta, una amistad que no se pone en duda y que los años van transformando en rutina.

Lana

La lana me sabea rutina, a olvido, a lo que no se echa de menos, a duda y aburrimiento, a lo que no sorprende, a vulgaridad, a lo que se da por hecho, a las cosas o trastos viejos que nadie busca ni presta atención.

Monólogo

¿A caso soy invisible?, ¿Por qué grita tanto?, me habrá visto entrar en el baño digo yo, tanto tiempo no llevo como para que lo olvide, aunque ojalá me olvide, ojalá me haya vuelto invisible, sin pó-cimas ni experimentos, la mujer invisible, así me siento, pero este espejo no miente, aquí estoy, mi reflejo al menos, lástima que no muestre un lavabo vacío.

Ya se ha callado, mejor, mucho mejor, ¿qué querrá?, no pienso limpiar la cocina, que se limpie sola, ni este baño, no voy a hacer nada, me voy a quedar quieta, quieta y callada...

¿Y si salgo y le restriego sus normas por la cara? Tanta terapia, tanta ayuda a la pareja, ¿cómo era?, ¿todos los días decimos 'te quiero'? ¿'Si nos enfadamos no irnos a la cama sin pedirnos perdón'?, sí, muy bien escritas y a la vista pero nunca ha sabido distinguir cuándo buscaba su atención, su contacto, su compañía y cuándo quería su silencio o su ausencia...

¡Vaya!, lo estoy poniendo todo perdido, el suelo está asqueroso...

¿Qué pretendía ahí sentado, con ese aspecto mohíno,

abarcando toda la mesa de la cocina, sin mirarme a la cara, con el cuchillo en la mano girándolo una y otra vez sobre el mantel?

Yo tenía hambre, ¿qué esperaba?, ¿que no comiera, que le acompañara en su pena?

Me estoy mareando, quizá debería salir, ¿donde habré puesto el botiquín?

¡Por Dios! Deja de gritar, no me importa, no me importan ni tu dolor ni tus dudas, yo a diferencia de ti nunca te he menospreciado, no vivo ni con remordimientos ni con sospechas, no soy la culpable que buscas, si te quieres quitar la vida hazlo, ... pero apuñálate tú, mátate tú, mátate tú, mátate tú...

Spiderman

Spiderman no quiere ir al cole. Neville mira impotente a su hijo, le pide explicaciones con resignación sabiendo de antemano la respuesta.

Es la segunda derrota que sufre esa mañana. Ya perdió la primera batalla cuando quiso vestirle. El niño tiró al suelo el vaquero y el polo que le esperaban bien doblados en cuanto los vio. Sólo aceptó llevar la ropa escogida por su padre cuando supo que podía enfundarse el traje del superhéroe, aunque fuera sin la máscara, la vas a perder te la tendrás que quitar en el colegio y luego no sabrás dónde la dejaste.

Una vez uniformado para hacer el Bien, el niño se niega a salir de casa, se niega bajando la mirada y moviendo la cabeza mientras espera la llegada de las lágrimas que en

esta ocasión tardan en aparecer.

Neville está en el rellano esperando con las llaves en la mano viendo cómo el niño se hace fuerte en su cabezonearía, voy a llegar tardísimo al trabajo.

Aparecen los nervios, las ganas de dar un grito y de que empiecen los castigos, pero se resigna a ser un buen padre.

“...paciencia y cariño, paciencia y cariño, paciencia y cariño...”

—Papá...

—Hijo sal ya por favor.

—Me hago pis.

¿Cómo se negocia con un niño de cinco años?, ¿se puede?, ¿se consigue alguna vez un acuerdo justo?, ¿fue así con su padre? No tiene casi recuerdos de él, incluso duda de la veracidad de los que resisten el paso del tiempo en su cabeza.

Le perdió siendo muy pequeño, muy niño, con la edad que ahora tiene Adrián y todas las imágenes son borrosas, opacas, difuminadas, como si a su padre sólo le hubiera visto los días de niebla.

Después según pasaron los años todo se lo tuvo que imaginar. Los enfrentamientos y los rechazos que nunca llegaron, se quedó virgen en su adolescencia de creerse más listo que su padre pues ya no estaba, no hubo referencia, no tenía con quién compararse, sus hermanos mayores ejercieron ese papel competitivo pero seguramente no fue lo mismo.

Tampoco experimentó la aceptación de su presencia y de sus consejos una vez alcanzada la madurez, cuando la vida se empeña en que siga ahí, en que tu padre continúe

a tu lado... se lo perdió porque eso no ocurrió así.

Coge a su hijo, le lleva al baño y casi le tiene que desnudar para que pueda sentarse en la taza del váter. El traje de Spiderman es de una incómoda sola pieza.

Sale al fin de casa con el niño en brazos compartiendo peso con la mochila escolar. Spiderman va callado con la cabeza hundida en el hombro de su padre, ¿se habrá dormido? Se detienen en un semáforo, cruzan una avenida y un parque para alcanzar la valla del centro escolar.

Neville se resiente del peso, le empiezan a doler algo el cuello y las cervicales, “hijo ve andando por favor, pesas mucho”, Spiderman responde con un abrazo aún más fuerte.

Llegan a la puerta y Neville lo deja en el suelo. Le coloca en los hombros su mochila y empieza a despedirse.

Le extraña ver el centro cerrado, son ya las siete y media y el servicio de desayuno debería haber comenzado.

Llama al timbre y aparece una risueña joven que le sonríe con familiaridad. Viste vaqueros descoloridos, zapatillas negras y un jersey de cuello vuelto bajo la bata blanca. Les recibe algo apurada mientras se recoge el pelo dentro de un gorro de plástico transparente.

—Buenos días, ¡hola Adrián!

El aludido no se mueve, Neville suspira y le pone una mano en la espalda.

—Entra, hijo.

Adrián ya tiene decidido utilizar todos sus superpoderes para evitar que esto ocurra y pone sus pequeñas manos en ambos marcos de la puerta donde se hace fuerte en su negativa.

Cierra los ojos hasta que nota cómo le acaricia la mejilla el olor de la fruta, de las galletas, de la leche caliente, de las tostadas y de la mantequilla.

— Si no entras no podrás salvar a nadie, estamos en peligro, por favor tienes que ayudarnos.

El sentido arácnido de Adrián se pone en guardia y alerta, duda entre dar veracidad al testimonio descrito entrando a desayunar o continuar quieto dentro de su cómoda rabieta.

— ¿Qué hago papá?

— Entra, tienes que salvar el cole.

— ¿Quién es? ¿Quién ataca el cole?

— Ummm, creo que Linterna Verde.

— Ese no es enemigo de Spiderman.

— Ah! Espera, que me he confundido, ¿cómo se llama el otro que también es verde?

— El Duende Verde.

— ¡Ese es!

Adrian mira a su padre con toda la condescendencia que un niño de cinco años es capaz y finalmente decide entrar.

La monitora aplaude la decisión, ‘recuerda Adrian, no hay que huir de los peligros, hay que hacerles frente’.

Neville se marcha dejando en el aire una nerviosa despedida.

Decide llamar a su mujer, dar el parte, confirmar que su hijo está a buen recaudo y salvando al mundo.

Tras colgar y bajar las escaleras del metro, al acomodarse en el vagón se da cuenta que lleva en el bolsillo del abrigo la máscara de Spiderman. Ahora ya más relajado,

manoseando la careta del superhéroe, empieza a dudar.

¿Qué le empujaba hace dos horas a levantarse sin vacilar?, ¿qué clase de emergencia mundial, de peligro, de enemigo que se enfunda el traje de Linterna Verde, —¡ah no, de Duende Verde!— todos los días le obliga a ponerse en marcha, a levantarse y levantar a regañadientes a su hijo de cinco años para llevarle corriendo al colegio cuando deberían estar los dos durmiendo en la cama?

¿Por qué nadie lo pone en duda?

Sin respuesta...

—¿Dónde estás Neville? Te llamo del trabajo ¿Algún problema?, recuerda que a las diez tenemos la reunión. Han cambiado la sala, ahora es en la primera planta, a la izquierda según sales del ascensor, la que está al lado de la cafetería, ¿todo bien?

Sin respuesta...

Guillermo

Presentación

Tengo que empezar diciendo que me gusta escribir. Mucho. Pero al mismo tiempo también debo decir que soy un vago. Tanto que esa actitud me hace incompatible con la constancia cotidiana, que debiera tener al ponerme ante una hoja en blanco para dar rienda suelta a mi imaginación creativa. Entonces necesito algo o alguien que me obligue a escribir por el placer de escribir. Sin más pretensiones. A mi edad no busco ya “Planetas” o “Premios Nobel” que me puedan dar fama y dinero. Tampoco los rechazaría.

Y en esta tesitura, hace años, encontré el Taller de Narrativa en el Centro José Hierro de Getafe. Entonces, cada lunes, junto a Cristina Sánchez-Andrade, que es quien nos guía, y el resto de compañeros y compañeras aprendices, que somos, de escritores y escritoras, voy, por fin, haciendo algo que puede dar consistencia a este deseo de escribir. Me obligo a construir mi relato, porque, eso sí, soy responsable.

Bueno, a continuación, un poquito de lo que voy haciendo.

Guillermo García-Almonacid Fernández

Adaptación de una persona a un animal

Conocí a Edelmiro Cifuentes siendo ya un auténtico moscón. Siempre iba zigzagueando por la Calle Mayor. Se sentaba en un banco, se levantaba. Se volvía a sentar en el siguiente y a levantar después, cada vez más rápido, hasta probar los cincuenta con los que contaba esta calle principal. Así todos los días, mientras expelía su vozarrón agitando los brazos hasta que le vencía el cansancio, o se tenía que resguardar de la ira de los viandantes que, molestos porque no los dejaba tranquilos en su asiento, lo asustaban con ademanes de trincarle. Igualmente los ponía nerviosos cuando le daba por perseguirlos anunciándoles el fin del mundo u otras lindezas. La gente pensaba que estaba loco, pero no. Quizá un poco lerdo y muy pesado. Sin embargo era listo e inteligente y se escapaba sibilinamente cuando los vecinos pretendían embaucarle. Al cierre del mercado municipal siempre estaba presente allí para llevarse la fruta y el pescado no aptos para la venta, que tiraban los tenderos a los cubos de la basura. Le delataba su prominente barriga, consecuencia de tragar sin control alguno todo lo que podía ser comestible, caducado o sin caducar. Su cara unas veces era roja, otras amarilla y otras pálida, en función del exceso de alcohol ingerido en el día. Todavía guardo el pasquín que apareció por el pueblo colgado en las hojas de los árboles con un escueto texto necrológico: “Rogad a Dios por el alma de Edelmiro Cifuentes, El Mosca, que falleció aplastado por el desprendimiento de la pared del mercado municipal mientras recogía comida.

El calcetín rojo

La Señora Apolonia respondió con una voz cascada, mezcla de somnolencia y desubicación, al preguntar quién llamaba a su puerta después de que blandiese la aldaba el alguacil Justo Paz. Justo Paz rápidamente cayó en la cuenta de que la había despertado y se sintió mal. Tan educado él, se sintió muy mal por lo que consideraba una molestia innecesaria.

“Soy Justo, el alguacil, Apolonia. Y vengo a recoger mi calcetín rojo”.

Había hecho cálculos y no le parecía temprano, entonces, acercarse a por el calcetín. Hacía ya más de dos horas que el sol doraba las torres de las iglesias, los gallos habían cantado sus primeros compases y los puestos en el mercado estaban repletos para empezar a vender la mercancía.

La Señora Apolonia asomó, de mala gana, la cabeza por la ventana de su taller de costura y le preguntó al alguacil si no había visto el cartel colgado que indicaba que estaba cerrado por jubilación.

Justo Paz, después de ponerse sus gafas y leerlo, le mostró su indignación. Apolonia no le había dicho nada de que se jubilaba cuando le dejó el calcetín rojo para que le zurciese los agujeros y, así, poder colgarlo después, lleno de sándalo y cera, como un exvoto, en la pared de la capilla de Nuestra Señora de Gracia, para dar gracias al Altísimo por andar siempre con buena memoria.

La Señora Apolonia, ya con voz más aclarada y maternal, exenta de rencor por haberla despertado antes de su costumbre, miró detenidamente a Justo Paz diciéndole que, eso, hacía ya más de tres años que había sucedido,

cuando todavía trabajaba. Luego, como nunca fue a recoger su calcetín rojo, ya zurcido, se lo había dado a un mendigo que apareció un día en su puerta y sólo tenía un calcetín, también rojo.

El frigorífico

En realidad el capitán de la temida policía política alemana, Stasi, Gerd Wiesler, se parecía bastante a su frigorífico. Era como su frigorífico. Gélido de principio a fin, aunque lleno de otros productos.

Él, inicialmente, había sido concebido, o, más bien, fabricado, para conservar fresca la esencia infalible de los infinitos alimentos ideológicos que mantenían en pie a su sociedad. Por ello, no le importaba comprobar, cada vez que abría la puerta del frigorífico, de su frigorífico, que su interior seguía estando lleno de disidentes, asociales, homosexuales e inconformistas varios, que, mantenía allí hasta que decidía tirarlos a la basura por haber superado la fecha de caducidad puesta de forma arbitraria.

Así día tras día. Mes tras mes.... fue quizá su rutina laboral o el comienzo de la descomposición de esos alimentos ideológicos, por lo que empezó a dudar si tenía sentido seguir almacenándolos en su frigorífico. Más que nada porque impedían guardar otros pequeños paquetitos, en formas de vida y libertad, diferente a lo que conocía, que empezaban a aflorar lentamente en algunas tiendas de su Berlín cotidiano.

Como cada noche, al llegar a casa, abrió de nuevo el frigorífico. Solo quedaban restos de comida descolocados en

las estanterías, procedentes de cenas inacabadas por incompetencia, iguales e insulsas que las anteriores, comprados con monotonía y sin ganas en una tienda de alimentación próxima al domicilio. La leche, guardada en una botella cuadrada de cristal, se había agriado.

En aquel momento todo le parecía corrompido y le producía náuseas.

Al día siguiente, camino de su nuevo trabajo, decidió comprar un frigorífico nuevo y tirar el que tenía.

El inventor fantástico

Demetrio Pereira era violinista de profesión. Pero lo realmente importante en su vida era la capacidad y el deseo que tenía para inventar cosas. Siempre estaba en el candelero con sus propuestas fantasiosas entre sus vecinos. La última, que ya circulaba de boca en boca, aseguraba que el Señor Demetrio estaba ingeniando un artilugio que, sin ayuda de ninguna fuerza exterior, iba a producir el movimiento continuo. Por lo que ya no se iba a necesitar ninguna energía para desplazarse con ese aparato a donde cada cual quisiera.

“Lo tengo casi terminado... pero aún me falta la última pieza que es de un metal puro, el magnetumferreum, y no sé dónde localizarlo”, pregonaba el violinista desde su balcón a la vecindad que se arremolinaba en torno a su casa, expectante, ansiosa de comprobar la veracidad del asunto.

Se sentía animado con estas muestras de cariñosa complicidad, aunque no todos le apoyaban. Algunos le recrimi-

naban el seguir adelante con ese dichoso invento, porque suponía un reto al mismísimo Dios, por pretender crear algo que correspondería hacer únicamente a la Divinidad.

Pero Demetrio no se daba por vencido y buscaba y rebuscaba en enciclopedias y libros antiguos el lugar que le indicase dónde encontrar el metal que le faltaba. Un día, su buen amigo y aprendiz de chamán, Edmundo Morales, tras un sueño en trance, le aseguró haber descubierto el lugar donde se encontraba el metal que le faltaba. La Mina Rosa, a dos semanas y un día de camino, siempre hacia el Norte y yendo por la ladera de la Cordillera Central hasta el último macizo, en la cadena montañosa, del mismo color.

Siguiendo el visionario mensaje de su amigo y sin comentarlo con nadie, una madrugada se dispuso a iniciar la travesía. A lomos de su mula Rebeca y cargados los víveres necesarios, abandonó el pueblo con la convicción de ser el elegido por el destino para completar la obra magistral más importante realizada desde la creación del universo.

Los primeros siete días pasaron sin problemas. Avanzaba a través de la cordillera con la ayuda de una brújula y su gran sentido de la orientación mientras disponía de luz. Cuando faltaba ésta, se cobijaba en una diminuta cabaña de madera, portátil, resultado de uno de sus inventos, y dormía feliz. Fue al comienzo de la segunda semana cuando empezaron los problemas. Primero, dos días de tormentas de nieve tan grandes que imposibilitaron el tránsito por los caminos. Le siguieron tres días de niebla intensa que le desorientaron por completo. Tanto, que Demetrio agarraba la brújula con una fuerza que parecía implorar, como si a un dios tratase, que no le dejase perdido en aquel inhóspito lugar.

Cuando ya parecía repuesto y orientado, al sexto día de la segunda semana, apareció una manada de lobos, con no buenas intenciones, que se había percatado de su presencia. Rápidamente dio un rodeo y buscó refugio en lo que, para su suerte, parecía una casa abandonada.

El asedio de los animales al refugio de Demetrio duró tres angustiosos días. El pobre violinista comprobaba que empezaban a escasearle los alimentos y el agua, al tiempo que aparecía en su cuerpo una febrícula vespertina. El miedo a morir le hizo escribir en su cuaderno de ruta, para dejar constancia, el epitafio de lo que creía era ya su triste final.

De repente aparecieron en el cielo muchas nubes negras, acompañadas de rayos y truenos. Luego, una descarga de agua tan grande que estuvo lloviendo dos días seguidos sin parar. Después salió el sol.

Haciendo un esfuerzo por vencer su debilidad, física y psíquica, se asomó por un agujero de la pared y observó que ya no estaban los lobos en el exterior de la casa. Más tarde, caminó con precaución hacia lo que parecía el patio de la vivienda y, para su alegría, descubrió un cubo oxidado lleno de agua y también una higuera con higos maduros.

La vida parecía que volvía a sonreírle hasta que comprobó que había perdido la brújula. Indeciso y ya sin enemigos exteriores, no sabía si permanecer en el refugio comiendo higos y bebiendo agua oxidada o, por el contrario, emprender la marcha sin demasiada orientación con la esperanza de encontrar un milagro que le permitiese llegar a la mina.

Fue la tarde de un día posterior cuando, mirando absor-

to el horizonte como estaba y sin haber tomado aún determinación alguna, descubrió que se aproximaban juntas seis vacas con las ubres a punto de explotar. Se esforzó por encontrar al pastor pero no lo consiguió. Sin embargo, las vacas seguían, sin pararse ni asustarse, por lo que parecía un camino que conocían.

No lo pensó dos veces. Cogió a su famélica mula, la cargó con las pocas pertenencias que aún le quedaban y echó a andar tras las vacas. Con las primeras sombras del ocaso su corazón le dio un vuelco al percibir, a lo lejos, la luz de lo que podría ser una bombilla encendida. Entonces comenzó a gritar.

Poco a poco se fue acercando a la luz y pudo distinguir una pequeña casa. La alegría de verse salvado pronto se disipó con el recibimiento que le hicieron sus habitantes. De repente se vio rodeado por seis encapuchados que le cogieron violentamente exigiéndole que les diese todas sus pertenencias.

Fue consciente de su mala suerte de nuevo por haber caído en las garras de unos salteadores de caminos. Por más que intentó convencerles de su situación, lo único que consiguió fue estar dos días inconsciente por la paliza recibida. Cuando despertó, aturdido, dolorido y hambriento, caminó tambaleándose hacia la puerta de la casa. En el exterior pacían tranquilamente las vacas que le habían llevado hasta allí. Pero esta vez acompañadas de su pastor.

Con una alegría moderada, Demetrio contó al pastor todo lo que le había ocurrido y el motivo de su viaje. Éste, después de atenderle y tranquilizarle le dijo que también había sido víctima de los salteadores pero que ya estaban a salvo. Luego le pidió que le acompañase hasta un pozo cercano y, una vez allí, apartó el brocal de hierro hacia un

lado, dejando al descubierto un juego de llaves.

El violinista, expectante, no entendía nada. “Son las llaves de la puerta secreta para entrar a la Mina Rosa”, le dijo el pastor.

Durante los diez días siguientes y con el metal guardado a buen recaudo, Demetrio Pereira optó por caminar de noche en el viaje de vuelta y evitar posibles peligros. Atravesó sin luz ríos y bosques, apartando a murciélagos y mosquitos que se interponían en su camino. Por fin, en silencio y sin ser visto, llegó una madrugada a su casa.

Sin apenas descansar, fue a su taller e insertó la pieza de metal encontrada en el aparato incompleto e hizo la primera prueba. Y el movimiento continuo empezó a funcionar.

Loco de alegría y bien entrada la mañana, salió a la calle tirando del artificio inventado al tiempo que pregonaba la noticia.

En la Plaza Mayor, ante cientos de vecinos congregados, Demetrio Pereira, orgulloso, se montó por fin en su aparato de movimiento continuo. Ajustó de nuevo las palancas y manivelas de control y, aprovechando una fuerte ráfaga de viento aparecida de forma súbita, comenzó a moverse y a elevarse a una velocidad inusitada. La misma que, de repente y por motivos desconocidos, invirtió la dirección del vehículo, haciéndole inevitablemente estrellarse contra el pavimento de la calle.

Habitación de invitados

De niño, siempre que llegaba de vacaciones a casa de mi abuela, lo primero que deseaba era visitar la habitación de los invitados, que se encontraba sola en el extremo del pasillo en la primera planta.

Mi abuela la llamaba de invitados porque estaba destinada para eso. Para invitados de otros lugares que venían a visitarla y allí se instalaban. Tenía algo de misterio esta estancia que me atraía. Quizá, para empezar, por la norma absurda impuesta por mi abuela de que no se podía entrar a ella hasta después del mediodía. “Por educación”, decía la abuela.

La habitación era grandísima o, al menos a mí me lo parecía, lo que nos permitía jugar a perdernos, a mi hermano y a mí, entre los muebles. Tenía la función de dormitorio y siempre estaba un poco oscura como consecuencia de que no subían del todo las persianas de los tres ventanales que daban al jardín.

El suelo era de madera que crujía cuando pisábamos con fuerza camino de escalar la cama para escondernos en nuestros juegos. La cama era muy alta, tanto que parecía un enorme castillo. Tenía techo de madera y cortinas para taparla. Para subir al colchón trepábamos por una silla como si fuese una escalera en el exterior de una muralla. Toda una aventura.

Una vez en el colchón y, habiendo echado a un lado las cortinas, nos podíamos ver en los dos grandes espejos centrales de madera y la habitación parecía hacerse gigantesca.

Desde la cama divisábamos dos grandes sillones al fon-

do, que, si los juntábamos, hacíamos otra cama también muy grande. Justo al lado de estos había una bañera de mármol con cuatro patas, pero sacada del cuarto de baño y parecía un barco en alta mar. Nunca la vi llena de agua. Si acaso, a veces, había unas bragas o un sujetador de señora en el fondo.

Del techo colgaba un ventilador con unas aspas muy grandes. Cuando se accionaba con una llave, situada en la pared cerca del cabecero de la cama, tenía poca velocidad pero, al menos, daba aire fresco. Luego, de repente, empezaba a hacer mucho ruido. Tanto que parecía una tormenta y nos obligaba a refugiarnos debajo de la gran cama.

La verdad es que nunca vi invitados en esta habitación de invitados. Y cuando preguntaba a mi abuela por ello, siempre me contestaba lo mismo. Que estaba preparada para alojar a quienes viniesen a visitarla de otros lugares. Pero jamás venía gente. Bueno, eso es lo que parecía. Porque, más de una, más de dos y más de muchas noches, cuando me daba por esconderme en el pasillo y jugar a los detectives porque oía ruidos, veía pasar a mi tío José, que vive solo también con mi abuela, camino de la habitación de invitados con una mujer, pero distinta cada noche. Y eso que mi tío no vive en otro lugar para tener que utilizar la habitación de invitados.

Hoy

Ferdinando Laporte, el anciano general, volvió a fusilarme de nuevo aquella tarde con esa mirada fija e incisiva que le caracterizaba y que exteriorizaba, como un tiro de fusil, cuando alguien no le daba la razón

o le reprendía.

“Mi general — me limité a decirle — tiene usted restos de sangre en la solapa del gabán. Se ha vuelto a rascar en el cuello otra vez”.

Previamente, había dejado de dormitar y, desde su destartalado sillón, se iba incorporando lentamente mientras apretaba los labios, con fuerza, para mostrar su rabia contenida.

“Yo no me he rascado” — contestó —, matizando cada sílaba con tono militarista, como de mando. Intentó, además, coger el bastón para ponerse en pie y discutir de tú a tú, pero no pudo. Volvió de nuevo a rechazar mi ayuda. Le costaba admitir, cada vez mayor, la inmovilidad que padecía y eso le exasperaba hasta tal punto que, muchas veces, ya sólo se comunicaba añadiendo puñetazos encima de la mesa para hacer valer sus razonamientos. “Yo no me he rascado ni en el cuello ni en ningún sitio”, volvió a repetir el general.

Acostumbrado a ordenar y mandar durante años y años, ahora su tropa quedaba reducida a un pequeño y familiar ejército doméstico, pero seguía sin tolerar que alguien dudase de su palabra o le dijese lo que tenía que hacer.

“Con todos los respetos, mi general, — continué en tono constructivo y pacífico — se tiene que haber rascado, porque, de lo contrario, no habría restos de sangre”.

Sus ojos eran ya dos auténticos volcanes llenos de furia que empezaba a expandirse por la pequeña sala de estar en la que nos encontrábamos. Ni siquiera aceptó un vaso de agua que le ofrecía, para hidratar la sequedad de su boca.

Empezaba a dudar ya si este viejo militar mantenía to-

avía las composturas de las que había presumido tiempo atrás ante sus amistades o se estaba precipitando lentamente por el camino hacia una demencia senil más propia de su edad que de los galones conseguidos.

Me costaba trabajo hacerle comprender lo que era más que evidente, infravalorándome a mí mismo por no tener argumentos con los que convencer a alguien a quien debería batir en todos los campos y, sin embargo, me seguía ganando la partida. De repente me ordenó que le llevase al baño porque necesitaba orinar y no podía aguantar más.

Cuando pasó frente al espejo de encima del lavabo, se quedó contemplando su egregia figura, que fue, aunque, ahora, venida a menos. Inmediatamente comprobó las manchas de sangre de su gabán y advirtió la pequeña herida, de costra reseca, que tenía en su cuello.

“¿Se da cuenta, mi general, de la heridita del cuello que tiene...? Se la ha hecho porque se ha vuelto a rascar... No sale porque sí” —le repetí, con tono vencedor, pensando en que, por fin, me daría la razón.

Un sonoro bastonazo del general golpeó el suelo con tal fuerza que rompió el silencio de la estancia. Antes de iniciar la micción, se encaró conmigo. “Te repito. No me he rascado —aseguraba, elevando el tono de su débil voz—. Habrá sido un roce con el cuello de la camisa”.

De nuevo comenzaba a sentir que perdía la batalla con el octogenario militar por una cosa sin importancia. Como otras veces, seguir manteniendo la guerra entre ambos no tenía mucho sentido. Mi cabeza estaba en su sitio y la de él comenzaba a viajar por otros derroteros. Pero, a pesar de ello, me fastidiaba asumir una derrota por no quitarle la razón. En el fondo me molestaba que siempre se saliese

con la suya. Antes de abandonar el cuarto de baño volvió a mirarse en el espejo. Con una mano empezó a colocarse correctamente su dentadura postiza, que amenazaba con deslizarse descontrolada por la boca y, con la otra, se rascaba con fruición en la cabeza hasta que se produjo una pequeña herida por la que asomó un hilito de sangre.

“Mi general, no escarmienta —le recriminé con voz de súplica— ¿Se da cuenta que se ha vuelto a manchar el gabán por rascarse otra vez?

De nuevo la mirada fría y punzante. Dispuesta a cargar y a ajusticiar. A rematarme en definitiva. “Te vuelvo a repetir que no me he rascado. Que no me he rascado en el cuello ¡¡Hoy!!” —concluyó.

“¡Ah! Entonces va a ser una cuestión de apreciación temporal”, —respondí resignado.

Luego nos sentamos y el anciano general Ferdinando Laporte, en su destartalado sillón, después de haber bebido un vaso de agua, volvió a dormitar con cara de vencedor.

monólogo interior

no aguanto ni un día más y sin que nadie se entere ni lo remedie he decidido de una vez por todas matar a ese vecino altanero y cacareador que tengo que se exhibe con fuerza y chulería ante mí y delante de sus compañeras malolientes retándome con la mirada cortante a una pelea sin cuartel cada vez que paso por su pretendida absoluta propiedad que es mía también aunque no acepte compartir ese terreno baldío que nos corresponde por

herencia mientras vivamos y vayamos cumpliendo años pero pensándolo bien no le tenía que haber dejado cumplirlos para así evitar esta humillante situación hacía mí a la que se ha llegado como es la de tener que ir protegido con algo contundente como es un palo largo ante el temor constatado de agresión contra mi persona por su parte desde el momento en que me vislumbra en el horizonte día tras día al notar la proximidad de la visita y cuanto más viejo más provocador se pone porque creo que no me ha querido admitir nunca en su demarcación al contrario de lo que ha hecho con el resto de vecinos de su misma ralea con los cuales nunca ha tenido problemas y eso que estos no le proporcionan los recursos de los que yo me desprendo cada día para posibilitarle una vida mejor sin llegar a pensar jamás que me lo iba a agradecer de esta manera sin imaginar que la convivencia se iba a convertir con el paso del tiempo en una tensión cotidiana casi guerrera a pesar de que siempre he hecho todo lo posible para no causarle malestar alguno cuando he tenido que utilizar solamente para la evacuación de mis necesidades fisiológicas esa parte del corral que tenemos en común pero de la que continuamente me quiere desplazar con actitud retadora y de victoria sin saber por qué motivos y por todo esto ha rebasado ya el colmo de mi paciencia y ha llegado el momento que no aguanto más ni a él ni a su forma de comportarse conmigo y me importa poco su continuidad en esta comunidad ni lo que vayan a pensar sus vecinas y vecinos si es que piensan algo y para navidad no pasa de matar como digo a este altivo e insoportable gallo de corral para que no me vuelva a picar mientras defeco en ese llamémosle retrete al aire libre que todavía conservo sin renovar en mi casa del pueblo

Querido dolor

Me alegraría mucho que, cuando recibas esta carta, te encuentres mal, muy mal. Yo, de momento, quedo bien, no sé si gracias a ti ni por cuánto tiempo.

En realidad no sé por qué he empezado a escribirte con la palabra querido. No te la mereces. Quizá sea porque, cuando apareciste en mi vida, sin haberte llamado, y siendo un desconocido hasta entonces para mí, me obligaste a reflexionar, y eso es de agradecer. Me incitaste a pensar sobre un montón de cosas, impensables en mi rutina, cuando me abriste la puerta para mostrarme un mundo al que jamás creía que iba a entrar, invitándome de repente a compartirlo contigo.

Un mundo en el que habitas a tus anchas. En donde eliges a tus compañeros de viaje sin decirles nunca con qué criterio los seleccionas.

Yo que me consideraba inmortal. Entiéndeme, es un decir. Con una plenitud de salud bárbara, sin ninguna visita al médico en mi haber y con una fobia al sufrimiento que me mantenía alejado de los que estaban enfermos en mi entorno, jamás había pensado que me podía tocar acompañarte.

Y me ha tocado. Sí. De lleno.

No quiero ni puedo cuantificar el tiempo que tengo aún guardado en mi maleta antes de partir. Ya sólo pienso en el día a día como máximo de futuro. Y por todo ello estoy enfadado contigo. Lo entiendes, ¿verdad?

Sin embargo, hay una cosa para la que me ha servido bien tu visita. Repito. Me ha hecho relativizar muchos

asuntos. Asumir lo efímero y sencillo a la vez que puede ser vivir de otra manera. Con una felicidad diferente que antes no entendía. Y te lo agradezco, de veras, porque, hasta ahora, quizá haya estado ciego por no haber visto que yo tenía las mismas papeletas que los demás en esta apuesta.

Sin más que decirte, me despido de ti. Comprende que sin cariño alguno y deseándote lo peor, como te decía al principio. Porque, si estás mal, posiblemente te olvidarás de nosotros.

Recibe un saludo, por educación.

Isabel

Presentación

Me habría gustado ser la autora de *El principito*. Que las oscuras golondrinas de Bécquer colgaran sus nidos en mi balcón. Que los marcianos de *La guerra de los mundos* nos visitaran realmente. Que Madame Bovary nunca se hubiera suicidado. Que Don Quijote fuera consciente de que luchaba contra molinos de viento y no contra gigantes. Pero como todo esto no puedo cambiarlo, me inventaré mis propias historias.

Muchas gracias a mi profesora, Cristina, y a todos mis compañeros del Centro de Poesía José Hierro, que sin ellos no sería capaz de inventarme nada.

Isabel Fernández Lind

El calcetín rojo

Estaba tan acostumbrado a los ataques de mi padre, que la noche del apagón general que produjo la gran tormenta, no atendí a los gritos desesperados de mi madre.

De pequeño sí que lo había pasado muy mal. Mi padre tuvo una racha de ataques, le daban casi todas las noches y a veces durante el día. El pobre se ponía tenso como una garrota. Apretaba los dientes. Y si mi madre no llegaba a tiempo de meterle un palo, se hacía en la lengua una verdadera escabechina. Yo escuchaba ese ruido insoportable y me tiraba de la cama. Mi madre evitaba que yo participara de esa escena tan desagradable.

Pero el día del apagón general, que yo era ya joven, me estaba despidiendo de mi novia en el recibidor, cuando escuché los gritos de mi madre: ¡Trae una vela, no veo nada! ¡Tu padre, hijo, tu padre!

A mi madre esa chica no le gustaba nada. Lleva calcetines rojos, ¡oj!

Yo estaba buscando la vela en un cajón de la cocina, cuando noté que su mano me sujetaba. No se la lleves, me susurró sin poder verla. Tan solo unos segundos después un rayo permitió vernos medio desnudos.

Un trueno nos sacó de esa agitación. Mi madre gritaba cada vez más fuerte. Me sentí avergonzado por no acudir a su llamada. La luz llegó de repente. Cuando por fin me acerqué, mi padre tenía la lengua llena de sangre. Y mi madre clavó la mirada en el calcetín rojo que colgaba de mi pantalón.

La horca

La suerte estaba echada. Lanzamos la moneda al aire. Cayó lenta ante nuestros ojos, desafiando la gravedad. Como el que espera que todo cambie en el último segundo de su vida.

Todo sucedió en aquel tedioso pueblo. Empezó cuando los niños iban desapareciendo de su faz, no porque hubiera venido ningún tipo de Herodes o de Flautista de Hamelín y se los llevara. No. Fue porque se iban haciendo mayores y nadie quería tener más niños. Nadie, menos yo.

Mi marido me tomaba por loca: ¡con la guerra que dan! No se hartaba de decirme: es que no ves a tus amigas... Era verdad que vivíamos muy a gusto. Pero sentía un inmenso deseo de ser madre.

Los vecinos deambulábamos sin apenas saludarnos, cada uno a sus asuntos. Sin mostrar una mueca, ni una sonrisa. Tan solo, un buenos días fulano o buenas tardes mengano. Era lo máximo que se oía.

El aburrimiento se apoderó de todos nosotros. Yo, esa tarde en la que empezó todo, me había enfadado mucho con mi marido por eso de tener niños...

Salí a dar un paseo para despejarme. Llegué hasta la plaza del pueblo en la que se conservaba una horca algo deteriorada por el paso de los años. Por un momento me imbuí en el pasado como si entrara en un túnel. Vi a la gente sumida en una gran algarabía, pidiendo como poseídos, la horca de un reo. Todos juntos, unidos en un mismo fin.

Me extrañó que nunca me hubiera atraído tanto aquella horca. Y eran muchas las veces que pasaba por delante de camino al trabajo.

Volví varios días allí. Después de las regañinas con mi marido, que iban en aumento. Yo que sí. Él que no: erre que erre, no vas a convencerme. Seguía resonando el griterío en mi cabeza. Sintiendo que algo tiraba de mí y tuve una idea.

Volver a ponerla en funcionamiento. La horca resurgiría. Se arreglarían las maderas del patíbulo. Unas manos de pintura. Una soga nueva. Y lista.

Seguro que el pueblo empezaría a animarse y revivir aquellos días de los que nuestros antepasados habían dispuesto. Volver a sentir ese instinto salvaje que ellos respiraban en aquella época, y en aquel mismo lugar. Y así abandonar la rutina para siempre.

Busqué una manera amena y divertida de hacerlo. Convoqué una reunión general en la plaza y expuse mis ideas. Hubo algún voto en contra pero ganó la mayoría. Se establecieron las reglas. Haríamos juegos y concursos eliminatorios durante la semana. Hasta quedar solo dos personas finalistas. Y de las cuales, una moneda lanzada al aire determinarí su destino. Cara para el verdugo. Cruz para la víctima.

El día fijado para la gran fiesta sería el domingo. Después de la misa de doce, los vecinos traerían sus sillas de casa y todos vitoreando al unísono, como en un circo romano, pedirían el ahorcamiento del reo.

Al principio no nos dábamos cuenta. El pueblo era bastante grande y no se notaba tanto el descenso. Mi marido y yo intentábamos ayudarnos en las pruebas eliminatorias, para no tener que probar el infortunio de la horca. Yo demostraba mis astucias y pericias. A medida que nos íbamos salvando me iba acercando más a él. Hasta el pun-

to de necesitarle como nunca. Hasta que nos quedamos solos. Habíamos sobrevivido a todos nuestros vecinos.

Fueron los mejores días de nuestras vidas. Disfrutamos de un sexo salvaje, un tanto animal. Como si de repente hubiéramos entrado en alguna especie de paraíso terrenal. La horca había vuelto a perder su esplendor. Un domingo, le propuse a mi marido lanzar la moneda al aire. ¿Cómo?, no puedo entenderlo, me dijo confuso. ¡Ahora que vivimos tan felices! Insistió.

La cara y la cruz de la moneda, se desafiaban en cada vuelta. Me di cuenta de que los ojos de mi marido caían al mismo tiempo que ella, hasta fijarlos en mi mano, que ahora agarraba mi vientre.

La pocilga

Lazarito se levanta el primero por las mañanas. Casi no ha amanecido cuando enciende la chimenea para calentar la casa. Pone la cacerola con la leche sobre el fuego. Y después despierta a su abuela, sus padres, y sus hermanos mayores, no lleguen tarde al colegio. Él luego ayudará a su padre en la pocilga.

Su abuela, la señora Clotilde, dice que Lazarito es demasiado bueno para este mundo. Lo dice firme, retorciendo el hocico, como quien no siente dolor cuando le pinchan. Y sabe que a su hija, Consuelo, se le arrancan las tripas de cuajo: ¡ay, no maldiga!, que igual decía usted de aquel niño de la vecina, y, ¡angelito mío!, se fue al cielo.

Era de tu padre.

¡Calle, madre, calle!

Todos saben, en el pueblo, de las maldiciones de la señora Clotilde. ¡Que Dios nos coja confesados...! Dicen: La de la gorrina y su cría no tiene perdón. ¡Desear a su propia hija que se le mueran los gorrinos que es el sustento de sus nietos, qué mujer...! Y es que la señora Clotilde no puede ni ver a su yerno. Es una tirria mortal la que le tiene. Amado cría gorrinos. El negocio es herencia de su bisabuelo, su abuelo, su padre, hasta llegar a él. Otro gallo cantarí si su hija se hubiera casado con don Ernesto, el médico, que acababa de enviudar. Clotilde cuchichea en la oreja de su hija cuando pasa por su lado: ¡Es que no te repugna el olor que tiene a cerdo! ¡Ay hija mía, otro gallo...!

Las paredes de la casa de la señora Clotilde están marcadas como estigmas.

Su marido, cuando vivía, llegaba borracho y ella hacía cruces con un cuchillo, mientras juraba y maldecía y escupía injurias. Consuelo corría a esconderse debajo de la cama. Temblaba muerta de miedo. La misma escena repetida. Los zapatos de su padre, cada vez más cerca: Sal de ahí, ¿huyes de tu padre?: lanzaba entre vaharadas de alcohol. Ella se protegía los pechos contra el suelo, aún como dos cerezas. Y las manos tapando los oídos para no escuchar la voz iracunda de su madre: ¡déjala... es que no tienes bastante conmigo, borracho asqueroso!

Consuelo quiere pintar la casa para tapar esas marcas de las paredes. Su madre le repite: Mientras yo viva esas cruces se quedan ahí como nuestras cicatrices. Y la recuerda: Ese sí que era un hombre, eh, y no ese criagorrinos tuyo.

No aguanta más. Le sube una fuerza hasta la garganta que le ahoga como una sog a. Recoge lo que puede de ropa y sale de la casa. Pero a los pocos kilómetros de camino se vuelve. Lo ha intentado más veces. No puede separarse de

sus hijos. No puede dejar a los mayores. Pero, sobre todo, no puede dejar a Lazarito. El niño no tiene la culpa de nada. Le recorre un escalofrío por los pies, y le chorrea un sudor agrio por lo pechos. La vista se le nubla y se vuelve.

—¡Quiá! Anda que tardas en dar la vuelta... —se reconoce Clotilde—. Es por Lazarito, ¿eh? Es tan bueno... Si ya te digo yo que no es para este mundo.

Consuelo se tapa los oídos y se estruja la cabeza.

¡Calle, madre, calle!

La señora Clotilde reza antes de dormirse. Primero se sienta en la cama. Se quita la ropa y algunas joyas, herencia de su madre. Luego se pone la redecilla del pelo y el camisón. Coge el rosario y reza. Después abre el cajón de su mesilla para dejar el rosario y asegurarse de que sus cosas siguen allí dentro. Consuelo lo vio toda aquella noche. Vio como escondía a toda prisa aquel objeto cuando se percató de su presencia. Y cómo cerraba la cajita de los alfileres. Y al día siguiente ocurrió lo del niño de la vecina.

Va a misa todos los días. Se confiesa y después comulga. Su yerno, Amado, dice que los curas no le dan de comer como sus gorrinos. Por eso, cuando la señora Clotilde los echó la maldición, y se murieron la mejor gorrina y sus nueve gorrinos, Amado los soltó uno a uno en la puerta de la iglesia.

Amado quiere mucho a su mujer y a sus hijos. Está ahorrando para comprar una casa y vivir solo con ellos. Pero el negocio no es muy rentable. Deben trabajar mucho.

Lazarito llega todos los días empapado de la pocilga. No se le va esa tos perruna y la fiebre tampoco. Pero él no deja de ir a limpiar los gorrinos. Tiene que ayudar a su padre. Hasta agotarse. Se ha quedado con los brazos extendidos

como dos alas, y los ojos de par en par, como un angelito tirado en el suelo de la pocilga.

Consuelo lo recoge como un trapo y se lo lleva a su madre a la puerta de la iglesia.

Javier

Presentación

Estás por la calle cerca de un quiosco en el que te acabas de tomar unas cañas y alguien te propone hacer “El viaje del héroe”. La reacción inmediata sería la de alejarte de allí corriendo, pero no es el caso. Lo piensas y te acercas a la Fundación José Hierro en Getafe como un niño. Te vas asomando por los rincones del edificio de ladrillo rojo y comienzas las clases.

Cristina Sánchez Andrade te da la espada y empiezas a escribir y a hurgar en tus sentimientos, pensamientos, sensaciones. Y descubres que no eres un héroe pero que eres capaz de defender las letras, y que lo verdadero es el viaje, y que el viaje es la literatura. Que todo es literatura, incluso tú. Y un poco, comienzan a serlo tus cuentos. Esas letras que llevas juntando desde hace mucho tiempo y que pretendes que sean claras, limpias y que tengan un retrogusto, a veces amargo, a veces dulce. Como una copa de vino blanco.

Y termina apeteciéndote escribir, y terminas haciendo algo de eso. Y termina el viaje del héroe y, al mirar para atrás, llevas la mochila un poco más llena, de buenos consejos, cuentos, lecturas, compañeros, de vida en retazos, que al final, es lo que pretendo que sean mis cuentos...

Francisco Javier Sarabia Martínez

Carta de agradecimiento

Querida:
¿Te acuerdas de aquella canción de Abbe Lane que se titulaba *Por ti aprendí a querer*? La cantaba con la orquesta de Xabier Cugat que, para colmo, era su marido. Supongo que así todo sería más fácil. O no, porque al final también se separaron. Y quizás a Abbe también le dolería cantar esa canción. A mí no.

Pues el otro día me acordé de ella, de sus tonos y violines. Y me acordé de ti. Y de que estoy feliz casado, y de que después de que me dejaras, pude volver a tener novias. Y que no todo era que tontearas con unos y con otros para darme celos. Que no todo eran esas extrañas idas y venidas, que unos días te apeteciera mucho verme y comerme, y otros no y cambiaras nuestras citas por ir a que tu madre cambiara un vestido. Que los viernes salías tú sola con tus amigos y no cogías el teléfono, y luego querías quedar el sábado un ratito para follar porque tus padres se habían marchado al pueblo. Que te quiero, pero te dejo. Que nuestra relación es muy infantil, pero te busco. Que si lo nuestro es imposible, pero no, que sí, que sí. Que sí, que me dolió verte marchar aquella tarde por la alameda y supe lo que no quería. Que, como en la canción, por ti aprendí a querer. Y aun hoy no sé si darte las gracias.

Carta

A /A del Jefe del Departamento de Recursos Humanos:

No voy a escribir una carta sobre mí tal y como me pedía para la segunda entrevista. No creo que sea de su incumbencia ni tenga interés para el puesto de trabajo al que opto que yo le cuente quién soy, qué pienso, cómo respiro o si por las mañanas tomo café o Cola Cao. Es más, ya no me interesa el puesto.

Y eso que hubiera encajado a la perfección en la estructura de la empresa. Me habría ido muy bien porque soy un secundario de lujo. Me encanta colaborar con las personas. Y lo hago tan bien que poco a poco las voy conquistando hasta convertirme en imprescindible para ellas. En general, sería perfecto como sanguinario mando intermedio de cualquier ejército, un gran número dos de la mafia o del escalafón en su empresa. Porque tampoco cuestiono la autoridad, siempre que mi jefe o superior no sea más inútil que yo o trate de machacarme.

No me interesa ser líder. Ni siquiera en su empresa: son a los primeros a los que cortan los pies para que no crezcan o asciendan. Para que yo quisiera ser líder tendría que ser como Kim Jong Un, con un poder omnímodo y arbitrario. Y como eso no puede ser, no quiero ser líder. Pero tranquilo que no me frustro por ello. Me frustran otras muchas cosas y hago de esa frustración una auténtica guía de actuación en mi vida. Ese odio por no conseguir las metas a las que aspiro y no logro constituye una fuerza inmensa que me ayuda con el día a día. Pero vamos, como la inmensa mayoría de las personas, que están frustrados por

ser segundones, cuando en realidad son las piezas más importantes del engranaje de todo este invento.

En fin, voy terminando. Agradezco el interés mostrado en mi curriculum y declino amablemente su oferta.

Una cosa sí le voy a pedir: que no remita correspondencia a mi domicilio sino a mi correo personal. No quisiera que mi esposa viera que renuncié al trabajo. Fue ella quien me impulsó a presentarme a esta oferta aunque no tengo claro por qué le hice caso. Ni tampoco sé por qué rechazo la oferta ahora. De cualquier manera, no quisiera defraudarla. Gracias.

Sin otro particular, reciba un cordial saludo.

Diálogo

Mi padre es un *apestao*. Eso dice mi madre.

Y eso, ¿qué es?

No sé. Pero se lo dice mucho.

Dame esa pieza. ¡No, esa no va ahí!

Pero, Javier, ¿estamos haciendo la comisaría de los S.W.A.T. o una casa?

Una casa. Somos arquitectos.

Será porque es negro.

¿Negro? ¿Qué es negro?

Pues no lo sé. Pero entonces tú serías negro también. Tú también estás *apestao*.

Yo no. Además a mí no me lo dice. Se lo grita a él.

Pero porque tú eres un niño.

A mí me castiga. Pero al él se lo grita.
¿Pongo esta planta aquí?
Sí. Cada vez que viene del trabajo.
Aquí las negras. ¿Yo soy como las piezas?
Hombre, como las piezas, como las piezas...aunque tienes las palmas pintadas.

No.

Entonces, ¿por qué son rosas?

No sé. Siempre han sido así.

Porque eres un *apestao*, como tu padre.

¡Que no soy un *apestao*!

Dentro de poco nadie querrá hacer cosas contigo en el colegio, ni en fútbol. Dame la naranja y dos pequeñas grises.

No te las doy que las necesito para un banco de la casa.

¡Dámelas!

¡Coge otras! Y eso no va a pasar. Además me han invitado al cumpleaños de Sylvia y a ti no.

Porque Sylvia también es una *apestá*.

Pero es una niña de la otra clase. ¿Se lo dirá su madre?

Sí. Aunque no es negra.

¿Por qué?

No lo sé. No es como tú.

Porque es una niña. Pon el techo del garaje.

Pero en el recreo juega a esas cosas de niñas. A lo mejor tú eres una niña.

¡Mamá, Alejandro me ha dicho que soy una niña!

¡Alejandro! Encima que Javier te deja jugar con sus Lego.

Si te portas mal no vas a venir más a casa a jugar.

Como otros niños que no quieren jugar con Javier.

¿Quién te ha dicho eso? Javier va a fútbol, a natación y hace muchas más cosas de las que tú haces. ¡No digas tonterías!

Pues eso me ha dicho mi padre.

Venga, Alejandro que te acompañe a tu casa que se ha hecho tarde y es hora de cenar. Voy a llamar a tu padre para que salga a la puerta a por ti.

Lana

La lana sabe a sexo y a muerte. Áspera como el hormigón de la planta 12 aún sin terminar, donde en las pausas para el café, tú y yo aprovechábamos para echar algún polvo. Y nos arrancábamos la ropa casi a dentelladas.

También sabe a hueco. Como tu cerebro, porque no he visto departamento más inútil que el de recursos humanos, ni jefe de recursos humanos más tonto que tú.

Y me sabe y me huele a vacío. Al que dejaste tras mi empujón. Los ojos muy abiertos y una ligera brisa que en ese mismo segundo movió un mechón de pelo. El mismo que suelo chupar cuando estoy nerviosa, a veces áspero y seco, como si fuera la lana de uno de tus jerséis de esos de cuadros.

Nevera

Como todas las tardes al llegar a casa, ha colgado el abrigo en una de las astas de la cabeza de ciervo que le sirve de perchero. Se ha mirado al espejo y se ha atusado el bigote con un poco de saliva. Sonríe satisfecho.

Se dirige al salón y enciende la tele. El informativo habla de las mejoras en las técnicas de cultivo de la remolacha. La deja sonando para ir a la cocina. Abre la nevera y saca una cerveza. Coge también el paquete de pan de centeno que deja sobre la encimera. Hay una gran salchicha en un plato a la que da un gran bocado. Abre el bote de mostaza que está en la puerta del frigorífico, mete el dedo y se lo lleva a la boca con un solo gesto.

Aunque hay alguna más, del cajón de la fruta ha cogido dos cajas. Una pequeña de madera y una grande de zapatos. Agarra la cerveza por el cuello de la botella y con las dos cajas va de nuevo al salón. Abre la pequeña y saca un bote de la crema que Wemer&MertzGmbH fabrica en Mainz (RFA). La abre, aspira profundo y se mancha un poco la nariz. Sonríe. De la caja grande saca un magnífico par de zapatos rojos. El frío conserva la piel en perfecto estado. Unta un poco de crema en una gamuza y comienza a frotarla por los zapatos. De la punta al tacón en círculos concéntricos, medidos, hasta que la crema se funde en el rojo deslumbrante. Los mira a la altura de los ojos, son apetecibles, tan tersos, rojos y brillantes.

Y luego se los pone. Camina de manera un poco torpe por el salón y piensa en la buena idea que fue instalar la moqueta y lo bien que lo hizo el instalador. Así puede pisar sin molestar y la moqueta cede sumisa bajo el tacón.

Calcetín rojo

Se pasó una hora buscando el calcetín rojo. Siempre lo guardaba junto a uno verde cuyo par también se había comido el perro. ¡Ay Curro! Hacía unos meses que el perro se había muerto de puro viejo. Lo acompañaba a todas las funciones y se quedaba quieto entre bambalinas mientras duraba la actuación. Y cuando terminaba el número de las marionetas se ponía a aullar. A los mayores, en su tiempo, les hacía gracia y aplaudían, pero los nuevos, los jóvenes, ya no entendían que el perro estuviera allí y tampoco que aullase cuando el gran Charly terminaba su espectáculo con dos calcetines viejos, uno verde y otro rojo hablando entre ellos. Al principio contaban chistes. Luego comentaban entre bromas temas de actualidad con Charly como testigo. Después la actualidad iba muy rápido y había muchos temas. La artritis hizo el resto.

Sentado ahora en la cama, recordaba la última vez que se desmaquilló, fue en un pequeño pueblo de la sierra, en un cuentacientos para niños. Llevaba tiempo pensando en dejarlo, cada vez le costaba más todo: los viajes con el pesado baúl, montar el teatrillo, convertirse en el Gran Charly. Sus chistes eran viejos, pero aquella tarde dorada, el espejismo volvió. Los niños se reían viendo a aquellas dos manos moverse y gesticular contando historias de reyes antiguos y torres y princesas rescatadas. Por un momento todo fue nuevo. Hasta aquella presión en el pecho y el sudor frío.

Como aquella tarde, se acodó sobre las rodillas con las manos en la frente y lo vio. El calcetín rojo estaba enganchado entre el somier y el colchón. Se lo puso en la mano. Abrió el cajón y cogió el verde. Desde su mirada de boto-

nes viejos, los dos calcetines comenzaron a hablar de lo mal que estaba todo, de lo distinto que era todo ahora. Charly intentaba replicar pero apenas lo dejaban intervenir en la conversación. De repente hubo un silencio. Los dos calcetines miraron a Charly, hicieron un gesto de aprobación y se lanzaron a morderle el cuello con sus bocas de tela. Apretaban fuerte, muy fuerte. Charly comenzó a ponerse colorado. Siguió notando la presión durante un rato. De repente todo cesó. Pensó que estaba muerto, pero todavía oía el tic-tac del reloj de la mesita. Suspiró. ¡Ay Curro! Ni para esto tengo valor, ya.



Presentación

Estos relatos breves que podréis leer son la consecuencia de un magnífico grupo de compañeros comandados por Cristina Sánchez-Andrade, de los cuales he aprendido que una historia puede llegar a emocionarnos teniendo en cuenta dos partes vitales: la experiencia a veces distorsionada de nuestras vivencias y otra no menos importante como es la imaginación, puesta al servicio de unos personajes que parecen cobrar vida, cuando se van desarrollando a través de unas páginas, a veces con un incierto final. Es emocionante ver cómo la historia va desarrollándose y cuando ya está terminada, los mencionados arriba te la revocan y vuelta a empezar. A eso se llama... aprendizaje.

Una leve sonrisa, cuando hayáis leído algunos de estos relatos que he escrito, sería para mí recompensa más que suficiente para seguir escribiendo, pues esta tardía afición me colma sobremanera para dar rienda suelta a mi imaginación.

Leocadio Moreno Rebate

El calcetín rojo

Pánico tengo de ir a pedir un calcetín rojo que se me ha caído al tendedero de la señora de abajo, cuando lo estaba sujetando con una pinza en la cuerda desde mi ventana.

Tengo un gran cariño a estos calcetines. Ahora los necesito para una obra de teatro que mi nieto hará próximamente, pero están en el tendedero de Angustias y la relación con *esa señora* es nula, es una vieja que todo le molesta. Seguro que lo ha visto en las cuerdas, estará esperando que baje a pedirselo, para restregarme nuestra mala relación. Pues que espere sentada.

Al oscurecer, he tratado cogerlo con el palo de la escoba, al que he incorporado un gancho de alambre, sin resultado. He zarandeado con el mismo palo la cuerda de la vieja alcahueta a ver si se caía al piso de más abajo y nada, que no hay manera, se me queda corto. He tratado de bajar por la pared, atado con una cuerda en la cintura por la noche, hasta llegar al calcetín y luego subir a pulso de nuevo hasta mi ventana, pero cuando estaba subido al alfeizar me ha entrado pánico. Total, que sigo sin el calcetín rojo.

Toda la noche he estado dándole vueltas sin dormir, de cómo hacerme con el ansiado calcetín, sin tener que pedirselo a la señora Angustias —lo de señora es un decir—. Con las primeras luces del alba, me he vuelto a asomar por la ventana y he visto la solución al problema.

La cuerda en la que se ha enganchado el calcetín, en el final, pegado a la ruedecilla que la hace girar, está por el uso desgastada; si logro cortarla irá a parar al piso de abajo, donde vive mi amigo Anacleto. Bajo a pedirselo, evitando

a esta vieja bruja, y encima la fastidio ensuciándole la ropa cuando llegue al suelo.

La fórmula para cortarla es sencilla: el palo del cepillo, unido al palo de la fregona y a su vez, unido también, a un cuchillo jamonero, da la suficiente longitud para llegar a la cuerda y cortarla.

Cuando lo logré, el ruido que hizo la ropa al caer en el tejadillo del patio de Anacleto, junto con el silencio de las primeras luces del nuevo día, fue tal que varios de los vecinos al escucharlo se asomaron para ver que ocurría.

Conseguí que nadie me viera, y por supuesto, todos los vecinos —incluyendo a la chismosa de Angustias— creyeron que la ropa se había caído por el desgaste y el peso que la cuerda tenía.

Pasado un tiempo, me asomé de nuevo desde mi ventana, para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. El calcetín rojo estaba de nuevo enredado, pero ahora en la cuerda que estaba en paralelo y no se había caído al patio. Se conoce que estaba extendido de tal manera que se había quedado enganchado. O lo que es peor: cuando Angustias bajó —no me dio tiempo adelantarme a pedirle la ropa a mi amigo—, la dejó otra vez en el tendedero para fastidiarme. ¡Ay, qué mujer, qué mujer!

No tuve más oportunidades para hacerme con el calcetín rojo, ya que *la agonía* de Angustias al poco tiempo había recogido toda la ropa que quedaba en la otra cuerda.

Enfadado, cogí el calcetín que tenía y me fui donde me los vendieron hace ya algún tiempo, llevándolo de muestra.

Eran de un rojo candela, le llegaban hasta alcanzar las rodillas y se ajustaban a las piernas de mi nieto, de forma

que le iban de maravilla para el papel que tenía en la obra de teatro.

La dependienta al ver el calcetín me dijo que de ese modelo no le quedaban. Fui a otros sitios y ningún par era como los que yo quería. Tuve que conformarme con el más parecido que encontré. Lo sentí de veras.

Cuando subía cabizbajo la escalera, llegando al rellano de mi casa, al meter la llave para abrir la puerta, me encontré en el pomo... ¡El calcetín rojo que me faltaba!

Ni que decir tiene que la alegría que me lleve fue inmensa. Mi nieto iba a llevar los calcetines al teatro que a mí me gustaban, estaba pletórico.

Reconozco que tengo unos vecinos extraordinarios, en especial esta gran señora que es Angustias —atesora la dulzura de la vejez—, no me ha hecho falta pedírselos, ella misma ha tenido la gentileza de dejármelos en el pomo de la puerta al ver que yo no estaba. Con una señora así da gusto tenerla de vecina. Algunos vecinos la critican, la verdad, es que no entiendo el porqué.

Lo mismo cuando la vea le doy las gracias.

El cuadro

Marido, he ido a por tabaco al estanco, te dejo algo de fiambre en el frigorífico por si tardo, un beso muy fuerte. Olvido.

Perplejo se quedó Lucas a casa del trabajo y leer la nota que le dejó su mujer en la nevera. Sonaba a una despedida cruel, llena de sarcasmo e ironía.

No obstante, esperó varias horas, luego días, semanas...

con la esperanza de que fuera una broma de Olvido y volviera de nuevo. Pero el transcurrir del tiempo se confirmó la peor de sus sospechas. Había sido abandonado por su mujer definitivamente.

No entendía los motivos de la desaparición de Olvido. Llegó a pensar que podía ser un secuestro, ya que faltaban algunas joyas de la coqueta y un cuadro que representaba un bodegón de temática confusa, regalo de los muchos invitados que participaron en su glamurosa boda. La pintura llevaba la firma de un famoso pintor y el montante económico podía superar con creces el resto del patrimonio que la pareja pudiera tener. Quizás los secuestradores querían más, a pesar del coste del cuadro, pero estos no dieron señales de vida. Así que descartó claramente esa hipótesis y no lo denunció a la policía.

El tiempo siguió pasando, Lucas entró en una depresión de la que no lograba reponerse por la pérdida de su mujer. Se refugió con los amigos más íntimos, estos le aconsejaban que tratara de olvidarla.

Entre copa y copa alguien le sugirió que lo substraído tenía también que olvidarlo y centrarse en comenzar una nueva vida, señalando con una mano a dos bellas mujeres cercanas de donde ellos estaban. Todos rieron la ocurrencia y lograron que Lucas esbozara una tímida sonrisa

—Lo que más me duele —les comentó Lucas a sus amigos— es la manera tan perversa de notificarme su abandono con la nota que me dejó, cuando hizo referencia *a lo del estanco y el tabaco*, fue una burla tan innecesariamente cruel que jamás se lo perdonaré. Las joyas y la pintura no las necesito, son un acicate para poder olvidar a semejante mujer.

Cuando llegó a su casa decidió ocupar el espacio que había en la pared del cuadro de alto valor robado por su mujer, con otro de tema radicalmente distinto y por supuesto mucho más barato.

Al traer la nueva pintura la colocó cerca de la entrada y así empezó a desembarazarse del recuerdo de Olvido. Fue como el inicio de una nueva vida. Al regresar del trabajo nada más abrir la puerta veía su cuadro, ya no había ningún hueco que rellenar en su vivienda y sobre todo, su corazón volvía a latir con ilusión y esperanza de que algo nuevo le pudiera surgir. Había superado el mazazo que supuso la pérdida de su mujer. El motivo de la recuperación de Lucas parecía absurdo, pero resultó ser muy eficaz.

El cambio también en el exterior fue radical, sus amigos se sorprendieron del *nuevo* Lucas: jovial, bromista, dicharachero, cercano... Bueno, bueno, ahora era él el amo de la fiesta cuando salían de copas. Hasta se atrevía a dar consejos a los amigos que atravesaban algún problema sentimental o de cualquier otra índole. Sus colegas no entendían cómo en un relativo corto espacio de tiempo y de forma tan drástica, Lucas hubiese dejado atrás el recuerdo de la que fuera su mujer. Pero se alegraron de la recuperación milagrosa de su amigo

Aunque, cuando iba camino de su casa, en el recorrido diario había un estanco, al verle, no podía reprimir un gesto de desaprobación, sintiendo a veces un pinchazo en el estómago que llegaba a producirle náuseas, evitó andar por esa zona, viéndose obligado a desviarse de la dirección habitual para llegar a su domicilio.

También cuando fumaba alguien cerca de él, procuraba alejarse lo antes posible de esa persona, no sólo porque le

molestara el humo, sino porque le traía recuerdos que ya aparentemente parecían olvidados. El hecho de que hiciera un día nublado, las nubes le parecían volutas de humo producidas por un enorme cigarrillo y tenía que hacer grandes esfuerzos para controlarse y volver a la realidad.

Después de un tiempo, Lucas estaba sentado plácidamente en el sofá del salón de su casa medio adormilado, viendo la televisión. Era media noche y sonó el timbre de la puerta dos veces tímidamente.

Se levantó bostezando y ya junto a la puerta preguntó: ¿Quién es?, mirando al mismo tiempo por la mirilla, pero todavía estaba soñoliento y no alcanzó a ver quién era.

Un tímido soy yo se dejó oír al otro lado de la puerta.

Al abrir el domicilio no se lo podía creer, era como si fuera un mal sueño, tenía delante a Olvido, su mujer.

Estaba temblorosa, presa de los nervios. Dio una intensa chupada a un cigarrillo antes de esbozar unas tímidas palabras:

—Soy yo, Olvido, tu mujer. Ya estoy de vuelta...

Ambos se miraron fijamente a los ojos. Lucas no dijo nada, después de recuperarse de la impresión, al ver a la que fue su mujer. Solo giró la cabeza hacia el cuadro que había colgado en el sitio que estaba la costosa pintura que ella se llevó. Era mucho más humilde pero también mucho más fácil de entender, decía:

Espacio libre de humos. Prohibido fumar en toda la casa.

La puerta se cerró después de que Lucas se diera cuenta que Olvido estaba derramando algunas lágrimas al ver el cuadro.

Desde entonces, a Lucas en los días nublados, las nubes

le parecían precisamente eso, nubes, y los trayectos cuando volvía a su casa fueron mucho más cortos.

Él y Ella

Tic, tac: Él sentado en un costado de la cama estira los brazos hacia el techo, como si quisiera cogerlo con las manos, luego se desnuda para acostarse.

Tic, tac: Ella duerme profundamente a espaldas de él.

Tic, tac: Él le rebosa el vaso de agua al introducir la dentadura postiza. No obstante con el dedo índice la remueve para que encuentre acomodado y se empape mejor.

Tic, tac: Ella sueña con un bello atardecer dorado.

Tic, tac: Él se atusa con los dedos el poblado mostacho con formato parecido a: “¡Quietos todo el mundo!” y bosteza ruidosamente emulando a los simios.

Tic, tac: Ella logra detener el tiempo, en una rápida y hábil carrera, al alcanzar con las manos los últimos rayos de una espléndida puesta de sol.

Tic, tac: Él debido a una apnea atemporal rompe el sosiego de la habitación.

Tic, tac: Ella se remueve nerviosa en la cama.

Tic, tac: Él junto con sus ronquidos, coge velocidad de crucero y los contundentes estruendos parecen hacer vibrar los cuadros del dormitorio.

Tic, tac: Ella después de un largo tiempo despierta, se acerca a una oreja, y decide con cierto desparpajo imitar el graznido de una oca, sin el resultado deseado.

Tic, tac: Él sigue a lo suyo, dando placer a la apnea.

Tic, tac: Ella desesperada presiona con los talones en las corvas, solo consigue un ligero movimiento circular. Al límite de sus nervios, decide clavarle los dos codos en el abdomen, presionándolo con el peso de su propio cuerpo.

Tic, tac: Él da un respingo girando el cuerpo hacia ella, hace un comentario incoherente, solo se le entiende algo de defecar y algún dios monoteísta ya que parece que lo pronuncia en singular. Pero al fin, logra el objetivo de un anhelado silencio.

Tic, tac: Ella con un suspiro de aprobación se relaja y se vuelve a dormir plácidamente.

Tic, tac: A él, después de transcurrido un cierto tiempo, le aparece una tos repentina, debido a que es un fiel consumidor de las Labores de Tabacalera e irrumpe violentamente cerca de los oídos de ella.

Tic, tac: Ella en un acto reflejo, estira una pierna, dándole casualmente con el talón en la horquilla que forma el principio de las extremidades más largas de él.

Tic, tac: Él en esta ocasión — por la claridad de sus palabras — no cabe duda que el dios mencionado anteriormente es monoteísta.

Tic, tac: Ella recupera su posición favorita en la cama, que es justo dándole la espalda a él.

Tic, tac: Él, a pesar de estar dolido en lo más íntimo de su ser, no pierde el sosiego que le caracteriza y después de una corta vigilia logra dormirse de nuevo.

Tic, tac: Ella recupera el sueño perdido y logra contactar con el atardecer dorado, la retención de la puesta de sol, los ángeles cantores...

Tic, tac: Él, debido al acaloramiento anterior, se destapa de la sábana que le cubre el cuerpo y coge frío, como con-

secuencia, un fuerte estornudo hace su aparición, aunque sólo es un ensayo de los muchos que vendrán después.

Tic, tac. Ella se inclina a pensar que son cosas de la convivencia, a pesar de que tiene la sensación que la haya rociado con una manguera en la espalda debido a la humedad que siente.

Tic, tac: Él desprende un aliento a azufre de su boca desdentada, junto con unas gotitas de color indefinido que pululan por los pelos de él: “¡Quietos todo el mundo!” como novedad a sus nuevos y regenerados ronquidos.

Tic, tac. Tic, tac. ¡Catacrás! ¡Plaf, plaf y plaf... y varias veces plaf...!

Una incipiente luz de la Aurora se deja entrever por los visillos de la ventana. La calma que incita la claridad del amanecer de un nuevo día, está en consonancia con la tranquilidad que se respira en la habitación. Unos tímidos rayos entran con cautela por la estancia como si quisieran sorprender a alguien, no lo consiguen. Ella está a la expectativa y logra con agilidad felina agarrarlos, y así, lograr su máximo sueño... Atraparlos para poder detener el tiempo.

Postdata. El reloj no tuvo arreglo.

..... Por el dolor llegué a la alegría

Café y galletas en la sala de espera. Diagnóstico preocupante. Tratamientos agresivos. Efectos secundarios. Cotidianidad sobre una ambulancia. Una media de veinticuatro horas en el Box para lograr una cama en planta. Protocolo sin sorpresa. Aguja clavada en una muñeca. Goteo cansino pero constante. Cara de preocu-

pación a pesar del ánimo. Cisternas sonoras. El ir y venir del personal sanitario. El quejido del compañero de habitación. Noches eternas. Amanece y anochece con la misma luz. El doctor y su maldita sinceridad. Litigio para seguir o abandonar. Testamento Vital. Tratamiento paliativo. La entereza del enfermo a pesar del gesto. Mirada perdida. "Lo importante es que no sufra doctor". Pérdida de conciencia. Último suspiro.

Día gris y nublado acorde con el acontecimiento. Las sogas hacen su trabajo a través de unas manos profesionales. Personas se arremolinan en torno a la fosa. Alguien menciona unas sentidas palabras. No puedo reprimir un profundo suspiro seguido de unas aliviadoras lágrimas. Un puñado de húmeda tierra golpea sobre la pulida madera. Apretones de manos y besos consoladores. Me retiro prudentemente a unos cipreses cercanos. Siento un gran alivio al pensar que el sufrimiento terminó. Una paz interior invade todo mi ser e irremediablemente me lleva a una incontenible alegría.

..... ¡Ay, san Pancracio bendito!

Sentado en la parte trasera del autocar que me llevaría a mi bello y amado pueblo, mataba el tiempo hasta que este saliera, con una Primitiva y una estampita de san Pancracio, para que me iluminara de alguna manera y así poder alcanzar el añorado premio. A base de darle besos al santo esperaba alguna señal bolígrafo en mano, pero esta no acababa de producirse.

—Por favor joven, me puede indicar cuál es mi asiento, es que no veo bien —me comentó un anciano que acababa

de subir al autobús enseñándome el billete.

Le indiqué que era el número 39, cerca de donde yo me encontraba. El señor mayor me dio las gracias y se dispuso a sentarse con alguna dificultad.

¡San Pancracio bendito, gracias por la señal! Ahora estaba claro. Sólo tenía que anotar los números de cada asiento según se iban acomodando los pasajeros, hasta rellenar el boleto y esperar pacientemente el día del sorteo. Cuando este se produjo, la sorpresa fue desilusionante. No había acertado ni un sólo número de la Primitiva incluido el reintegro.

Lejos de desanimarme, la siguiente semana, en el autobús, que me llevaría de nuevo a mi bello y amado pueblo, ya situado en el mismo lugar y con la misma antelación, empecé a besar a mi santo favorito y a pedirle fervientemente que me iluminara de nuevo, pero con más eficacia que la anterior: "San Pancracio, sabes que estoy necesitado, no tengo trabajo, te pido tu magnánima ayuda, yo sabré recompensarte" le dije, añadiendo algún golpe de pecho que otro y besando la estampita con gran fervor religioso.

Algo me hacía mantener la esperanza que me tocaría un sustancioso premio de forma racional: no era tan fácil — como me había ocurrido — no acertar ni un solo número de la Primitiva con la cantidad que juega esta. Entonces pensé que no había sabido interpretar adecuadamente las indicaciones de Pancracio. ¿Pero cuál sería el modo correcto de conectar de nuevo con el santo y así dejar mis penurias económicas debido principalmente a la falta de trabajo?

Ensamismado en mis pensamientos, el autocar empezó a llenarse de viajeros sin darme cuenta que la mitad de los

pasajeros estaban ya acomodados. Cuando reaccioné ¡Vi de nuevo la señal de San Pancracio! Esto significaba que debía anotar los últimos asientos ocupados por el pasaje. Ya que una fórmula distinta no era factible y me llevaría al error anterior. ¡Ay, Pancracio, Pancracio, ahora sí, ahora sí! Y besé con sonoridad y fervor la manoseada estampita de mi santo predilecto.

En un alarde de agilidad mental —soy una verdadera máquina— anoté en la Primitiva hasta el último de los siete números necesarios para el jugoso premio sin posibilidad de error.

Ni que decir tiene que los días anteriores al sorteo se me hicieron larguísimos. Traté de controlar los nervios haciendo planes para un futuro prometedor. Coche, casa, vacaciones... hasta un viaje por el Caribe. Mi imaginación era portentosa. Llegó la fecha y los números fueron cayendo uno a uno y... el resultado fue el mismo: ni un solo número de los que contenía la Primitiva había salido, repitiéndose el desenlace de la semana anterior.

Si esto no es casualidad —negativa— que venga Dios y lo vea. Me siento dolido por no haber sabido interpretar la señal del santo. No sé qué hacer, si intentarlo de nuevo o dejarlo pasar. Estoy lleno de dudas, mi devoción por san Pancracio viene de lejos y nunca he estado tan cerca de hacer realidad la fama que precede a este beato con los necesitados de dinero. Aunque podía haber sido algo más generoso, ni siquiera un lastimoso reintegro como consolución a mis súplicas, para darme ánimos y así seguir intentándolo. Mi decepción con san Pancracio es evidente, mi fe ha sufrido un duro varapalo.

Al final, la señal de Pancracio creo haberla entendido. He dejado de ir a mi bello y amado pueblo y aplazar los

juegos de azar para mejor ocasión. Estoy buscando un buen trabajo, aunque también es como un premio de lotería encontrarlo, no sé qué será más difícil, si encontrar una buena ocupación o que me toque la Primitiva.

Eso sí, he cambiado de santo. Ahora estoy con san José Obrero.

Ya veremos, no pierdo nada con intentarlo.

Un camello, una aguja y un mal pensamiento

Angustias era una mujer de profundas convicciones religiosas y en fechas cercanas a las Navidades su espíritu creyente se aceleraba ante el próximo nacimiento del Niño Dios. Pero estaba en completo desacuerdo con el gasto excesivo en una parte importante de la población que utilizaba tan señalados días como pretexto para un consumo desmesurado y sin control.

A pesar de su avanzada edad, le gustaba acercarse a la ciudad para entrar en algunas iglesias, serenándose ante el bullicioso y molesto ambiente que había fuera de ellas. Eran un verdadero remanso de paz para Angustias: el respetuoso silencio de fervor religioso que impregnaba todo el templo, la hacía sentirse cercana a la Sagrada Biblia, que tantas veces había leído en algunos de sus más destacados pasajes.

Una vez en la calle, vio congregadas a muchas personas formando una cola, se despertó su curiosidad y se puso en el último lugar a esperar pacientemente para averiguar su destino. Angustias empezó a impacientarse ante la lentitud de su avance, estuvo a punto de comentarle el motivo

a un matrimonio que iba delante de ella, pero se contuvo, para no malograr una posible grata sorpresa.

Se acordó del Cristo de Medinaceli, cuando ella formaba parte de la larga espera que se creaba para poder venerar a tan querida imagen. Eran horas y horas hasta llegar a besar los pies de Nuestro Padre Jesús, en la sacrificada espera estaba la penitencia, seguida de la gloria, al poder tener tan cerca la santa y valorada talla.

La humilde ropa de abrigo que llevaba, debido a su modesta pensión, no era suficiente para paliar las frías temperaturas. El matrimonio que estaba a su lado, al verla dar pequeños saltitos y con las manos dentro de los bolsillos, le comentó:

—Señora, tenga paciencia y aguante el frío como pueda. Esperemos que al final valga la pena y Dios se acuerde de nosotros.

Agradeció el consejo de la pareja y hasta el clima gélido pareció en parte disiparse a pesar del vaho que salía de sus bocas. Estuvo de nuevo a punto de preguntar a que se debía tanta expectación, pero volvió a contenerse y dejar que los acontecimientos se mostraran por sí solos.

Aun así, su cabeza no paraba de darle vueltas, ¿qué es lo que se podía encontrar al final de tan largo recorrido? Una luz divina iluminó su mente en forma de un espléndido belén ¡Claro, cómo no lo había imaginado antes! Seguro que se debía a alguno en especial entre todos los que se podían visitar. Angustias había oído hablar de los antiguos belenes venecianos, con sus figuras y ricos ropajes de época. A pesar del tiempo transcurrido, se mantenían en un estado de conservación magnífico, según había podido leer en el periódico dominical de la parroquia. Ojalá su

presentimiento fuera cierto, entonces sí que habría valido la pena tan larga espera.

Después de dos horas, por fin logró ver cómo las personas que iban delante de ella se metían en un recodo de la calle. Las pulsaciones se le alteraron, ya estaba llegando. Antes de entrar, vio un cuadro de una señora de otros tiempos con sonrisa angelical, pensó que sería la benefactora del belén. Cuando entró, no entendía nada de lo que estaba viendo: una enorme mampara de cristal separaba a los recién llegados, que se agrupaban ante unas diminutas ventanillas, regentadas por unas mujeres que les daban unos billetes con números a cambio de dinero.

Le costó reaccionar ante la petición de una señorita al otro lado de la taquilla, con cara de cansancio y modales lejos de los que Angustias podía esperar:

—Señora, ¿quiere alguna terminación, o le da igual un número que otro?

Angustias llena de estupor no contestó, la empleada sin decirle nada más, puso un décimo boca abajo reclamándole veinte euros. No atinaba a abrir su modesto monedero ante la inquisitorial mirada. Sólo quería desaparecer de tan horrendo lugar, al final lo consiguió, cuando por fin logró entregar el dinero exigido.

Enfadada, ya en su casa, se dio cuenta que su imaginación le había jugado una mala pasada y a su maltrecha economía, veinte euros. La respuesta a la larga espera y al caótico día estaba en el reverso del billete de lotería, ponía: Doña Manolita.

No acabaron ahí sus problemas. Su fe la llevaba a consultar las páginas favoritas de la Biblia y encontró lo que temía: Es más difícil que entre un rico en el Reino de los Cielos que un camello por el ojo de una aguja. Preocu-

pada por la cita, pensó, que si se daba esa remota casualidad, el premio del Gordo, sus posibilidades de alcanzar el Reino de los Cielos, serían similares a la de cualquier dromedario para entrar por tan diminuta ranura: ninguna.

Más calmada descartó esa hipótesis, ante la escasa posibilidad de que se llevara a cabo. El máximo premio estaba segura que no sería para ella, demasiada casualidad y El Altísimo no lo permitiría. Pero las dudas surgieron de nuevo, al leer otra cita de la Biblia que decía: No solamente pecarás de obra, sino también de pensamiento.

Ahora sí que estaba en un gran apuro ante su fe religiosa, ¿cómo demostrar que no era cierto ese pensamiento?, cuando tenía un décimo de lotería que había pagado con su escaso dinero, aunque fuera por una confusión. Su desesperación iba en aumento. Lo mejor que podía hacer para solucionar el grave pecado era visitar al cura de su parroquia y confesarse para que él le diera la absolución.

Junto a la celosía del confesionario perforada por múltiples rombos, se encontraba Angustias de rodillas llena de preocupación y zozobra. El párroco después de escucharla la eximió de toda culpa, ni siquiera le mandó penitencia alguna. Otra cosa muy distinta era cómo el azar la había llevado hasta allí, a pesar de la predisposición para encontrar un lugar de culto, se vio metida en una situación que ella jamás habría imaginado. El sacerdote recomendó máximo cuidado en los movimientos que llevara a cabo en adelante, apreciaba en estos hechos un cierto olor a azufre.

El perdón del cura a su inocente desliz fue —según pensó Angustias— refrendado por el mismísimo Nuestro Padre Jesús, cuando en el sorteo navideño fue premiada con el reintegro del billete adquirido, sólo tenía que acercarse a una administración de lotería para recuperar los

veinte euros y al mismo tiempo la tranquilidad perdida. El mensaje divino estaba claro.

A pesar de estar en una administración distinta a donde adquirió el décimo, —era cerca de su casa— el estilo del establecimiento era casi calcado a la anterior: amplia mampara acristalada, ventanillas con similares ranuras para el trasiego comercial... y hasta las mujeres que atendían a los clientes se parecían a las anteriores. Al darse cuenta Angustias no le quiso dar mucha importancia, los formatos de las nuevas tiendas estaban cortados por el mismo patrón, las chicas también se parecían unas a otras por la manera de vestirse o peinarse. Cuando llegó su turno, ya en la ventanilla, dejó el décimo dentro y con cierto nerviosismo dijo:

—Por favor señorita, quiero que me dé los veinte euros de este número que ha sido premiado con el reintegro.

La empleada cogió el billete de lotería y comprobó que la petición de Angustias era correcta. No lo era tanto su sonrisa maliciosa, seguida de una mirada inquietante que dejó a la anciana desconcertada. Trató de coger el dinero y marcharse lo antes posible, pero la chica dejaba a medio sacar el billete de veinte euros por la ranura de la ventanilla e impedía recoger el dinero con facilidad a Angustias, diciéndole:

—Señora, ¿por qué no emplea este dinero en la lotería del Niño? Nunca se sabe, je, je, je... puede alcanzar el máximo premio y cambiaría su vida.

—Eso seguro, pero en el infierno: ¡¡¡Vade retro Satán, vade retro Satanás!!! ¡¡¡Hija del mismísimo Lucifer!!! ¡¡¡Púdrete tú en el averno, junto a Belcebú, mala bestia!!!... Gritaba completamente fuera de sí.

Salió del establecimiento, caminando a una veloci-

dad que parecía haber visto el mismísimo diablo. Una estampita del Cristo de Medinaceli apoyada en su alterado corazón la acompañó hasta llegar a su casa.

Ludmila

Presentación

Si os digo la verdad, no soy de las que escribían desde la niñez, nada de eso. De hecho, nunca lo había hecho hasta hace unos pocos años. Aunque sí reconozco que siempre me había inventado historias, me salían sin querer, pero allí se quedaban, dentro de mi cabeza...

Un día mi marido me trajo un papelito que anunciaba un curso de escritura de guiones, por si me pudiera interesar. Cogí el papelito, fui a la clase abierta, y desde entonces estoy metida en un gran lío. Desde entonces, aparte de mi propia vida, siempre tengo algunas otras dando vueltas en mi mente. A veces es agotador, a veces echo de menos la paz mental relativa de antes, pero lo que está claro es que de otra manera ya no me sale.

No creo que uno puede pensar con seguridad un día que haya aprendido todo sobre historias, creo que es imposible. Es un camino largo, muy largo, a veces doloroso, pero también apasionante y lleno de momentos felices. Cristina en su taller nos envuelve en su talento, sabiduría y experiencia de escritor. Nunca sales de su clase siendo el mismo que cuando habías entrado. Sus clases enriquecen y ayudan a no perderse, ya que haciendo este camino tú sólo es fácil que pase...

Ludmila Komsomolska

Ella

Un mechón de su pelo corto y liso se desliza sobre la mejilla. Ella lo aparta con un gesto suave de la mano. Yo la miro. Ella no lo sabe. Está concentrada. Los ojos fijos sobre el cuaderno. Ojalá siguiera así más tiempo. Mucho más tiempo. Así la puedo mirar. Hartarme de mirarla. A veces suspira, tacha, escribe algo. Ojalá yo fuera ese cuaderno. Quiero que suspire mirándome, quiero que tache los errores de mi cuerpo. Odio mi cuerpo. Mi cuerpo me falla. Mi cuerpo no se corresponde con lo que soy. Soy un hombre. Un adulto. Un guerrero enamorado. Un valiente dispuesto a entregar su vida por la vida de Ella. La vida de su dama. Ella me mira. Mi cuerpo arde. Con solo una mirada suya mi cuerpo es un bosque en llamas. «¿Qué te pasa?», pregunta. «Sigue». Y de nuevo vuelve al cuaderno. Tengo más tiempo. Más tiempo para memorizar. Cada línea de su cara, cada detalle de su apariencia. Absorbo el brillo de su pelo, el contorno de su nariz, la forma redonda de su pecho. Por la noche lo sacaré fuera y lo observaré. Lo admiraré. Lo disfrutaré. Ahora no. Ahora no hay tiempo. Sólo la puedo estudiar. «¿Todavía no te lo sabes de memoria?», pregunta Ella mirándome fijamente. Una ceja un poco levantada. Siempre lo hace cuando está sorprendida. Vuelvo la cabeza hacia abajo. No puedo hablar. No me salen las palabras. Mi boca me falla. Mi boca no sabe decir lo que realmente soy capaz de decir. Mi cuerpo me falla. Mi boca me falla. Y me siento aterrorizado pensando que también me fallaría mi... Cada noche me la imagino a mi lado. En mi cama. Cada noche así me duermo y luego sigo soñando con Ella, en mis brazos, gimiendo de placer. «¿Cómo le va?», suena una voz. No me

he dado cuenta de que haya alguien más en la habitación. Tengo que tener cuidado. «No se esfuerza lo suficiente», dice Ella. Yo la miro. Porque puedo hacerlo mientras Ella está mirando a mi madre. ¿No me esfuerzo? Puedo entregarte a mi ser entero ahora mismo, sin dudarlo ni un instante. Quiero hacerlo. Lo deseo. Me estoy esforzando continuamente. «¿Julio?», mi madre me mira. Yo miro a mi madre. Está esperando. No sé qué espera. La observo. Mi madre me parece vieja. No es atractiva. Ella es sólo cinco años menor que mi madre. Y me parece bella. No me parece vieja. Ella podría también ser mi madre. Pero no lo es. Mi madre espera. Y también me mira Ella. Lo sé, porque siento el calor de su mirada. Noto cómo el corazón se acelera. Noto cómo las sienas están dispuestas a explotar. «Con tu edad, Julio, yo era una persona adulta y responsable. Con mi edad... Me falla el cuerpo. Me falla la boca. Me falla la edad. Odio ahora a mi madre. ¿Por qué no me tuvo diez años antes? Odio estos tiempos —la gente tiene hijos siendo vieja. Y me callo: si no fuera así, también estaría casada Ella. Pero no es así. Está libre. Es para mí. «María, gracias por su labor», dice mi madre. «Desde que la contraté tiene mejores notas. Pero no consigo que se concentre en nada. No sé qué hacer. María la mira. Me parece asustada. Ella se preocupa por mí. Sé que se preocupa. «Cuando yo tenía la misma edad...», suena su voz. Lo intento grabar para escucharlo luego, por la noche. A veces me cuesta reproducirlo dentro de mí y entonces me enfado por no haberme esforzado lo suficiente en nuestra última clase para recordarlo definitivamente. «...Cuando yo tenía quince años, me pasaba lo mismo», termina Ella. A mi madre se le alarga la cara — así se sorprende. Me gusta más la ceja levantada de Ella. Mi madre es fea cuando

se sorprende. Ella está divina cuando se sorprende. «No era capaz de concentrarme en nada más de diez minutos», continúa. «Mis padres sufrieron mucho por eso. Hasta que descubrieron que durante esos diez minutos aprendía más que otro niño en una hora. No la escucho. No puedo escucharla. Ensayo en mi mente las palabras de amor. Imagino mi vida cerca de Ella. «Es mejor que lo hablemos en privado», dice mi madre. Habrá sido algo que yo no tenía que oír. Piensa que soy un niño. Que no puedo oír cosas. María se levanta. Miro a escondidas sus piernas envueltas en unas medias transparentes color nubes de lluvia. Quiero abrazarlas y no dejarla irse. «Hemos terminado por hoy, Julio», dice. Todavía estoy sentado. Me levanto. Soy muy alto, demasiado para mi edad. Soy más alto que Ella. Me agacho para mirarla. Ella sonrío. Leo algo en sus ojos. Y el mismo algo dice su sonrisa. Pero no sé qué es. Lo voy a analizar esta noche. «María, una cosa», dice mi madre, y conozco este tono. Lo dice cuando se siente culpable. Me pongo tenso. María la mira sin sospechar nada. No conoce bien a mi madre. «Tendremos que tomar un descanso con sus clases. Estamos pasando una mala racha con el dinero. Pero estamos muy contentos con usted y la contactaremos en cuanto la situación se resuelva. Miro a mi madre sin todavía entender bien el significado de sus palabras. Aunque mi inconsciente ya lo ha escuchado y conoce las consecuencias. Miro a María. Ella me mira a mí. Me mira directamente a los ojos. No lo pienso dejar para luego. La memoria me puede fallar. La memoria a menudo me falla. Lo voy a entender ahora mismo... No sé cuánto tiempo nos miramos. Me voy ahogando en sus ojos. Me duelen los pulmones al no poder respirar. Pero no aparto la mirada. Ella tampoco. La leo. La he leído... Es imposible...

Corro detrás de Ella. Mi madre corre detrás de mí. La escucho llorar. No sé qué decir. Tengo miedo. No soy ningún guerrero. Me paro. La dejo salir por la puerta. La veo alejarse por la calle. Agachada. Oigo sus gemidos. Siento la mano de mi madre en mi mano. La aprieto con fuerza. Sólo soy un niño. «Así será mejor, ¿vale, hijo? —susurra mi madre—. Encontraremos a otra profesora. No me terminaba de convencer. Algo no me gustaba en ella.

Me estrecha contra su pecho. Debería querer llorar. Pero no tengo ganas. Solo suspiro aliviado.

El calcetín rojo

Se pasó una hora buscando el calcetín rojo. Todo en vano. No estaba. Desapareció. Se esfumó como la última esperanza de salvar su matrimonio. Ella tenía que volver en cualquier momento. Y entonces en vez de «algo especial», le esperaba una nueva pelea, esta vez quizás la última...

Después de veinte años de matrimonio tranquilo —así lo definía él, ya que no le gustaba la palabra feliz— su mujer le declaró que no podía seguir más así. Así lo dijo, sin más. Él no la entendió, y ella se tomó la molestia de irselo aclarando con detalle a lo largo de los dos últimos y desde luego peores meses de su vida. Como culminación de su larga lista de pegas (tipo «ya no hacemos nada juntos, nunca hablamos, no me miras como antes, siempre la que quiere soy yo», entre algunas otras) fue: necesito experimentar algo nuevo en la cama si quieres que lo nuestro sobreviva... Él se estresó y bastante. A saber, a qué se refería ella... Con cincuenta y pico años ponerse a estudiar

pesaba. Pero no hizo falta. Ella no tardó en anunciarle lo que necesitaba de él: que se pusiera unos calcetines rojos siempre y cuando hicieran *esto*. Se sorprendió pero se quedó aliviado. No era difícil. Sólo tenía que ponerse un par de calcetines rojos, los que ella ya tenía preparados. Aquel día especial, a escondidas de su mujer, decidió lavarlos primero antes de ponérselos —cosa que siempre hacía debido a su rechazo a la ropa nueva sin lavar (una de aquellas manías que por lo visto ella no soportaba en él). Al organizar la ropa lavada, el segundo calcetín no apareció. Desesperado, resignado y casi sin aliento, decidió esperar la llegada de ella. Se puso el único calcetín encontrado, escondió los pies en sus viejas zapatillas de casa, y se quedó mirando la puerta.

Ella vino contenta. Hacía bromas poniendo en la mesa una cena romántica y de vez en cuando le robaba algún beso con una mirada exageradamente juguetona. La presencia del calcetín perdido crecía en él, se apoderó de todo su cuerpo y alma hasta que por fin explotó.

El doctor de la ambulancia dijo que probablemente era un infarto y que parecía grave. También la preguntó por qué el paciente llevaba sólo un calcetín, provocando un llanto desconsolado en ella.

—¿Qué es este trapo feo? —preguntó la madre a la pequeña Marisa.

—Es el nuevo vestido de mi Fresita —respondió la niña.

—¿De dónde lo sacaste?

—Estaba en nuestra terraza, se habrá caído del cielo —le respondió asustada la pequeña.

La madre le quitó la muñeca observando su vestido improvisado.

— ¿Lo cortaste tú? —parecía enfadada.

—Necesitaba un agujero para la cabecita de Fresita... —
se lamentó la niña.

La madre pensó durante un instante antes de decir:

Bueno, con lo feo que es este calcetín no creo que nadie
se moleste en buscarlo...

Marce

Presentación

Cuando mi abuela me dictaba las cartas para mis tíos, “Queridos hijos y nietos, me alegraré que al ser esta en vuestro poder...” lo hacía porque mi letra era clara y bonita. La caligrafía que hice en el colegio de niña se notaba en cada trazo. Lo que no sabía es que eso fue el comienzo de mi pasión por la escritura.

Durante años escribía sólo para mí, versos, pensamientos, sensaciones, sentimientos... Algún relato que otro. Me daba vergüenza enseñarlos porque sentía que era desnudarme de algún modo, hasta hace cuatro años en que decidí matricularme en el taller de narrativa de Cristina Sánchez-Andrade, y por primera vez compartí mis letras con otros escritores como yo, que queríamos aprender de ella este oficio. Desde entonces, cada crítica que recibo de mis compañeros o de la propia Cristina me enseña día a día un poco más y me adentra en uno de mis sueños favoritos empujándome a seguir aprendiendo y mejorando. Porque esto es lo que verdaderamente me gusta hacer, acariciar el papel dándole vida a las palabras.

Marce Fernández Domínguez

De ayer y de hoy



De ayer

Estoy muy contenta, mi amiga Mari Carmen ha venido a pasar unos días conmigo. Ya tenía muchas ganas de que viniese a conocer mi casa nueva y mi barrio. Nos conocemos desde hace por lo menos tres años y somos inseparables hasta ahora. Que nos hemos tenido que mudar de casa. Siempre nos están diciendo que, si somos hermanas, y la verdad no nos parecemos nada, solo que somos rubias las dos y del mismo tamaño. Aunque ella es mas lista que yo porque saca mejores notas en el

colegio. Su padre se enfada mucho cuando saca un ocho. Ojala sacase yo ochos. A mí no me regaña mi padre cuando no saco ochos. Con que apruebe se conforma. Estamos de vacaciones. Hace calor. Jugamos alrededor de la abuela, dando vueltas y risas alocadas. Mi hermano pequeño está con nosotras. Tiene culo de mal asiento. No para nunca. Juega con todo. Le gusta mucho jugar con cerillas. Un día casi salimos ardiendo porque se prendieron las cortinas. Otro día se quemaron las flores secas que tenía mi madre en un jarrón del salón. Hoy mi abuela nos ha dicho que va a enseñarnos a hacer ganchillo. Aunque yo ya sé. Ya me enseñó hace mucho. Pero no importa. Me gusta estar con la abuela. Ella se ha colocado una silla en la terraza y su ganchillo. Dice que hay mejor luz aquí. Yo estoy haciendo el ganso y no paramos de reír de tantas tonterías. Yo quiero mucho a mi abuela. Mi amiga también tiene abuela. Pero no se parece a la mía. Lamía es grande y la suya es pequeña. Y la mía tiene un moño postizo en forma de castaña que se sujeta en la cabeza con horquillas. Lo ha hecho ella con el pelo que se le cae de la cabeza cuando se peina. Todo el pelo que se le cae lo enrolla en el moño. A mí me gusta el moño de mi abuela. Me está haciendo un vestido blanco y rosa. Seguro que voy a estar muy guapa con mi vestido de ganchillo nuevo. Tengo muchas ganas de que lo termine. Mi amiga no tiene un vestido de ganchillo. Se va a venir con nosotros a las fiestas del pueblo. Mira mucho a mi hermano, porque es muy guapo. Mi hermano es el más guapo de todos. Mi abuela está tranquila y nosotros no paramos de jugar a su alrededor. Y me dan ganas de abrazarla. Colocada detrás de ella me llega el olor a jabón de lavanda.

De hoy

Recuerdo bien a mi amiga Mari Carmen. Fuimos amigas hasta unos meses después de mudarnos a Getafe. Era mi vecina del piso que alquilaron mis padres en Moratalaz cuando vinimos de Extremadura. En el año 1968 mis padres decidieron venirse a vivir a Madrid en busca de oportunidades y porque ya éramos muchos de familia. Mi padre nos tomó la delantera para buscar casa y trabajo. Aún recuerdo como veníamos en el coche con la trona de mi hermano en la vaca. Era una trona de madera y enea que yo creo que perteneció a la familia. Encontró trabajo enseguida de agente comercial. En el año 1972 vinimos a vivir a Getafe. Al principio para mí fue duro porque había dejado a mi amiga del alma. Así unas veces yo iba a su casa a pasar unos días y otras venía ella a la mía, como en aquella ocasión, casi ni se la ve en la fotografía. Hasta que la distancia y el tiempo fueron apagando aquella amistad y la convirtieron en un recuerdo.

Mi abuela Marcelina me enseñó a tejer. Ganchillo y dos agujas. A mí me gusta más el ganchillo y como aun no he dejado de hacerlo ella está permanentemente en mi memoria. Aquella mujerona con su pelo gris y su moño pos-tizo en forma de castaña durante más de veinte años vivió en mi casa, hasta que su vida se apagó dejando en mí una absoluta tristeza. Mi hermano y yo éramos los más pequeños de cinco. Compartimos juegos y amigos en el barrio durante nuestra niñez y juventud. Éramos inseparables. Y aun habiendo elegido caminos distintos, nos veíamos casi a diario, hasta que un día él decidió irse con mi abuela sin avisar. Y perdí al hermano y al amigo. Por eso esta fotografía es especial para mí. Tengo a mi abuela y a mi hermano juntos.

El doblao

Subí la escalera al doblao. Nunca lo había hecho. Tenía un poco de miedo e incertidumbre a la vez. Me temblaban las piernas por no saber que me encontraría allí arriba. El abuelo nunca nos dejó entrar por aquella puerta que estaba atrancada con dos barras de hierro atravesadas en cruz y además tapiada con ladrillos. Toda la vida. O al menos mi vida, la puerta estuvo cerrada. Y nadie, ni siquiera mi padre había entrado jamás allí. Ni muerto el abuelo, hizo además de tirar aquel muro para atravesar la puerta misteriosa. Era tal el respeto que le tenía a su padre que siempre nos decía que alguna razón tendría el abuelo para no querer que entrásemos allí y que él no iba a desobedecer a su padre ni después de muerto.

Vi que las barras cruzadas estaban incrustadas en el cemento que cubría la puerta. No había cerrojos, ni cerraduras que abrir ni rendijas por dónde mirar. Habían levantado un tabique que se encaló una y otra vez y nunca se hizo por derrumbar. Pero esta vez estaba decidido a tumbarlo fuera como fuera, y los años de enigmas e historias imaginadas terminarían en ese mismo instante. Hice la señal de la cruz en el pecho y comencé la tarea, golpeando una y otra vez el cemento primero, para arrancar las barras que atrancaban la puerta. Y luego aquella puerta que descubrí que era de chapa y que tan cuidadosamente habían cubierto de ladrillos. Todo fue cayendo. Mi mujer recogía las piedras que rodaban escaleras abajo. La ansiedad me hacía correr más. Terminé agotado y cuando por fin llegué a la chapa, busqué una palanca entre todas las herramientas para poder abrir la puerta que hube de tirar a mazazos arrancando de la pared el marco, y tumbándola a patadas.

Porque nada frenaría ya mis ansias por llegar hasta el final.

Estaba oscuro. Ninguna ventana dejaba ver la luz porque años atrás, igual que tabicaron la puerta, lo hicieron con las ventanas, que aunque pequeñas, había dos. Desde la calle eran imperceptibles. Cogí la linterna que tenía en la caja de herramientas y con el corazón a punto de salirme por la boca, me dispuse a encenderla. Cuando la estancia se inundó de aquella luz lo que vimos nos impresionó bastante: además del polvo y las telarañas de años, lo que parecía una escuela. Había una pizarra apoyada en el suelo contra una pared. Una mesa rustica de madera, tres bancos colocados uno detrás de otro. Un perchero en un rincón, donde aún colgaba un gabán y un sombrero viejos, y libros, pilas de libros apoyados contra las paredes. Sobre la mesa un candil, un pizarrín, varios trozos de tiza y unos cuantos libros más. Un baúl de madera en bastante malas condiciones que guardaba algunos disfraces y mascararas, ropas de hombre y cuadros, pinturas añejas de estampas campestres de días felices, mapas de España. Juguetes de madera hechos a mano. Algunos cestos de mimbre se superponían unos a otros en otro de los rincones. Un botijo. Y al fondo, en un rincón, una cortina colgaba del techo, detrás de la cual se adivinaba un camastro. Ya solo nos quedaba ir atravesando telarañas hasta llegar hasta allí, para ver lo que escondía. Ni en el peor de los sueños imaginamos que lo que allí había era un cuerpo.

Don Aurelio fue el maestro del pueblo al que todos daban por muerto y arrojado en una zanja. Nunca imaginó nadie que estaba escondido en el doblado de los abuelos, que nunca se habían pronunciado de ideología alguna. Aunque algunos miembros de su familia y la mía seguían recibiendo de él sus enseñanzas a escondidas al final de

esta escalera.

Sobre el catre donde hallamos su cuerpo consumido y momificado por el paso del tiempo, encontramos una carta escrita del puño y letra del abuelo, junto a otra que el mismo don Aurelio, al parecer al caer enfermo, había escrito exonerando al abuelo de cualquier cargo que se le pudiera imputar al hallar su cuerpo y a la vez el abuelo explicaba que, al no saber qué hacer con el cuerpo del maestro, tapiaba puerta y ventanas para evitar que nadie entrase en el doblado y descubriese lo que allí había, comprometiendo también a la familia.

De esta forma los dos habían conseguido ocultar esta escuela clandestina que solo conocían ellos, sus familias y unos cuantos vecinos que llevaban a sus hijos por la puerta falsa y que antes se dejarían cortar la lengua que confesar lo que sabían.

Con las mismas, y sin saber muy bien como, mi mujer y yo decidimos recoger los restos que encontramos y envolverlos en una sabana, y esperamos a que se hiciera de noche para ir a enterrarlos junto a la tapia del cementerio, en la cara norte, que era la más escondida a la vista desde el pueblo. En un bolsillo de la chaqueta que aún vestía don Aurelio, metimos un sobre con una nota en su interior explicando quien era el que allí yacía, y el secreto seguiría en nuestra casa, pero ahora ya sin el muerto.

En el jardín

Porque a veces los silencios llegan adonde las palabras no pueden, basta con una mirada, un gesto, una sonrisa. Y ser cómplices es cuestión de segundos. Cerrar los ojos y no pensar, solo sentir, puede convertir ese instante en el momento perfecto.

Sentada en la humedad de la piedra, bajo el paraguas, recibiendo las gotas de lluvia que esta primavera está empeñada en dar, cierro los ojos y consigo absorber el aroma de las plantas, la tierra mojada, el sabor de la menta, la lavanda del aroma antiguo que habita en mi memoria. Refugiada, con las sensaciones que consiguen erizar mi piel, aun sin calor, me viene a este momento; aquel primer abrazo en la puerta de la iglesia que marcó un antes y un después. El abrazo compartido, también bajo la lluvia. Dejo pasar los minutos en la ensoñación relajada del momento de silencio que me envuelve y al tacto rudo de la piedra intento enlazar otros recuerdos, tus manos toscas en aquella caricia suave que saben hacer. Los pájaros se encargan de la música. Y al abrir los ojos, el arco iris ha desplegado su abanico de colores convirtiéndose en el marco perfecto. Las sombras van abriéndose camino y el verde de las plantas se oscurece, como el cielo, que decide caer sobre nosotros.

La abuela

Me lo decía con tristeza en los ojos. Con un gesto de dolor inexplicable. Quizás no supiera cómo hacerlo de otra manera, o es que le saliera de na-

tural, como cuando te sale la risa floja esa que a veces nos generan los nervios. Como aquella vez que una compañera en el metro me contó que unos tíos suyos habían muerto asfixiados por una chimenea en su casa de campo y a mí me dio por reír. Me reía tanto que me lloraban los ojos, y no sabía cómo disculparme. Supongo que tenía que ser así. En aquella época yo no sabía expresar mis condolencias, eso vendría más tarde, cuando la vida me puso de frente a la muerte y acabé familiarizándome con ella. La abuela era una mujer fuerte, pero a veces contaba unas historias tremendas, y luego yo solo tenía pesadillas y me daba miedo cerrar los ojos y mantenerlos abiertos también. “¡Que no me voy! ¡Que detrás de la puerta estoy!” Maldita frase de aquel cuento que ni recuerdo ni sé si alguien lo escribió jamás o era de esos que pasan de padres a hijos o nietos y que no aprendí nunca, yo creo que porque la dichosa frasecita en el tono que le ponía la abuela ya era suficiente para que me entrara el pánico y no acordarme de as, y así me pasa que no me acuerdo de otras cosas. Y es lógico, en esa época yo le tenía miedo a todo. Las sombras me daban pánico. Y hasta bien mayor dormía abrazada a mi muñeca favorita. Que hasta yo me creía que estaba tonta o medio retrasada. Y todo por el miedo que tenía siempre. Para colmo a mi primer novio le gustaba mucho ir al cementerio el día de todos los santos y hacerme un recorrido en plan turismo por las tumbas de sus familiares de varias generaciones y yo que había visto en la tele un documental sobre la muerte que hablaba de los siete batallones, tenía pánico. Luego la noche después de la visita al cementerio no podía dormir presa de unas pesadillas tremendas. Y de pensar que me iban a comer los gusanos ya me ponía mala y atacada de los nervios. Porque a mí los gusanos son los

bichos que más rechazo me producen y les tengo una fobia que cada vez que veo alguno se me encogen todos los músculos del cuerpo y me pongo tensa, empieza a picar todo el cuerpo. Pero yo quería superar todo eso y no podía pensar en ello ahora que ella me miraba con aquellos ojos. Y que me pedía el favor de que la acompañase al cementerio porque iban a hacer una reducción de restos de la abuela, el nicho ya cumplía los cincuenta años y había que exhumarlos para incinerar y cambiar a un columbario o tirarlos con los comunes al crematorio. Nosotras no queríamos eso. Así es que le dije que sí, que la acompañaría. Y fuimos las dos solas con el enterrador para abrir el nicho. Nos agarramos de la mano. Esto era nuevo para las dos y nos un poco de repelús, al fin y al cabo era la abuela. Nosotras ya éramos abuelas también quizás un día estuviésemos en el mismo sitio. Y quitó el hombre la lapida. Y luego descubrió la caja y la sacó del hueco y arrastrándola la dejó encima de una especie de camilla. Cuando se apartó no le dio tiempo a levantar la tapa. El ataúd completo se desarmó y cayó al suelo haciéndose astillas. Nosotras pegamos un grito del susto por el ruido y del espanto al ver a la abuela tumbada en la camilla como si la acabasen de poner allí. El pelo gris y largo. Las manos cruzadas en el pecho con las uñas largas y ennegrecidas. La tez cenicienta. El hombre se quedó pasmado, pálido. Creíamos que le iba a dar un infarto. Cuando se serenó consiguió llamar por teléfono para que viniesen a recoger el cadáver de la abuela, que parecía dormida. Y según se la llevaban para el depósito, con el fin de volver a prepararla para enterrar por segunda vez, se me ocurrió mirar al hueco de dónde la había sacado y en el techo pude leer. “¡Que no me voy! ¡Que detrás de la puerta estoy!”

La lana

La abuela teje.
Junto a la ventana
La abuela teje.
Juego con la lana
Junto a la ventana.
La abuela va tejiendo.
La abuela no para.
La abuela teje.
Junto a la ventana
Lana de colores conforman la manta.

La abuela va tejiendo,
Junto a la ventana.
Yo la estoy mirando,
Chupando la lana
Mientras va tejiendo,
Junto a la ventana
Enreda en sus dedos la esponjosa lana
Mientras con la aguja certera la engancha
Miles de colores conforman la manta

La abuela no ve, pero teje, y teje,
Y yo chupo la lana,
Áspera y sosa
No me sabe a nada.

Miles de colores conforman la manta.

La manta es enorme
Le sirve a mi cama,
La abuela no ve,
Pero teje y teje
Y yo chupo la lana,
Áspera y sosa
No me sabe a nada

Observo en sus manos
La lana enlazada
La hebra volando
Se enreda y traspasa
Manta de colores
Miles de colores conforman la manta.

La abuela no está,
Se marchó la abuela
Dejando su manta
Manta que tejió
Junto a la ventana
Miles de colores conforman la manta
Ahora tejo yo
Junto a la ventana
Cubriendo mis piernas
Tengo aquella manta

Que tejió la abuela
Mientras la observaba
Sentada en el suelo
Chupando la lana,
Miles de colores conforman la manta.

La tía Margarita

Tía Margarita era una mujer bella incluso cuando cumplió los cien años la primavera pasada, aun conservaba el brillo de sus ojos grises, el pelo blanco ejercía sobre ella el efecto dulce que la serenidad aporta al semblante. Nos había reunido a todos para abrirnos las puertas al nuevo siglo, como decía ella. Seguía viviendo en su casa de siempre, ciertamente renovada, pero antigua. Conservaba gran parte de los muebles que la habían acompañado en su larga vida de soltera. Porque tía Margarita no se había casado nunca. Era feliz redecorando su casa cada tiempo. Ahora esta parecía otra. Las paredes y las puertas blancas, y los muebles antiguos restaurados en roble claro. Suelo de madera oscuro. Visillos blancos. Los ventanales del salón que daban al jardín abiertos inundaban la casa de luz y aire fresco y limpio, y las flores de los jarrones, perfumaban el ambiente consiguiendo a la vez hacerlo más agradable a la vista.

No podíamos imaginar entonces que sería su último cumpleaños. Ahora reposaba en su cama vestida ya para este viaje con un camisón blanco que le cubría todo el cuerpo. Tenía una expresión dulce incluso ahora, quizás porque lucía en su rostro la tranquilidad de las personas

que pasan por la vida sin padecer dolor alguno.

La casa se había llenado de los parientes más próximos, sobrinos y los hijos de los sobrinos. Lo había dejado todo dispuesto para no ocasionar molestias ni siquiera después de muerta. Al día siguiente sería incinerada.

Mientras esperábamos ese momento, charlábamos, comíamos, bebíamos y comentábamos historias de la tía Margarita que siempre tenía preparadas para contarnos en cada reunión que organizaba. Y según estábamos hablando alguien cayó en la cuenta de que nunca habíamos subido a la planta primera de la casa. La tía siempre organizó las reuniones en la planta baja y nunca hubo ninguna razón para subir. Claro que para subir había que abrir una puerta que no habíamos visto abierta jamás. Poldi tendría la llave, casi seguro. Poldi estaba en la cocina, ella debía tenerla, porque ella era la persona que había convivido con tía Margarita los últimos años. Cuando Poldi entró en el salón, todos nos giramos y pusimos la mirada en ella, que asustada quedó parada en medio de la estancia.

— ¿Qué pasa? — preguntó con gesto de extrañeza.

— La llave.

— ¿Qué llave?

— La de la puerta para subir a la primera planta.

— Su tía me dio instrucciones de no abrirla hasta que se lea el testamento.

— ¿Por qué hizo eso?

— No lo sé. Sus razones tendría.

Como el testamento estaba previsto que se leyera después de la incineración, no habíamos querido insistir para no disgustar a la pobre Poldi que aún seguía siéndole fiel

a tía Margarita, y debía seguir cumpliendo con las instrucciones que la tía le había dado, incluso se las había dejado por escrito.

Tiempo atrás la tía Margarita había redactado un pliego de instrucciones para después de su muerte. Aunque ella no podía imaginar que viviría tantos años. Pero nunca lo había modificado porque nunca había cambiado de opinión al respecto.

“Morir en su casa. No mantenerla con vida inútilmente. Vestirla con el camisón blanco que ya había encargado para el momento. Abrir todas las ventanas de la casa para cambiar el aire y espantar las malas energías (según ella los muertos transmiten malas energías). Citar a todos sus sobrinos y prepararles una comida para celebrar su vida por última vez. Ser incinerada. Y mantener la planta de arriba cerrada hasta después de la lectura del testamento.

Poldi se había tomado todo esto muy en serio, como merecía la ocasión y lo único que le quedaba por cumplir era llegar hasta la lectura del testamento, sin abrir la puerta. Y era capaz de tragarse la llave antes que abrirla y contradecir a la tía.

Dejamos transcurrir las horas, después de comer en el jardín. Era un jardín enorme y muy bonito diseñado por la tía y ejecutado por Joaquín, el jardinero de confianza al que ella había contratado años atrás. Estaba rodeado de arizónicas en perfecto estado. En el centro seguía manteniendo la piscina en la que tantos veranos los primos y yo mismo pasábamos gran parte de nuestro tiempo. El agua limpia que invitaba a darse un baño con solo mirarla; a su alrededor rosas de distintos tonos, ahora en plena floración y para sombra varios árboles frutales al fondo del jardín colocados en torno al sofá de mimbre que parecía

llamarnos para que fuésemos a descansar y pasar la siesta al fresco. Lo que hicimos por el camino de losas que partía desde la casa.

Quedamos en silencio escuchando a las cigarras que entonaban su cántico veraniego sin ningún respeto hacia la siesta del resto del mundo. Las horas pasaban lentas, y la incertidumbre crecía en los primos que esperaban impacientes la llegada de la mañana siguiente, ya no para el testamento sino para ver lo que se escondía al final de las escaleras que llevaban a la primera planta.

En realidad no éramos muchos de familia. Mi hermana Elena, mi primo Esteban, su hermano Andrés, yo, y nuestros hijos. Habían sido tres hermanos. La tía Margarita era hermana de nuestra abuela paterna, y había sobrevivido a todos nuestros padres.

Entre tanto, ocupamos el tiempo en ponernos al día de nuestras vidas y en recordar las tardes de verano con tía Margarita. Cuando éramos unos críos nuestros padres nos dejaban a su cuidado en esa casa grande, durante el mes de julio mis primos y yo pasábamos el día en la piscina y correteando por el campo en busca de saltamontes y lagartijas para cazarlas y luego cortarles la cola. Nos quedábamos absortos mirando como la lagartija salía corriendo y la cola se quedaba allí moviéndose durante un rato. También nos gustaba cazar mariposas, que luego atravesábamos con un alfiler y clavábamos en una tabla. Al final del verano se quedaban allí olvidadas, donde estaban el resto de los trastos inservibles que se iban acumulando a lo largo del tiempo y que no servían para nada pero que no se querían tirar. Nos entró la curiosidad por saber cómo estaría aquél almacén, si es que existía aún. Y nos levantamos a dar una vuelta por el jardín en busca de aquella

habitación de tesoros olvidados que debía de andar por allí cerca.

El portón estaba pintado de color verde hoja, que no desentonaba con el resto del jardín. Con sorpresa descubrimos que estaba abierto. Y con desilusión vimos que estaba perfectamente limpio y ordenado y guardaba todos los aperos de trabajo del jardín y las tumbonas y sombrillas para la piscina. Eso sí nos llamó la atención. La cantidad de tumbonas, sombrillas, sillas de jardín y veladores que había almacenados allí dentro. No imaginábamos para qué tendría tantos la tía Margarita, si solo ella vivía en esa casa con Poldi. Había una señora que iba todos los días a limpiar y nada más. El jardinero tampoco vivía allí. A no ser que dejase a las familias de estos y a los amigos que tuviera venir a disfrutar del buen tiempo y de la piscina. Nos resultó bastante extraño. Claro que nosotros no nos habíamos ocupado de ella desde hacía tiempo, y cuando veníamos alguna vez toda la familia, casi siempre habíamos permanecido en el interior de la casa, o bien por el calor o bien por el frío. Y nos gustaba una vez que comíamos pasar al saloncito de al lado del comedor a charlar mientras tomábamos el café, por lo fresco que era en verano y por el calor de la chimenea en invierno. A veces los niños sí salían, pero nunca habíamos reparado en esto.

Decidimos rescatar algunas tumbonas y sombrillas para pasar la tarde y unos veladores y sillas para luego hacerla cena en el jardín al fresco de la hierba y de la noche, que prometía ser larga. Y una vez colocado esto cada uno de nosotros se instaló en sus pensamientos y en la incertidumbre que seguía produciéndonos el no saber qué se ocultaba tras aquella puerta cerrada con llave. Cada uno haciendo sus cálculas. Los chavales, que ya estaban en la

edad de la adolescencia salieron a recorrer los caminos que rodeaban la casa. Lo que nos agradó, porque los primos no se veían casi nunca y aunque no era la mejor ocasión, tampoco había que desaprovecharla. Habíamos decidido pasar la noche allí, ya que la casa tenía suficiente espacio para no estorbarnos los unos a los otros y poder descansar, entre los dormitorios de la planta baja y los sofás del salón podríamos apañarnos.

El cantar de las cigarras dio paso al cri cri de los grillos que nos acompañó toda la noche mientras velamos cada uno a nuestra manera a la tía Margarita en su viaje final.

Por la mañana los de la funeraria vinieron a recoger el cuerpo y trasladarlo hasta la capilla del propio tanatorio donde se oficiaría el funeral. Nuestro asombro fue mutuo al descubrir la cantidad de gente que fue a despedir a la tía, no éramos conscientes, ninguno de nosotros, de que tuviera tantas amistades, ya que nunca nos habló de ellas. Uno a uno todos fueron pasando por delante de la tía ofreciéndole sus respetos y algunos depositaron una flor blanca dentro del féretro. Al final del desfile se cerró la caja y se trasladó hasta el crematorio. Mientras los visitantes se marchaban, todos los familiares nos dirigimos a la sala de espera. Nos dijeron que tardaría unas dos horas y media aproximadamente. Luego nos entregarían las cenizas que la tía había dispuesto se esparcieran, después de la lectura del testamento, en las colinas del propio pueblo, donde creció y vivió durante toda su vida.

Todo fue muy rápido. Al menos eso nos pareció, después de la larga noche en vela que habíamos pasado sumergidos en nuestros pensamientos y sin hablar por no interrumpir el sueño de los que habían conseguido cerrar los ojos. Despacio nos dirigimos a casa de la tía Margarita

dónde nos esperaba el abogado con el testamento preparado para su lectura.

La tía Margarita no tenía más propiedades que la casa donde nos encontrábamos y una parcela situada detrás de ella de al menos tres mil metros cuadrados que estaba desbrozada pero sin urbanizar y que había legado al Ayuntamiento para la construcción de unas escuelas. A la familia le había dejado la casa con la condición de que permaneciese para todos y cada uno de nosotros y nos reuniésemos el día de su cumpleaños. Que el resto del año el usufructo quedase para Poldi mientras viviera y que ella se encargase de regentar el mismo negocio que había sido durante los últimos sesenta años, si estaba de acuerdo. No sabíamos a qué se refería con lo de que se mantuviese el negocio, pues no teníamos ni idea de qué negocio tenía la tía Margarita, del que no nos había hablado jamás ni a nosotros ni a nuestros padres. Nos miramos sin saber que decir. Pero deseando saber más. Saber en qué consistía el negocio y qué era lo que había detrás de aquella puerta. Había llegado el momento de abrirla. Y allí nos dirigimos detrás de Poldi, que era la poseedora de la llave.

Todos a la expectativa, esperamos a que Poldi terminase de abrir la puerta y encender las luces de lo que parecía una gran galería, presidida, frente a la entrada, por un gran retrato de tía Margarita de cuando era joven, vestida de forma alegre y atrevida para la época, en la que debería tener unos treinta años. Teniendo en cuenta que andábamos por el año 1990, en los años veinte aquello sería escandalosamente atrevido. Toda la galería estaba cubierta de retratos de distintas épocas y la planta estaba compuesta por siete dormitorios y cinco cuartos de baño. Toda enmoquetada en celeste. Los dormitorios con cortinas estampadas en to-

nos rosas, lilas y azules. Todos disponían de minibar. Los armarios con toda clase de artilugios eróticos. Los baños de mármol rosa con bañera redonda. Grifos dorados.

La primera puerta era un despacho. Estanterías del suelo al techo. Álbumes de fotos antiguas y nuevas. Algunos de hombres. Otros de mujeres. Todos ellos en ropa interior a cual más insinuante. Eran catálogos. Catálogos de ambos sexos. Estábamos en un burdel. Un burdel de lujo. Solo para las féminas. Según nos explicó Poli las fotografías de mujeres eran también para enseñar a mujeres. Durante décadas, la tía Margarita había regentado un burdel pensado para ellas. Una casa de masajes con final feliz solo para personas de su mismo sexo. Sabedora de lo difícil de la época para las mujeres de su misma condición, no lo dudó en su juventud y se lanzó a la aventura de montar este negocio. Tenía clientela fija. Por eso había tanta gente en su funeral. Aunque algunas ya eran octogenarias, no habían olvidado. Por eso tantas tumbonas en el almacén del jardín. Por eso una casa tan grande para ella sola. Por eso no se había casado nunca. Porque tía Margarita era lesbiana y entonces el matrimonio entre personas del mismo sexo no estaba permitido. Poli había sido su última compañera. El último amor que había subsistido con ella de esta casa de citas alejada del pueblo, pero lo suficientemente cerca para no estar aislada. Funcionaba con el boca a boca. No necesitaba de propaganda alguna. Eso es lo que Poldi nos había explicado una vez recorridas todas las habitaciones y de habernos mostrado hasta el último rincón, mientras nosotros con la boca abierta de la estupefacción no sabíamos que decir. La tía Margarita, sabedora de la sorpresa que esto supondría para nosotros, nos había dejado además, una carta. Una larga carta donde explicaba todo, y

donde nos pedía que respetásemos su testamento. Nunca hubiésemos imaginado nada parecido. Poldi nos ofreció un té y todos salimos al jardín para tomarlo y a la par una decisión en cuanto a lo que hacer con lo que acabábamos de descubrir. Y alcanzamos un acuerdo. Cumplir las últimas voluntades de tía Margarita.

- - - - -

Y así ha pasado el tiempo y estamos aquí ahora para celebrar un año más su cumpleaños. Asimilado todo durante los últimos meses. Cerca ya del primer aniversario de su muerte. En la terraza Poldi nos ha recibido como si fuésemos sus propios sobrinos. Ha mantenido el negocio a flote, después de decidir continuar con el legado de la tía. Hoy lo ha cerrado para recibirnos. Se la ve serena y casi joven a sus setenta y dos años. Brindamos por la tía Margarita que no dejó de sorprendernos en vida, ni después de muerta.

..... **Porque ahora te toca a ti**

Ver pasar las horas sin mirar el reloj. El tiempo en este templo vacío que es la casa con tu ausencia, es más largo. Pensarte en ningún sitio contrae el alma y el corazón y mi cabeza me dice de continuo que no piense, que es lo natural, que no te pregunte dónde andas, como acostumbro. Aunque el sol ya forme parte de la historia de otro día más y la luna ilumine la plaza en que habitamos.

Un puño cerrado aprieta mi corazón mientras te pienso no sé dónde y por mi cabeza desfilan miles de historias,

de desgracias y atrocidades que solo parecen datarse en la oscuridad, como si a la luz del día la vida transcurriese como balsa por laguna.

El reloj corre lento y esa oración que no me creo recito lentamente implorando escuchar tus pasos al abrirse el portal y sentir al perro saltar de mi cama moviendo la cola y lanzándose a tu encuentro por el pasillo, hasta ahora pegado a mí, buscando el calor del cuerpo y quizás también el del alma, porque también añora y ansía tu caricia cariñosa.

Intento cerrar los ojos y parar la mente. Conseguir respirar tranquila, y trabajar mi paz de espíritu ya maltrecha.

El minuterero no parece querer avanzar y la ansiedad se hace presa en mi persona, y ¿cómo decirte lo que siento sin alterar tu percepción de la vida? que a esta edad es la que es, y hasta que no alcances la mía y mi posición no lo entenderás, porque ahora es imposible que te metas en mis zapatos.

He de aprender a respirar tranquila. A confiar en que el mundo no es tan malo. Poco a poco según te alejas yo me acerco a ese momento en que cuando salgas por la puerta no me estaré preguntando continuamente si estarás bien o por dónde vas. Porque en ti si puedo confiar pues día a día creces. Y he de ver que eres una mujer y la vida te espera y es tu momento. Por eso cuando entras no te digo nada. Porque no quiero que sepas que estoy despierta. Por eso te hablo con serenidad cuando compartes conmigo tus experiencias. Por eso he aprendido a escucharte. Porque ahora te toca a ti.

Rafa

Presentación

Siento la escritura como un mandato que me surge desde lo más íntimo. Aunque el acto de escribir es para mí doloroso: como vomitar deseos ocultos. Lo que escribo es la proyección de los recuerdos de ayer, las meditaciones sobre las miradas de hoy o las visiones de un mañana incierto. Es el espejo de mis reflexiones dormidas que se desperezan al escribir, como al despertar.

Escribo porque no manejo otro medio mejor para expresar la necesidad de proyectarme. Contar de esta manera mis emociones, sentimientos, creencias y visiones es para mí la mejor terapia para mantenerme en un razonable equilibrio mental frente a un mundo humano que considero muy desequilibrado. Trato de hacer volar una cometa que sigue atada a la tierra. Tal vez, escribo animado por el anhelo de pervivir en el tiempo.

Utilizo la escritura como ventana abierta a la antropología de la vida cotidiana. Y la antropología no ha dejado de ser una forma de mirar y describir al otro. Miradas cómplices, miradas de afecto, miradas críticas, miradas éticas, miradas estéticas, miradas de encuentros. Y ya sabemos que donde ponemos nuestra mirada, ponemos nuestra mente y nuestro corazón.

Escribir es para mí un juego de encuentros de personajes, escenarios y palabras escondidas. Palabras como trajes que constriñen y que no siempre dan la talla para ajustarse a lo que quiero contar.

Quien escribe suele utilizar personajes y escenarios de

ficción para contar sus interpretaciones de hechos, sucesos, creencias, ideas, reflexiones o sueños cargados de luces y sombras, que han dejado huellas en la memoria. Pero, aunque estos personajes y escenarios se presentan como *ficticios*, en realidad son siempre parte del escritor. No creo que en esto yo sea diferente

He seleccionado algunos de los relatos que he escrito principalmente durante los tres últimos cursos, para incorporarlos a esta obra colectiva. Es mi modesta contribución a este libro, realizado en el Taller de Narrativa del Centro de Poesía José Hierro, en Getafe, dirigido por la escritora Cristina Sánchez-Andrade.

Agradezco profundamente aquí la dirección de Cristina, sus correcciones y los comentarios y críticas que, con el mayor afecto, nos hacemos entre todos los compañeros con el fin de mejorar nuestros respectivos escritos. Es nuestro principal método de aprendizaje, junto a las lecturas de consagrados escritores.

Estoy muy agradecido igualmente a la editora Mariángeles Fernández Martín, que además de impartirnos — con su extenso conocimiento— clases magistrales sobre Cortázar y otros escritores latinoamericanos, a mí al menos, también me ha enseñado, con la edición de este libro, lo difícil que es el trabajo de editar.

Muchas gracias a todos y a esta Fundación que lleva fomentando el amor a la literatura, durante más de quince años.

Rafael Montes de la Corte

Adivinanza ¿De qué estoy hablando?

La tengo en la mano. La palpo, la miro, la huelo, trato de oír si suena, me la llevo a la boca para saber a qué sabe y, como un bebé que empieza a conocer el mundo, atiendo a mis sentidos a descubrir adónde me lleva. Y, de repente, me veo pastorcito con un rebaño de ovejas en el monte. Y en otros momentos, metido en la cama —recuerdos de antaño— calentito, entre el colchón relleno de rizos rubios y la manta zamorana. Y a mi madre. Veo a mi madre tejiendo, apenas sin luz.

Esta que tengo en mis manos no me sabe a campo, ni a cordero, ni a besos de mamá. Esta me huele a sudor de esclavos —obreros, en las fábricas de Oriente—. Me sabe al agrio y pegajoso chapapote del crudo en la costa de Galicia o en el Golfo de Guinea. Me suena a explosiones de bombas en los campos petrolíferos de Irak. Esta es de color oscuro, como el mar profundo donde reposan miles de refugiados, como el origen del dinero escondido en paraísos fiscales.

¡Te lo aseguro, hermano! Esta no tiene ni el color, ni el sabor, ni el olor, ni el tacto suave y cálido como las de antes.

Carta a una niña que acaba de nacer

Mi querida niña:

Aquí me encuentro en Innsbruck (Austria) reunido con gente muy sesuda en el Congreso de Antropólogos, cerrando conclusiones sobre preguntas que el *homo sapiens* siempre se ha planteado: ¿*Qué soy?*, ¿*Por qué*

estoy aquí?, ¿Qué mensajes me sacan de mi zona comfortable?, ¿Cuál es mi misión en la vida?

Acabo de recibir por wasap tu primera foto. Eres tan linda como yo esperaba. Has adelantado unos días tu nacimiento, y mi deseo era acompañarte desde el primer momento en la anhelada espera de tu llegada. Pero tus prisas por salir al mundo lo han impedido. Estoy deseando acurrirte en mis brazos junto a mi pecho y besarte tiernamente y se me harán muy largos los tres días que nos quedan hasta la clausura.

Si me miraras desde la Luna, entre los más de siete mil millones que pueblan la Tierra, verías que ni siquiera soy una mota de polvo. Aunque, en realidad, somos arena de las galaxias, polvo vivo de estrellas. Pero como estás dentro de mi mente, te darás cuenta que simplemente soy un ser en transformación, siempre en proceso de construcción. Tú, en cambio, me dirás de ti —con razón— que estás como la Luna, en fase de crecimiento, que ya ha empezado en ti el desarrollo de la bella mujer que serás, en todos los aspectos.

La vida acaba de añadirme un año más a los muchos que ya he vivido. Y ésta me ha construido, sobre los cimientos de mi herencia genética, con los ladrillos que encontró a mi alrededor: circunstancias familiares, sociales, geográficas e históricas; lo que aprendí de mis profesores, lo que extraje de los libros; lo que recibí —bueno o malo, verdad o falso— de mi experiencia vital en el encuentro con los otros.

Creo que *la vida* (con mayúsculas) es el anhelo de la materia para hacerse consciente de su propia existencia. La mía individual es solo un producto del azar. La ruleta caprichosa me concedió la gracia de ser consciente de ello. Como ahora has sido tú la agraciada.

Has llegado a un mundo híper comunicado por grandes

redes sociales. Y a través de ellas me llegan y te llegarán innumerables mensajes que intranquilizan a cualquiera y nos sacan de nuestra zona de serenidad: verdades a medias, información manipulada, ideologías peligrosas, conflictos regionales, tremendas desigualdades, noticias trágicas de sucesos, pandemias y guerras, de innumerables víctimas inocentes; graves injusticias de lugares donde hay sufrimiento humano o los tremendos daños infringidos a la naturaleza. Esta cantidad infinita de información/desinformación nos confunde la mente y nos paraliza en la acción, ante la imposibilidad de atender a todo lo que nos amenaza.

Procura ser selectiva: que no penetren en tu espíritu el miedo, el odio o la inseguridad que los poderosos intentan sembrar y casi siempre lo consiguen.

Siento que mi misión primaria como ser vivo es la de vivir, para cuidar y transmitir la vida. Y esta misión creo haberla cumplido en ti, a través de tus padres pero, como humano, me siento comprometido a facilitar la existencia amable de todos los seres vivos. Y porque somos *homo sapiens*, también me implico responsablemente en usar la inteligencia, con mi modestísima aportación, para cuidar la vida de todos los demás seres que pueblan esta nave sideral llamada Tierra.

Hace mucho tiempo que dejé de creer en verdades absolutas, pero tú serás siempre mi verdad.

Tú eres el mejor regalo que he recibido en mi cumpleaños. Yo te correspondo con mis palabras y mi inmenso cariño. Confío en que pronto me comprenderás y compartirás conmigo todo o parte de lo que ahora te digo... Y, si no, al menos espero que este obsequio de bienvenida te sirva para recordar a tu abuelo, cuando el día menos esperado solo sea polvo inanimado.

Entonces, seré polvo, mas polvo enamorado. Enamorado de ti, ¡vida mía!... ¡Enamorado de la niña que acaba de nacer!

Don Jaime el médico

Aunque mis padres me pusieron el nombre de Jaime, como mi abuelo, costumbre en Valencia, donde nació, aquí en este pueblo todo el mundo me llama don Jaime.

Desde hacía unos cuatro años yo conocía bien a estos padres que me habían traído al pequeño. Gente humilde pero honrada y agradecida. Desgraciadamente, no pude salvar a su otro hijo jovencito, cuando me lo trajeron a la consulta. Aún no disponíamos de antibióticos en este país. Hice lo posible para bajarle la fiebre con paños fríos y así estuvimos durante un par de semanas, pero su cuerpo no pudo superar la grave infección. Todavía estaban muy dolidos con la trágica pérdida de un hijo, pero nunca me reprocharon nada. Ellos sabían que de mí no dependió. Por eso, de nuevo confiaron en mí.

En la segunda ocasión, ya la ciencia médica había dado un paso de gigante y nadie me habría perdonado, ni yo mismo, que no salvara al pequeño que en aquel momento me trajeron.

Afortunadamente, el descubrimiento del antibiótico del Dr. Fleming y su efectiva aplicación ya había empezado a curar a muchos soldados que traían heridos de las trincheras de Europa, y me dije a mí mismo: ¿por qué no serviría para salvar aquella vida inocente? Yo no tenía medios

legales para obtener el medicamento, pero les dije cómo conseguirlo.

Esta vez tuvimos la suerte de acertar con el diagnóstico y de que funcionara la prescripción. Lo demás lo hizo la naturaleza y el cuidado de sus padres, que pasaban por mi consulta cada dos semanas para la revisión. Lo traían y lo llevaban en peso, andando desde su casa —casi siempre la madre sola— desde tres kilómetros de distancia, y se gastaron en el tratamiento lo poco que tenían.

Nunca me discutieron el pago de mi trabajo. Y, además, después de la curación del niño, de vez en cuando, me mandaban como regalo los mejores pescados frescos de la Bahía.

Eutanasia entre triángulos

Él lo sabía. Sabía que yo era su mejor amigo y que Cristina, su mujer, fue siempre mi amor secreto. Nos fuimos uniendo durante el sexto curso de bachillerato. La muerte a mitad del segundo trimestre del padre de ella, en extrañas circunstancias, produjo una complicidad de afectos entre todos los de la clase del Sexto A. Ella también se daba cuenta de mis sentimientos, por muchos detalles, aunque yo nunca dijera nada.

Y aunque la seguía queriendo en la distancia —y ella lo sabía— se casó en el pueblo con mi mejor amigo. No porque no me quisiera, sino porque nos quería a los dos y a él lo tenía más a mano (yo estaba en el extranjero, y ella era pragmática).

Ahora él me ha pedido que narre su final —que será otro principio.

Cristina se viene a mi casa, con mi familia. Como él me había hecho prometer. Formaremos otro triángulo de afectos.

La nevera y el corazón del ministro Bruno

Mi jefe, el teniente coronel Grubitz, me ordenó que investigara al dramaturgo Georg Dreyman y a su novia, la actriz Christa-Maria Sieland, según decía, porque había recibido sospechas de que el escritor recibía prensa y libros occidentales y tenía contactos con periodistas del otro lado del Muro.

Enseguida nos pusimos a trabajar y llenamos de micrófonos ocultos la casa del escritor. Y durante dos semanas estuvimos escuchando y grabando todos los sonidos y ruidos que se producían en la vivienda, durante las veinticuatro horas del día.

En ese tiempo, no encontré nada sospechoso para imputar a Dreyman y me intrigó saber si el trabajo que me encomendaron podría tener un trasfondo oculto, cuando me enteré que el ministro de cultura, Bruno Hempf, estaba muy interesado en tener relaciones con la actriz Christa-Maria. Por eso, se me ocurrió averiguar si ambos hechos podían tener alguna vinculación, y dejé en manos del sargento la tarea de seguir la vigilancia de la casa de Dreyman, para averiguar por mi cuenta con quién compartía el ministro su apartamento.

En principio, todo lo que había a la vista en el apartamento del ministro me pareció normal, teniendo en cuenta la función de picadero que tenía: La cama deshecha, bo-

tellas de vino vacías por el suelo y ropa interior de mujer colgada en el radiador del baño. Hasta que se me ocurrió abrir la nevera. Allí tenía champán francés del más caro, botes de caviar ruso, botellas de coca-cola y, abajo, en el sitio de las verduras, un montón de revistas y cintas de películas pornográficas norteamericanas. En un lateral, junto a la mantequilla, había unos sobrecitos transparentes que parecían de sal, pero resultó ser cocaína. En el estante superior, un bote grande de cristal oscuro etiquetado con una marca de mermelada inglesa. Me contuve un grito de sorpresa al ver que, en vez de mermelada, estaba lleno de billetes de mil dólares enrollados. El resto del frigo eran cosas normales: un plato con salchichas frescas, un bote de leche abierto, queso fresco, algunas cervezas, yogures, huevos y agua.

Aquella visión me mostró la corrupción del poder y la mayor traición al ideal socialista. Y pensé:

No sé por qué lo que hay en la nevera suele ser un reflejo de lo peor y lo mejor que se esconde en el corazón humano.

Mis famosas amigas

Tengo unas amigas con las que me encuentro con mucha frecuencia. Ellas prefieren que nos veamos los días calentitos y soleados, pero a mí me gusta encontrarlas en todo tiempo. Tienen tal confianza conmigo que vienen a mi casa cuando les apetece, sin avisar, aunque yo procuro cerrarles parte de mis aposentos, donde no quiero que entren y curioseen, porque cuando las invito a salir, se ponen muy revoltosas.

Las flores les encantan. Por eso, cuando el tiempo lo permite, y como me gusta complacerlas, las invito a merendar en mi jardín, a cielo abierto.

No me dicen su secreto para estar siempre tan guapas. No podría decir si son morenas o rubias, porque van muy bien peinadas con su pelo a mechas. El caso es que para mí, son muy atractivas, y aunque a nivel individual somos muy libres e independientes, entre nosotros hay mucha solidaridad y respeto. Alguna vez traté de gastarle una broma pesada a una que me estaba molestando un poco y... ¡ajo! todas se pusieron furiosas y me sacaron los trapos a relucir con su lengua bien afilada.

Sin embargo, últimamente algunas se están poniendo algo achacosas, como si estuvieran enfermas, y no saben cómo decírmelo. Se discute si será por la edad o por los males de la civilización. Pero, en realidad, no son viejas. Yo las conozco desde niño y siempre las veo igual... ¡No! ¡No creo que sea por la edad! ¡Tantos años no tienen!

De hecho, estas amigas en concreto, son más jóvenes que yo. El caso de estas amigas ha llamado la atención de científicos, porque, ciertamente, no es un caso normal. Achacan sus dolencias a contaminaciones químicas. Algunas empresas —por ignorancia o por puro egoísmo— emponzoñan el ambiente natural. La ciencia médica no termina de explicarse el motivo de tantas enfermedades raras que están apareciendo y algunas de las causas parece ser el humo de los coches, los pesticidas en la industria agroalimentaria, y no se sabe cuántos contaminantes más. La verdad es que esos venenos afectan de alguna forma a todos los seres vivos y dañan la salud de todos.

Pero dejando a un lado estos problemas producidos por la modernidad, quiero y admiro a mis amigas por muchas

cosas: Son sociables y trabajadoras como las que más. Y yo, que las conozco, puedo afirmar que saben vivir muy bien. Han encontrado en su vida lo que todo el mundo querría: disfrutar mientras trabaja (¡y no me refiero al oficio más antiguo del mundo!).

Y mirad si son hermosas y, al mismo tiempo, valiosas que un poeta español muy famoso les dedicó este poema:

*[...] Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel...*

Moscardas

Las moscardas deben de tener buen gusto y se preocupan de que su descendencia también tenga un futuro asegurado. Eso es lo que se me vino a la memoria cuando leí aquella carta secreta.

Las moscardas eligen las manzanas más sanas, más dulces y más maduras para poner sus huevos fecundados. Cuando la temperatura del verano los haga eclosionar, las larvas se dan un buen festín y engordan lo suficiente para seguir multiplicándose, asegurando la continuación de su especie.

Cuando fallecieron mis padres, me tuve que encargar

de gestionar su herencia, ya que entre mis hermanos era el hijo que vivía más cerca de ellos y, tal vez por eso, el que estaba más pendiente de sus cuidados.

El hermoso piso que había sido su hogar durante los treinta últimos años, ahora habría que venderlo para repartir la herencia. Llamé a la ONG Remar para que se llevara los muebles que no le interesaban a nadie. Y antes de que vinieran a la recogida, registré los rincones por si acaso hubiera quedado escondido algo de interés.

En el fondo de la mesita de noche de papá, debajo del último cajón, encontré una carta en un sobre blanco, amarilleado por el tiempo. Era una carta dirigida a mi padre cuando todavía era ministro de Fomento.

No puedo revelar ciertos detalles de su contenido, para preservar el buen nombre de personas y empresas pero, en esencia, decía que el gerente de una importante sociedad anónima inmobiliaria le había hecho un buen regalo a mi familia —la del ministro—, por hacerle el gran favor de salvar su empresa de la quiebra.

“[...] —No se preocupe, Sr. Ministro— decía la carta. No existe posibilidad de que su reputación, ni la de su familia, se vea comprometida. Vd. sólo me tiene que proporcionar los nombres, apellidos y DNI de sus herederos, y nosotros vamos a registrar para ellos una cuenta numerada y opaca en un banco de un paraíso fiscal, en donde depositaremos doscientas mil acciones de la Empresa S.A., y ya les informaremos de las claves que necesitarán para que sea seguro y eficaz todo el proceso. Cuando toque repartir su herencia —que quiera Dios que hayan pasado muchos años— sus herederos recibirán el valor que tengan las acciones en ese momento. No tendrán ningún problema fiscal ni sanción alguna. Porque Vd. seguramente sabe que

las herencias y las amnistías fiscales lavan todo rastro de procedencia del dinero y de los bienes del cesante...”

En ese último párrafo entendí cómo la mayoría de los monarcas y mandatarios del mundo pueden heredar las grandes fortunas sin sufrir sanciones ni apenas tener que pagar impuestos de sucesiones o de patrimonio.

Casi me da un infarto. Allí solo, en casa de mis padres. Gracias a que la cama estaba allí todavía me salvó de desplomarme en el suelo. Un ahogo se apoderó de mi garganta y traté de respirar despacio, varias veces seguidas, con inspiraciones profundas, y busqué nervioso en mis bolsillos un pañuelo para secarme las gotas del sudor frío que me brotó por toda la cabeza.

El método de hacer ese tipo de “donaciones” me pareció mucho mejor que dejar un maletín con un millón de euros en un altillo, presuntamente olvidado.

Y me acordé mucho de mi padre y de la Empresa S.A., y de todos los magnates del mundo que se quedan con las riquezas de sus países para mantener el nivel de la casta y de su propia estirpe.

Se llama Lola

Lola es elegante, bella, pulcra y coqueta. Tiene unos ojos verdes, tirando a uva madura moscatel, que son la admiración y envidia del barrio.

Me permite entrar y salir de su casa cuando quiera, — de hecho, soy yo quien suelo llevar las llaves—, aunque ella prefiere tenerme siempre a su lado. Tenemos un pacto: Aunque nos queremos mucho, nos hemos concedido per-

miso para que cada uno salga cuándo quiera y con quién le apetezca. Entre nosotros hay total respeto y plena confianza. (En casa no existe el terrible problema de los celos que tanto daño produce en las parejas). Aunque confieso que a mí no me gusta que salga sola, y mucho menos de noche, y sé también —por la cara que pone— que tampoco a ella le gusta que yo salga dejándola en casa.

Cuando está sola en casa, come cuando le apetece, según tengo entendido, pero si estamos los dos, le gusta siempre que le acompañe cuando quiere picar algo. Pero casi nunca nos apetece a los dos lo mismo. En la gastronomía tenemos gustos muy diferentes: a ella le va más la carne y el pescado, yo, en cambio, prefiero verduras y frutas.

Ella se suele despertar muy temprano, sobre todo en verano, y le gusta salir al patio a respirar el aire fresco de la mañana y estirar un poco las piernas. Pero antes de salir viene a mi cama, me hace cosquillas con sus caricias y me pide que la acompañe a la puerta. A mí me molesta un poco que venga a despertarme, pero se me pasa pronto el enfado porque entiendo que todo el mundo tiene sus necesidades. ¡Y la veo siempre tan hermosa, incluso acabada de levantar! Pero ella no comprende que yo también tengo las mías y ¡claro! me molesta que no respete mi descanso, especialmente cuando no he dormido lo suficiente.

Sin embargo, por la noche, le gusta acostarse pronto —porque es muy dormilona— y viene a meterse en mi cama para estar calentita pegada a mí.

Respecto al trato con los animales también somos muy distintos: A mí me encanta mi perro mascota, pero ella considera que los perros son guarros y, además —no sé por qué les tiene pánico.

Con la gente que no conoce es muy arisca y en cambio es pura dulzura con sus amigos. Cuando me visita alguien que ella no conoce, la presento, y ella no suele decir nada, como mucho se queda quieta y mira recelosa de arriba a abajo a la persona desconocida, y la visitante sonrío y dice: — ¡Qué gato más bonito! — Y yo suelo corregir: — ¡Es gata! ¡Se llama Lola!

Sincronizaciones

Era una tarde de otoño, fresco y soleado. Entré en la sala de estar para dejar el libro que había terminado para salir después a arreglar un poco el jardín, y allí me encontré con Ana, sentada en el sofá, hojeando las fotos de un álbum.

— ¡Hola hija! ¿De quién son esas fotos? —le pregunté.

— De los abuelos, papá, y de tu familia —me respondió.

Me sentí tentado a descubrir la mirada de la niña, interesada por conocer a sus ancestros, y me senté junto a ella, a ver si mi memoria era capaz de recorrer el rastro de grises amarillentos sobre aquellos trozos rectangulares de papel que un día la luz había dejado su huella, hacía tiempo.

Entre las fotos, estaba la imagen de mi madre con mis tías y unas vecinas. Las recuerdo una noche de invierno, reunidas alrededor de la mesa camilla del comedor, con el brasero de picón encendido debajo de la mesa. Se estaban contando historias y leyendas. Me impresionó para siempre lo que dijo María, la vecina, mientras yo entraba: “Los espíritus de los seres queridos que se fueron, a veces vuelven en forma de insectos voladores para decirnos algo im-

portante. Un moscardón, una mariposa o una abeja puede ser el medio en que trae su mensaje”

En otra de las fotos estaba yo con mi padre, que me tenía cogida la mano en la entrada de la feria.

—¡Uy! ¡Ana, te dejo! ¡Se me olvidaba que tengo que arreglar un poco el jardín!

Y cuando estaba en el patio podando la parra, un abejorro grande, negro azabache y alas de cristal ahumado, vino de repente a dar vueltas alrededor de mi cabeza. Y, al pegarse a mis oídos su zumbido grave de chelo, me pareció oír la voz de mi padre que decía:

—¡Hijo, estoy aquí, contigo!

Un escalofrío recorrió mi piel, de la cabeza a los pies, y al volverme para verlo, salió volando como un rayo y sus alas de cristal brillaron con los colores del arcoíris.

Starsky y yo

Estaba en el aeropuerto de Tel-Aviv en la terminal del vuelo que tenía que salir hacia Madrid en unos cuarenta minutos, cuando, para entretenerme durante la espera, me puse a distraerme mirando a la gente que me rodeaba, presuntamente, los que iban a ser compañeros de vuelo.

Entre la mayoría de las personas con rasgos semitas, un señor alto con pinta de irlandés atrajo mi atención. Iba vestido con clase, pero con ropa informal. Tendría una edad similar a la mía, de piel rosada, pelo cano y con grandes entradas, con barba no muy larga y gris, con vestigios de haber sido pelirrojo. Y, de repente, —no sé por qué— me

vino a la memoria un compañero estudiante que tuvimos en la escuela de ingeniería, que le llamábamos Starsky, por el gran parecido que tenía con uno de los personajes televisivos de entonces, de la teleserie Starsky y Hutch.

Mientras Starsky hablaba con otras personas, se oyó por la megafonía llamar a un señor con apellido español:

—Mr. Molina, please, go through the VIP room as soon as posible— (Sr. Molina, pásese, por favor, lo antes que pueda por la sala VIP).

En ese momento, Starsky hizo un gesto de atención y se disculpó de sus contertulios y salió con pasos rápidos hacia la sala VIP.

No me acordaba de su apellido, pero al oírlo, me confirmó casi con toda seguridad que se trataba de mi antiguo compañero Starsky.

Cuando regresó casi corriendo, un poco agobiado, ya estábamos formando la cola para el embarque, y no pude resistir la tentación de dirigirme a él, presentarme y preguntarle si, efectivamente, había estudiado ingeniería en la Universidad de Leeds, unos treinta años atrás.

En el avión, tuve la suerte de que una señora, entrada en carnes y en años, que viajaba sola, accediera a cambiarme mi asiento por el que ocupaba contiguo al de Starsky para poder continuar intercambiando con mi colega las principales vivencias profesionales por las que habíamos pasado desde que dejamos de vernos después de la graduación.

—Mi vida laboral empieza con la concesión de una beca, —inició con cierto orgullo su relato— para trabajar en Suiza en un proyecto del CERN. Fui contratado en principio por dos años y pasé allí quince. Me doctoré en partículas subatómicas, y compartí la investigación con la docencia.

Durante estos últimos años voy recorriendo gran parte del mundo invitado por universidades e instituciones científicas para dar conferencias sobre mi especialidad. Precisamente, acabo de pasar esta semana aquí en la Universidad de Tel-Aviv, y ahora voy a Madrid a pasar unos días con mi familia.

Mientras lo escuchaba, me venían sentimientos encontrados entre la admiración y la envidia. Mi compañero, el doctor Molina, había triunfado profesionalmente y, al parecer, también en su vida familiar y social. Y lamento confesar que empecé a sentir vergüenza anticipada pensando en lo que yo podría contarle.

—Yo reconozco que nunca se me dieron bien los cálculos técnicos— le dije, buscando las palabras justas—, y en cambio me siento muy cómodo en el campo comercial, así que, el primer trabajo que me salió fue en el País Vasco, de técnico comercial en una mediana empresa que fabricaba piezas para la industria metalúrgica. Me fue tan bien que en tres años ya era Director de Ventas. No tardó mucho, cuando una fábrica de armas de la que éramos proveedores, me fichara como Director Comercial y empecé a tener magníficas relaciones con el Ministro de Defensa y altos cargos militares de todos los ejércitos españoles. Con la entrada de España en la Unión Europea, mi compañía se privatizó y aunque manteníamos como principal cliente el Ministerio de Defensa, nos abrimos a todos los mercados que teníamos autorizados y he vendido armas a millones, principalmente a países latinoamericanos, de África y de Oriente Medio. Actualmente llevo mi propio negocio, soy *freelance* ¡oye! Este negocio es legal en las relaciones internacionales, y estoy autorizado a comerciar con armas de cualquier fabricante del mundo y a venderlas a cualquiera

que me las pague bien, —le mentí— siempre y cuando los compradores no estén bloqueados por los organismos internacionales. Precisamente, ahora he venido a Israel para pedirle un importante encargo. Puede que sea mi último trabajo.

Starsky me escuchaba atentamente con cara de asombro y ganas de preguntarme detalles que, obviamente, sabía que yo no podía desvelarle, y se contuvo con gesto serio y mirada penetrante. Solo, al terminar yo de presumir con mi currículum, me dejó perplejo y pensativo cuando sentenció:

—Estimado compañero: Yo he tenido la suerte de haber recorrido una vida satisfactoria y de prestigio profesional. Vivo económicamente bien, pero sin excesos, y tengo mi conciencia en paz por haber contribuido en algo al conocimiento de mi especialidad, haber aportado mi granito de arena a la ciencia y, pienso que de esa manera, he mejorado un poquito el mundo. Por lo que te he oído, tú te has hecho rico con el sufrimiento y la muerte de mucha gente. Pero te confieso con sinceridad que ni te envidio ni te culpo de nada. La vida es una cuestión de azares consecutivos y todos somos causa y efecto; todos somos hijos de nuestra propia historia, desde antes de nacer, desde nuestra herencia genética. ¡Allá quedes tú con tu conciencia!

..... **Mi primer día de cole**

Mañana me lleva al colegio mi hermano mayor. Es mi primer día de colegio. Yo acabo de cumplir seis años. ¡Lo estoy deseando!

Ya tengo preparada mi cartera, con un estuche, una cartilla para aprender a leer, una libreta para escribir y dibujar, un lápiz nuevo, un sacapuntas y una goma de borrar, un plumín, para escribir con tinta, —cuando lo diga el maestro— y una caja de lápices de colores Alpino.

Mis papás no pueden acompañarme porque tienen que ir a trabajar. Se levantan muy temprano. No les veo salir de casa casi nunca cuando se van al trabajo por la mañana.

Mi hermano Juan es muy mayor. Me ha dicho que es el último curso que iré al cole, pero en este mi primer año me acompañará, me enseñará a dibujar y me presentará al maestro.

Me ha dicho que el maestro me preguntará cómo me llamo y yo le contestaré, con mucho respeto, como mi papá me ha enseñado:

“Me llamo Rafael, ¡don Ángel!, para servirle a Dios y a usted”.

..... **Mi primer recuerdo**

Tení a yo entonces entre cuatro y cinco años. Ya nos habíamos mudado de la playa, donde nací, a una barriada más cercana al centro del pueblo. En esta nueva casa nació mi siguiente hermano, al que le llevaba dos años. Jugando o peleando con él —ya no lo recuerdo, ni importa saberlo— me empujó, y me fui a caer sobre el quicio de la puerta de la habitación, y me golpeé en la cadera con la bisagra más baja del cerco. Me levantaron del suelo los mayores y pronto lo olvidamos todos.

No sé cuánto tiempo transcurrió después de aquel in-

cidente, pero no fue mucho. Quizá unas semanas, cuando me puse malito con fiebre. Mis padres me llevaron al pediatra, que entonces no se llamaba así, sino médico de niños, y éste les dijo que era un absceso o tumor lo que yo tenía, seguramente, consecuencia de aquel golpe que recibí en la caída.

Todavía no había llegado la penicilina a España o, por lo menos a mi pueblo, y el médico decía que era lo único que podía salvarme. Pero, por suerte, mis padres se enteraron de que ya se vendía sin receta en Gibraltar y era posible obtenerla de estraperlo. Teníamos un vecino que trabajaba en la colonia británica — como muchos de nuestros paisanos — que iba y venía al Peñón todos los días de la semana, y mis padres le encargaron que les trajera el deseado medicamento, siempre, claro está, dándole un beneficio por el transporte y el favor.

El medicamento venía en frasquitos de cristal precintado con una lámina circular de aluminio que rodeaba el tapón de goma blanda, y que permitía dejar un círculo en el centro del tapón sin cubrir de aluminio, para poder pinchar a través de la goma la aguja de la inyección. A través del cristal transparente se podía ver el polvo blanco — como azúcar molida — que formaba la substancia activa del antibiótico. El tarro venía lleno por la mitad — más o menos — y la parte vacía servía para rellenarlo de suero fisiológico, que se mezclaba con el principio activo al agitar con fuerza unos segundos, para que se disolviera bien sin grumos. La mezcla completa se extraía con la jeringuilla, que se había esterilizado previamente, calentando agua hasta su ebullición, en un pequeño hornillo de metal cromado, calentado con la llama azul del alcohol. Y, a continuación, el miedo al pinchazo se apoderaba de mí por el daño que me hacía

al sentirla clavada en algún punto del trasero.

Tardó tiempo pero, después de unos meses, mereció la pena los muchos pinchazos que me dieron en los cachetes del culo. Y, gracias a eso, hoy os puedo contar este recuerdo de mi infancia, que nunca olvidaré.

Padilla, el ladrón

Aquella tarde de lunes de invierno se encaminó Padilla hacia la céntrica cafetería para darle la clase de escritura al único alumno que tenía ya. Solo le quedaba en los bolsillos algo de calderilla, insuficiente para subsistir el resto de la semana.

Estaba harto de aquel eterno aprendiz de narrador de cartas, pero Padilla no podía renunciar a la aportación por este trabajo, que le ayudaba a compensar su reducida pensión de invalidez, aunque le pagara siempre con mucho retraso.

Cinco años atrás, un día regresaba del Liceo Francés, donde trabajaba de profesor de lengua española, y un vecino reciente de su calle, desconocido para él, se presentó en su casa para pedirle que le enseñara a escribir en español una carta. Le dijo que estaba dispuesto a pagarle por sus clases lo que pidiera.

Este individuo era oriundo de la Guayana francesa y vino a España a resolver unos asuntos que nunca aclaró lo suficiente. Padilla no vio ningún problema en ello, porque le sobraba tiempo, recibiría un complemento a sus ingresos y además le podía servir de compañía en su tediosa soledad. Quedaron en verse cada quince días durante los

cuales el alumno trabajaba la sintaxis, las conjugaciones verbales y las normas tradicionales de la cortesía epistolar.

Después de esos años, Monsieur Pierre, que así se llamaba, redactaba mejor que su maestro, pero parecía haber olvidado por completo el objeto que quería contar en aquella misteriosa carta y que le debía a su maestro una suma importante de dinero. Así que seguían con sus clases, buscando en los entresijos de su alma sentimientos y sucesos dignos de ser narrados, y reconstruían recuerdos con la intención de identificar a la persona que le había llevado a emprender semejante empresa.

Hacía más de dos años que el tipo no le pagaba y Padilla no entendía, o no quería entender, por qué seguían viéndose cada dos semanas, a la hora de merendar, en la cafetería de siempre.

¿Se habían hecho, quizás, amigos? ¡No! Padilla no hacía amistades con nadie ni nunca tuvo amores.

El compañero que estudió el bachillerato con él, con el que compartía pupitre, que con frecuencia estaban juntos en los recreos y que fue lo más cercano a lo que puede llamarse amigo, hacía años que emigró a Australia y después no se interesó jamás por saber algo de él.

La única mujer que se acercó a su vida con intención amorosa, lo abandonó poco después de conocerlo. Al parecer, sin sufrimiento por su parte.

Cuando alguien se acercaba a Padilla encontraba a una persona aparentemente amorfa, de las que se suele decir que ni siente ni padece. Pero eso era la máscara que quería mostrar a la gente para que no se compadeciera nadie de su sufrimiento interior.

Desde temprana edad, la vida le había creado esa capa

de dureza que le servía para esconder todos sus complejos, sus múltiples manías, sus extrañas creencias. Pero tal vez por compensación de la naturaleza humana, había encontrado un delicado equilibrio entre el abismo que le tentaba sin cesar y su instinto de sobrevivir.

Compartía una oscura habitación con otro hombre en una pensión en el barrio de Palomeras Bajas, donde los sábados por la mañana tenía que hacer cola de más de dos horas para ducharse, esperando que las señoritas de la calle, compañeras de hospedaje, terminaran de acicalarse en el único cuarto de baño existente en el pasillo de las habitaciones, dejando en el aire y en el vaho de los espejos una mezcla de olor entre perfume barato y esmalte de uñas.

Al entrar en la cafetería encontró a la gente de costumbre, más unos cuantos sindicalistas en la barra tomando unas cervezas, que por las pegatinas que llevaban puestas y la ropa de faena, parecían que venían de una manifestación en horas de trabajo.

Padilla se sentó en la zona donde solía y esperó diez minutos a su poco estimado alumno, mientras de reojo miraba las páginas del *Marca* que estaba leyendo un jubilado con un café a medio tomar.

Nada más llegar el señor Pierre, se saludaron de rutina y Padilla dio su clase como siempre, entregado a fondo a la lección y cuando terminó, el alumno se marchó rápido alegando algo entre dientes que no se entendió, sin haber pagado siquiera su consumición.

Padilla, que se creía poder aguantarlo todo en esta vida, no sabía por qué le resultaba tan difícil soportar a su descarado alumno y se sintió con él más enfadado que nunca, por dejarle sin dinero y sin pagarle los muchos atrasos de sus clases.

Mientras veía acercarse el camarero, buscaba una excusa que contarle para justificar que le permitiera aplazarle el pago de las consumiciones, cuando en el suelo, medio tapado entre servilletas arrugadas y cáscaras de cacahuets y pipas, vio que había un monedero de señora y, sin dudar, se agachó para cogerlo disimuladamente, alegrándose de aquel golpe de suerte que podía sacarle de una situación tan embarazosa, pensando que, seguramente, la dueña no tardaría en darse cuenta del extravío y volvería a buscarlo.

De repente, oyó gritar desde la puerta del bar: ¡Ladrón!
¡Al ladrón que me ha robado el monedero!

Todos y cada uno del público existente en la cafetería giraron sus cabezas hacia la señora que gritaba y, a continuación, pusieron sus miradas en las manos de Padilla, con el monedero en una de ellas y las rodillas todavía encogidas, como si estuviera levantándose de un reclinatorio.

Se acercaron primero los sindicalistas, el camarero que estaba llegando fue y agarró la mano de Padilla con el monedero, el barman dio un salto por encima de la barra, derecho para sujetar a Padilla por detrás.

Padilla estaba inmóvil, como las figuras de cera en actitud dinámica, pálido como las sábanas de muselina, aturcido por las múltiples voces de la gente que le rodeaba.

El camarero le preguntó a gritos:

—¿Es suyo el monedero?

Él, sin remedio, respondió:

—¡No! ¡Lo estaba recogiendo del suelo!

Pero el ruido circundante le impedía ser oído por mucho que intentaba alzar la voz.

Y él, que presumía de poder aguantarlo todo, porque para él el mundo era indiferente, por primera vez se veía incapaz de soportar las sonrisas del personal, los gritos de la que decía ser la dueña, los intentos de algunos por llamar a la policía, sus propias piernas que se negaban a obedecerle para ponerse derecho.

Ante tanta tensión, sintió que le estaba oprimiendo el pecho, pero en este caso no era la amenaza de un infarto sino un señor grandullón que le empujaba con el codo hacia atrás. Y empezando a recular y recular y ver que la puerta de la cafetería estaba abierta, no se sabe de dónde sacó fuerzas, pero empezó a correr y correr, dándose patadas en el trasero, y subió como un poseso, de dos en dos, de tres en tres, los peldaños de la pensión hasta llegar al cuarto oscuro donde vivía. Ahogándose, apenas sin poder respirar y con la mano derecha agarrotada, mantenía sujeto aquel monedero, como si fuera el único objeto que le daba la libertad, como si fuera el mejor trofeo jamás ganado.

Se dejó desplomar sobre su vencida cama y mientras mojaba la colcha con sus lágrimas, lloraba y reía a la vez. Era difícil discernir si Padilla se reía burlándose del mundo o lloraba porque el mundo se reía de él.

Victoria

Presentación

El deseo de escribir me viene del placer de leer. Tengo sensibilidad para entrar y habitar en las buenas historias. Al acabar muchas de ellas el pensamiento es siempre el mismo: “Yo quiero escribir, tengo ideas y mucho lastre que soltar”, pero el resultado no está en proporción con el deseo porque escribo muy poco, entonces ¿qué pasa?

Me falta valor para mirar sinceramente a esa persona que se refleja en el espejo, demasiadas cargas mentales, me falta coger el lápiz y lanzarme sin miedo, también la imaginación está enjaulada, cuesta trabajo cambiar a un estilo más fresco y fluido y, sobre todo, lo doloroso que me resulta; lo paso fatal hasta que me pongo a ello: tantas vueltas en la cabeza, tanto pensar a todas horas y tanto retrasar el comienzo visible y legible de lo que se ha ido fraguando... Durante el proceso de la escritura y cuando, por fin, termino algo sí que disfruto.

Asisto al taller de narrativa de Cristina Sánchez-Andrade en el Centro de Poesía José Hierro de Getafe para aprender a superar ese miedo del antes de empezar.

Siempre trabajamos teniendo en cuenta una estructura básica del relato y algunos apuntes teóricos elementales pero lo que más me gusta es que es muy práctico, lo principal es leer y escribir con criterio. Lecturas interesantísimas que se destripan y, nuestros escritos que también pasan por lo suyo. Cristina conduce la crítica y, entre todos, rehacemos y revivimos las historias analizando contenidos

y formas, todo ello dentro de un ambiente de cordialidad y compañerismo.

Sólo por el rato de clase ya merece la pena y, si encima, le sacas provecho pues ya ni te digo. Seguiré en el empeño porque inventar historias es una manera de conocer mejor la tuya.

Gracias por todo.

M^a Victoria Martín Carrera

Al compañero implacable

Tiemblo sólo de pensarte.

Vergüenza de creer que te conozco pero sé que estás ahí desde el principio, con el primer llanto, cuando la luz se confunde con la todavía cálida y acogedora oscuridad, es el salto y, entonces retuerces, agitas miembros que buscan algo a lo que asirse, te reencarnas para repetir la historia millones de veces contada.

Olvidamos, a tu pesar, porque la contrapartida es vivir y eso hay que agradeceréte. Después todo es confusión. A veces, te presentas sin llamarte y te digo que es odioso y, en otras ocasiones te traen de la mano y actúas de invitado consciente o no del desastre.

Ambos casos se repiten, por desgracia, con demasiada frecuencia y uno quiere diferenciar, buscar respuestas como la mala suerte, el destino o, simplemente, la maldad pero nos engañamos y volvemos a gritar una y mil veces ¿por qué?

Como hay que buscar una salida tratamos de encontrar algo bueno cuando apareces implacable. Yo no sé si lo hay pero necesito creer que sí, que a pesar de todo, la vida merece la pena y que contra la maldad que te despierta y provoca siempre habrá una palabra, una caricia, una pequeña acción, un intento de lucha que, por lo menos, nos deje la conciencia tranquila.

Impones rabia y mucho miedo pero por más que te temamos y nos repugnes eres inevitable, inherente a nuestra naturaleza y contra ti solo quedan dos salidas: dejarnos vencer o retarte con vivir y salir fortalecidos.

Carta

Estimada Cristina y compañeros/as de clase:

Casi que he dejado los deberes para última hora pero mi cabeza, tan responsable para todo y, desde hace días, ha ido hilando y deshilando cómo explicar aquello de lo que no tengo certidumbre, ya sabéis: quién soy, qué hago en este mundo y qué me mueve.

Sobre la primera cuestión, deciros que a quien puedo ver ahora reflejada en el espejo es una mujer firme en sus convicciones con respecto al mundo que desea, habiendo aprendido a relativizar por el camino y sin la vehemencia ciega de la juventud. También veo una persona de mirada triste que ensaya sonreír y que tiene motivos para hacerlo. Esta mujer ha tardado mucho en entender cuáles son las prioridades, que estás, y enlace con el segundo interrogante, para vivir en un constante dar y recibir a través de las pequeñas cosas de cada día y con aquellas personas que respiran el mismo aire, después a lo sublime y si se puede traducir a actos concretos mejor. Hasta hace muy poco lo entendía al revés.

Por el camino he ido soltando lastre pero primero he tenido que averiguar qué era lo que me oprimía. El exceso de responsabilidad, de búsqueda de perfección, de culpa, tanto pensar, tanto analizar... Todo eso se ha ido disipando y ya, más ligera, he podido abrir el pecho, llenarlo de aire, estirar la columna y levantar la cabeza.

Y ahora que he conseguido estar emocionalmente más tranquila puede que me encuentre en ese estado de confortable sopor en el que podría quedarme a vivir pero tampoco va conmigo y por eso me obligo a estar insatis-

fecha. Esa es la palabra clave: la insatisfacción. Sé que es muy poderosa y siempre ha estado en mí, puede que en alguna etapa me haya causado dolor porque era constante pero ahora que voy logrando controlarla solo la quiero como latiguillo interior que me recuerde la de cosas que se pueden seguir haciendo y que, aunque no vaya a arreglar el mundo merece la pena intentarlo, al menos en esa pequeña parcela vital a la que pertenezco. Coraje y ternura creo que no me faltan.

Quiero acabar diciéndoos que mientras escribía la carta pensaba mucho en nuestra clase, vuestras caras, nuestras opiniones, nuestro espacio lleno de pájaros y un tiempo precioso solo para nosotros y no se me ha ocurrido mejor destinatario que vosotros. Gracias.

La vuelta

Qué a gusto en la cama y con mi Dolores. Le gusta que la llamen Loli pero Dolores le va mucho mejor. Ahora cuando vuelva del baño la abrazaré mientras le digo que estoy muy feliz desde que ha vuelto y ya sé que ella arrepentida de haberse ido porque la verdad es que me quiere y me necesita.

Ha regresado mansa como un corderito y ahora comprende que su vida sólo tiene sentido a mi lado. A punto estuve de avisar a la policía pero, después de haberla visto y oído, todo olvidado, nada que reprochar. La victoria me hace tan dichoso que hasta me arde la cabeza, noto el sudor que me empapa la cara y me gusta, estoy pletórico y creo que emocionado. ¡Qué alegría tenerla otra vez en casa! ¿Dónde habrá estado estas dos semanas? Ya me

lo contará, seguro que sin reproches ni pretensiones, yo guardaré mis exigencias para más adelante.

Pobrecilla, ha venido más delgada y con el pelo más corto, ya no se le nota nada en la cara. Todavía no se atreve a mirarme a los ojos pero su abrazo apretado y las lágrimas que no he visto pero que he sentido me han dado mucha tranquilidad, además de la cena que ha preparado acompañada de ese estupendo tinto que me ha traído, sabe que me gusta el buen vino.

“Cuidado chico con esa respiración, está agitada pero es que también estoy mareado”. ¡Dolores, Dolores! ven que no me encuentro bien, necesito un vaso de agua, pero bueno ¿dónde está esta mujer? ¿Por qué tarda tanto? ¡Oh, no es posible! Está a los pies de la cama, vestida, con ese pelo abundante de fiera salvaje. Se ríe, me habla con la mirada de antes, como antes, pero mucho más intensa, más decidida.

¿Qué es eso que mueve de un lado para otro y resuena en el piso? Puedo ver el bulto rojo brillante que balancea como si jugara. No puedo incorporarme, el cuerpo se resiste pero resuena en mis oídos su voz suave y maliciosa:

— ¡Querido he vuelto y te voy a cuidar tan bien que te sentirás como en la gloria! Además de no sé qué de una buena amiga.

Suelta la maleta ¡es una maleta lo que llevaba! Se sienta, se me acerca y me dice:

— ¡Buen viaje, cariño!

Se me nubla la vista, todo me da vueltas y se vuelve oscuro ¿qué me está pasando? Ni pensar puedo, Loli, Lool.

Los calcetines rojos

Apartó el tedioso trabajo que se traía a casa los fines de semana. Levantó el brazo para coger su preciado “trofeo” y palparlo entre las manos cansadas de teclear. Lo puso allí hace meses, lo coge de vez en cuando, lo mira, lo huele y se vanagloria de tenerlo. Es un sobre blanco corriente, cerrado pero fácil de abrir con cierta maña. Está un poco abultado por el centro porque contiene un par de delicados calcetines rojos, de seda brocada, que le recuerdan vagamente el último encuentro amoroso con aquella compañera de la oficina y el regalo de lo único que vestía cuando hicieron el amor, los calcetines, porque él se lo pidió. Llamarle a eso trofeo le ensanchaba el ego varonil.

—Llévatelos pero ten cuidado porque te pueden causar problemas y a mí no me vengas con líos —dijo ella mientras se los entregaba.

—No te preocupes, salvo tú, nadie sabrá que los tengo —añadió él con cierta amargura porque sabía que aquello había sido otro nada de los últimos tiempos.

Después se despidieron encantados de haberse conocido y sin más problemas lo dejaron. Siguieron viéndose en el trabajo pero nada más.

Pensando en ello y trasteando entre los papeles más escondidos no lo encontró y entró en pánico con ese regusto inconsciente de ¡por fin me pasa algo! Insistió en la búsqueda con más detenimiento pero, nada, no aparecía y, por primera vez en el día pensó en Jimena, su mujer “¿Lo habrá cogido ella? Sabe que no me gusta que ande en mis cosas pero, a veces, lo hace. La verdad es que no he notado

nada, hace ya mucho tiempo que no nos notamos nada". Se extrañó pensándolo porque ella era un apéndice de su vida, necesario pero olvidado.

No fue siempre así. Se casaron muy enamorados hace ya bastantes años, formaron una familia sin hijos, proyectaron ilusiones, había corresponsabilidad, pasión y respeto pero el tiempo, la rutina doméstica y laboral, la progresiva falta de comunicación y también de caricias y, sobre todo, la férrea seguridad de tenerse el uno al otro fueron haciendo mella hasta que la apatía llegó para quedarse en su relación. A partir de entonces la simbiosis fue el motor de su vida en pareja, resultado de un acuerdo sin palabras pero activo con la única condición de libertad y espacio individual.

Aquella noche, como siempre, no pasó nada, un beso, "que duermas bien. Igual tú" y hasta mañana.

El día siguiente era domingo. Gonzalo, que así se llamaba él, durmió mal y se levantó temprano ensayando cómo entraría en el tema de los dichosos calcetines. Preparó el desayuno y para cuando se levantó Jimena ya estaba todo en la mesa.

—¡Qué bien, hoy te has adelantado! —exclamó ella provocadora.

—Sí. —dijo él, pero nada más— porque le clavó los ojos y recibió una imagen de hermosura acrecentada con el tiempo: figura delicada, pelo abundante y brillante, mirada muy viva, gestos suaves y voz segura y potente. Reconoció que estaba muy atractiva, que se mantenía muy bien, mucho mejor que él.

Todo lo vio y lo pensó en un instante, hacía mucho que no la miraba así y sintió lo que se había perdido y que

nada quedaría si ella había descubierto el sobre.

—Anda, siéntate y desayuna —acertó a añadir después de la impresión. Se acercó a la nevera para guardar la leche y también para disimular pero al abrirla no sintió la frialdad del frigorífico.

Ya en la mesa el repiqueteo de las cucharillas sobre las tazas sobrepasaba el murmullo de palabras huecas. Nada de sobre, nada de averiguaciones porque del cuello de Jimena colgaba una delicada gargantilla que sujetaba una pieza de oro con una R inscrita y aquello lo dejó acobardado. No era mujer de adornos y menos a esas horas ¿o sí? No lo sabía. La incertidumbre le jodía pero no se atrevía a preguntar.

Repartieron las tareas domésticas y ante la propuesta de Rodrigo de ir al cine por la tarde ella se negó porque había quedado. No era la primera vez que sucedía pero sí la primera que a él le importó desde hacía mucho tiempo.

Menuda preocupación con los calcetines. No sé si los habrá visto o no pero no creo que le importase lo más mínimo. Y esa R... ¿Qué significará? —pensaba, mientras ordenaba ya despreocupado el escritorio. Al sacar los cajones completamente cayeron al suelo unos papeles que habían quedado atrapados entre ellos. Fue a recogerlos y allí estaba el sobre de las narices. Lo apartó y con él en la mano sólo pensaba ¿a quién se referirá con esa R?

La nevera de Christa-Maria

Se la ha traído de su apartamento de soltera porque es un buen aparato y, ahora, la comparte con Lazlo, su pareja.

Ambos, de común acuerdo, decidieron que Christa se encargase del tema de la comida así que es ella quien mayormente la controla.

No es demasiado grande, lo justo para poder atender los desayunos, siempre en casa, y alguna que otra comida o cena ya que son habituales de los restaurantes.

Tiene dos partes: congelador y refrigerador. En ambas puertas por la parte exterior hay bastantes pines, recuerdos de sus viajes: el puente Karlos de Praga, el Parlamento de Budapest, a orillas del Danubio... y una Torre Eiffel color cobrizo. Algunos sujetan notas que se dejan: "Acuérdate de los limones" "Ya compré la ginebra"...

En el congelador, medio lleno de alimentos naturales y también preparados para una urgencia, lo que más abunda son los cubitos de hielo.

Cuando abre el refrigerador se le escapa una bofetada de frío que le atraviesa la cara, pareciera irritado por lo desocupado que está. Contiene algunas piezas de fruta y dos o tres paquetes de verdura fresca ya troceada, lo necesario para un buen desayuno, agua mineral y, sobre todo, cervezas y botellas de licor que suele tomarse frío, la puerta está llena de ellas.

En la parte inferior, casi escondidas debajo de una bandeja de plástico vacía, hay dos cajas de madera fina, lisa, corriente y de tamaño pequeño, bien cerradas y en las que no pone nada, sin una sola pista de lo que hay en su inte-

rior. No, no, seguro que no las ve —piensa, recordando a Lazlo delante de la nevera con la puerta abierta y mirando al infinito y continúa pero, por si acaso... no quisiera tener que dar explicaciones.

Por si acaso

Cada vez que Cruz se acuerda de lo sucedido aquel día en el parque se echa a reír y con este ánimo se siente acompañada por un ser que se espanta bichos imaginarios. Ahora siente algo, algo parecido a la calma y se ha congraciado, de nuevo, con su nombre. Lo otro ya está asimilado y resuelto.

El nombre lo había heredado de su madre y de su abuela y lo llevaba con normalidad y hasta con cierto orgullo pero después del fatal suceso lo maldijo y lo arrastraba como una pesada losa.

El accidente ocurrió no hace mucho tiempo. Después de innumerables pruebas y continuadas estancias en el hospital se encontró jubilada por incapacidad total para ejercer su trabajo según rezaba en los papeles. Todavía no había cumplido los sesenta años.

“Lo mejor es irme, alejarme de todo y de todos, no quiero esas miradas de compasión, me las arreglaré sola, ahora lo que necesito es estar sola” —se decía mientras pensaba si sería capaz de hacerlo.

Lo hizo. Se cambió de casa, de barrio y hasta de número de teléfono, segura de estar bien lejos e ilocalizable. Su relación con los nuevos vecinos era de apenas un educado “Buenos días, buenas tardes” cuando se cruzaba con al-

guno de ellos pero con el gesto siempre serio. El ser que la acompañaba a todas partes le servía de excusa para no pararse y tener que hablar.

Al cabo de unos meses la deseada rutina ya había entrado en su vida pero no estaba bien aunque quisiera disimularlo. Salía a diario a dar una agradable vuelta hasta un parque cercano, allí disfrutaba pero cuando volvía el reencuentro consigo misma la desazonaba. “No importa, es cuestión de tiempo. Estoy bien y conseguiré estar mejor” se decía una y otra vez para tapar otras voces.

Aquel día salió como siempre acompañada de su fiel Mosca pues no estaba tan sola como pensaba. Mosca era una joven perra pastor alemán de pelaje sedoso color castaño oscuro, andar ágil de suave trote y muy juguetona. La guiaba en sus andaduras fuera de casa porque Cruz se había quedado ciega. Llegó a su vida hacía algunos meses y lo de Mosca era porque tenía la manía de sacudirse las orejas como si tuviera una detrás —le dijeron los de la ONCE cuando les preguntó el porqué de ese nombre. Poco importunó a Cruz ese tic del animal porque, al fin y al cabo, ella no lo veía y al hacerlo ni sonaba, ni olía ni notaba nada especial. Lo principal era que se entendían muy bien y con ella se sentía segura. “No sé qué haría sin ti” —le decía muchas veces mientras la acariciaba.

Aquel día también recorrió el camino habitual: ascensor, portal, calle abajo, semáforo, parada, cruce, giro a la izquierda, un poco de caminata, giro otra vez a la izquierda y, de frente, la entrada al parque. Disfrutó, como siempre, de las fragancias, del frescor después de la lluvia y de su charla con Mosca que, de vez en cuando, emitía un suave ladrido a modo de “Sí, es verdad”.

Cuando llegaron al pequeño estanque, Cruz se sentó en

uno de los bancos de la orilla y Mosca hizo lo propio a sus pies. Ya acomodadas y, como siempre, le soltó la correa para que se sintiera más libre y allí, las dos al sol, se disponían a disfrutar. Era el mejor lugar para dar vuelo a los sentidos: el rumor de los árboles, el suave viento, las fragancias del tomillo y del romero, de las rosas que empezaban a abrirse, el monótono chapoteo de los peces, el delicado deslizarse de los cisnes, el eterno parloteo de las ocas, el ladrido de algún perro lejano, el trino alocado de los pájaros y, apenas, algunas voces, era por la mañana y había poca gente. ¡Tantas cosas agradables! Pero de lo que más disfrutaba era de sentir el sol en la cara, doblaba el cuello mirando para arriba y soltaba “aquí la tienes, toda para ti”. Mosca, mientras tanto, se rascaba las orejas y se mantenía quieta pero alerta a cualquier movimiento o sonido que llegara de alrededor.

No había ocurrido nunca pero ese día el ambiente era tan envolvente con la suave brisa de la mano del cálido sol que se quedó traspuesta, en un duermevela. El pensamiento se le iba yendo hasta casi difuminarse y, cuando le pareció que no había pasado ni un minuto escuchó una chirriante y, a la vez, cavernosa voz que le retumbó por dentro. De forma automática bajó la mano para acariciar a la perra pero no llegó a tocar nada, la perra no estaba. Fue hacia un lado y otro con los brazos pero, de nuevo, la ausencia

—¡Mosca, Mosca! ¿Dónde estás? No me asustes, ven para acá —balbució más que gritó porque la garganta se lo impidió.

Se levantó con la correa en la mano a modo de bastón, anduvo como en volandas hacia el estanque, se agarró a la barandilla sin saber por qué, retrocedió y se tropezó con el

banco. Se sentó desconcertada, trató de calmarse pero no pudo, la situación la dejó paralizada, notaba el sudor que le mojaba la cara y le temblaban las manos, jamás pensó que ocurriría eso aunque podía suceder y sucedió.

“¡Dios, qué voy a hacer!” Ella tan metódica no podía controlar esa situación que debía haber previsto y saber solucionar pero que no atendió como tantas otras cosas. A cambio se dejó atrapar por pensamientos que, atropelladamente, se sucedían como en una película incomprensible donde el tiempo y el espacio se mezclaban. La soledad, ese fatal accidente, por qué la dejó marchar, dónde estaría la perra, como huía la gente de mi cara y de mi lado, no necesito ayuda, seguro que vuelve, ya la huelo, ¿por qué no abrí las ventanas, qué idiota, no es justo...”! Y así hasta que la cabeza se le vació. Se levantó, no sabía el tiempo transcurrido, rodeó el banco por atrás y salió al otro vacío. Notó un suave empujón y las mejillas húmedas pero lo urgente era aguzar los sentidos para distinguir algún sonido humano. Inmóvil esperó pero en vano porque no se escuchaba nada, probó con gritar pidiendo ayuda pero nada, era como si de pronto todo hubiese enmudecido.

Anduvo tambaleante sin saber hacia dónde y agarrándose a todo lo que podía. Estaba realmente asustada porque le parecía estar en un lugar desconocido, todo había cambiado muy deprisa “¡Qué ventazo, huele raro y hace mucho frío, me tenía que haber traído la chaqueta!, ¡qué cruz la mía! ¿Mosca, dónde estás, qué voy a hacer?, ni siquiera me he traído el móvil. Sumida en estos pensamientos echó a correr, tropezó, cayó, se levantó.

Entonces oyó, a lo lejos, los ladridos de un perro. “Mosca, Mosca, estoy aquí”, pero no era ella, era Piti, alguien lejano repetía ese nombre y los ladridos se oían cada vez

más cerca, el perro venía hacia ella así que se dio la vuelta y se tapó la cara. No le dio tiempo a pensar en nada más porque sintió unos lametazos en las piernas y una mano que la agarraba por el hombro derecho. Ella, asustada, se volvió pero no pudo decir nada porque el hombre, —era a voz de hombre—, le espetó de corrido:

—Señora, señora, no se apure que Piti no le hará nada. La he soltado porque no había nadie por aquí y ¡ala! a correr y a ladrar. Perdone si la ha asustado, es un perro muy bueno pero mal educado, hoy hace un día estupendo y aquí... Cruz no le dejó continuar y, todavía temblando y como pudo, le contó lo que le había pasado y que necesitaba ayuda. No recibió contestación porque el hombre se había ido pero, a pesar de eso y de que seguía notando los lametazos, ahora en las manos y en los brazos y que el perro se le echaba casi encima, se sintió aliviada.

—Señora, señora, cuidado que le va hacer daño ¿pasa algo con el perro? —le dijo una voz, esta vez, clara y contundente.

Abrió los ojos y, como si lo viera, apareció ante ella el parque en todo su esplendor. Dirigió la cabeza hacia el lugar de donde provenía la voz y le dijo sonriendo, apartando a la perra con cuidado:

—No, no pasa nada, es que es muy juguetona y se pone pesada. Gracias, gracias, todo está bien.

Ató a Mosca que ya se había tranquilizado, sólo la perra sabía bien por qué. Sujetó la correa con fuerza y echaron a andar hacia la salida.

—Mosca, esta tarde vamos a organizar tranquilamente un plan de acción por si acaso alguna vez te pierdes. Yo sé que me cuidas muy bien pero podría ocurrir algo impre-

visto. Además voy a empezar a arreglar cosas que tengo pendientes desde hace mucho ¿te parece? —iba diciendo mientras el animal, esta vez sí, espantaba una mosca zumbona que no la dejaba tranquila.

La primera comunión

¡Qué bien! Me van a hacer una foto con Carmencita, una compañera del cole. Es el día de nuestra primera comunión y las dos vamos muy guapas, parecemos novias.

Llevamos un vestido igual, nos lo ha hecho mi tía Remedios que sabe coser. Es muy blanco y cuando andas hace crac, crac, la tela brilla cuando le da el sol y hoy hace mucho sol. Ayer fui a la peluquería por primera vez y estuve un buen rato, allí olía a eso que te echan para que no te despeines que no sé cómo se llama y se escuchaba el zumbido de los secadores, también hacía mucho calor. El pelo quedó brillante de limpio y perfumado de colonia Nenuco.

Anoche cené pescado frito con patatas, me encanta comérmelo con las manos y de postre flan de esos que bailan en el plato, desde entonces, no he comido nada, no puedes hacerlo hasta que comulgues, es pecado, no sé por qué pero dicen que es pecado. Por eso, ahora, pienso en los riquísimos churros y en el chocolate dulce y calentito que tomaremos después en la fiesta.

Tiemblo de nerviosa y río de contenta, todo el mundo nos mira y nos besa y yo enseño mis guantes finos y suaves, el librito de nácar que se me escurre todo el rato de las

manos y la limosnera de encaje por si alguien me da una propina. Lo peor son los zapatos y no porque sean feos, que va, son de charol blanco sujetos con un lazo brillante también blanco, pero me aprietan un poco. Mi padre, mi tía y mis hermanos andarán por ahí pero yo no los veo.

Sonreiré para que cuando la gente vea la foto diga ¡Qué contenta estaba la Vitorita!

Ahora que veo la foto, después de tantísimos años, me pregunto cosas que sucedieron y que no entiendo. De ese día, sólo tengo dos imágenes, la que he descrito y otra en la que estoy sola, de esas que llaman de estudio ¿Por qué no hay ninguna con la familia? La verdad es que no lo sé, ni lo he preguntado ni me lo han explicado, quizá un día me siente con mi hermano Juan para hablar del tema, él es el único testigo familiar que queda de aquel acontecimiento.

Recuerdo la ilusión de los preparativos, mi tía confeccionando el vestido en la Singer, las manos sujetando y deslizando la tela por debajo de la aguja que sube y baja a la velocidad trepidante que le marca la rueda lateral y el constante pedaleo y no perder ojo del objetivo, sería muy peligroso. Es como subir un puerto de montaña en bicicleta. También recuerdo, vagamente, la fiesta en el salón de casa, los niños, los mayores y el apetitoso chocolate con churros que tanto me gustaba, no había para más pero a mí me hizo sentir muy querida, allí rodeada de todos y todos pendientes de mí.

Por la tarde, mi padre me llevó de paseo, sólo a mí, vestida con el traje blanco. Fuimos al centro, merendamos en La Mallorquina, seguramente una tierna, dulce y todavía caliente napolitana y un vaso de leche y mi padre no sé. Después fuimos a la Plaza de Santa Ana y allí se encontró

con sus amigos. Era gente del teatro, del cine y él todavía soñaba con llegar a ser alguien en ese mundo. Normalmente iba solo pero ese día especial me llevó a mí y lo pasé bien, era algo diferente y lo agradecí, de no ser por él, seguro que no hubiera habido paseo pero y ¿los demás? Quizá tendría algo que ver la todavía reciente muerte de mi madre.

..... **Un paseo por el Jardín Botánico**

Desde este lado del estanque puedo observar una singular y apacible zona del jardín. Lo llamaré escenario pues así me lo parece por su forma semi-circular y por los elementos que lo ocupan. Lo presiden dos enormes palmeras de Canarias que podrían ser perfectamente novios recién casados que han salido de algún lugar imaginado. Ambas lucen un tocado blanco, traslúcido que les cubre todas las ramas, les aplasta un poco el peinado pero también les da un aire misterioso. El agua cantarina alegra el ánimo y toda una familia de ánades les hacen los honores. Vestidos ellos de verde, azul y variados marrones despliegan su apostura. Ellas, marrones y pintadas, más sencillas pero muy dignas se acicalan y vigilan a la prole, pelusas de algodón que se deslizan por encima del agua cristalina. El estanque es el espejo en que todo se mira. ¡Uy! ¡cra, cra, cra! alguien ha venido a perturbar esta paz. Uno de los patos escapa como un cohete y se pierde sobre los tejados y en la penumbra del exuberante verdor. Todo chorrea, hasta las piedras. Ahora no llueve pero los árboles no se han enterado y todavía gotean. La temperatura es cálida y el aire húmedo se me cuela por todos

los poros, se me ensanchan los pulmones. ¡Cua, cua! ¿Qué quieres patita? Se va, no me hace ni caso.

Hay un invitado en esta ceremonia que mira para otro lado. Es posible que llegara a este lugar antes que nadie y, porque lo que ocurre aquí lo ha vivido tantas veces que no merece su atención pero no se quiere ir. Es un busto de piedra cuya cabeza luce una peluca de esas, estilo Luis XV. Antaño sería blanca pero a fuerza de verde y verde se ha vuelto también verde y encuadra muy bien con el conjunto.

Mientras observo escucho todo el rato un cantar acompasado, armónico, fresco y delicado que evoca un lugar del paraíso, los pájaros cantan para escucharse, por el placer de cantar y yo disfruto de estar allí.

He llegado hasta aquí a través de un laberinto de paseos como pasillos interminables que se cruzan entre la luz y la oscuridad, enmarcados por todos los verdes posibles que me saludan, que se esconden, que crujen, pinchan, sedosos, empapados y con algunas notas de color que atraen mi atención y mis manos. Mientras tanto, los pies se hunden en el suelo finamente embarrado y siento agradecida la humedad y la lluvia que lo impregna todo. Solo el sonido lejano del tráfico y de alguna ambulancia me recuerda que pronto estaré en el otro lado. Iba sola pero no lo estaba, me han acompañado los asustadizos mirlos y las altivas urracas, los olores que me sabían a caramelo y regaliz y me he cruzado intencionadamente con jardines como patios con vecinos al fresco, con seres colosales, centenarios que me hablaban del tiempo, de la supervivencia, de la sabiduría y con otros que viven en zonas especiales porque son muy especiales: lujuriosos con esas flores tan provocativas, solidarios con los pájaros a los que acogen

en un abrazo de vida y secos pero tenaces en aprovechar la más mínima gota de agua, suben hasta donde pueden o se arrastran como serpientes aferrándose a la tierra, son supervivientes en tierra hostil. Y sus nombres: Heliconia, Anthurium, Mimosa, Cleiptocaptus, Árbol del Paraíso, Olmo del Cáucaso, Secoya Gigante, Tejo, Robinia Luxuriant, Almez, Guayacán de Virginia... evocan cualquier parte que te imagines del planeta, en ellos está la diversidad y la fecundidad, la belleza y el misterio.

Todo ha sido como de ensueño. Tengo los pies fríos, el paraguas abierto todo el rato, las manos mojadas, la mente y los sentidos doloridos de tanto usarlos y el corazón contento. Después, volver a reunirme con mis compañeros, será otro placer. Gracias.

Agradecimientos

Queremos agradecer a Cristina Sánchez-Andrade su magnífica dirección del Taller de Narrativa, con su estímulo constante, con su tacto y sensibilidad para corregirnos y darnos las mejores sugerencias y las lecturas más adecuadas para el proceso creativo; a la ilusión y colaboración de todos los compañeros en la creación de esta obra; a la editora Mariángeles Fernández Martín, por la edición desinteresada de este libro, sin lo cual la publicación no hubiera sido posible; al ilustrador de la portada, Juan José Moreno Prieto (perrocaja@yahoo.es), hijo de nuestro compañero Leocadio, por su voluntariosa colaboración. Y al Centro de Poesía José Hierro, que lleva fomentando el amor a la literatura, desde que se creó esta Fundación.

